



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**SUBVERTIR LA CATEGORÍA VIOLADA
(Deconstrucción de la estructura de violencia sexual en la voz de las mujeres que la
experimentaron)**

**Tesis para optar al grado de Magister en Estudios de Género y Cultura, mención en Ciencias
Sociales**

Laura Elisa Ruth Niño Vázquez

**Directora:
Carolina Franch Maggiolo**

Santiago de Chile, año 2015

RESUMEN

El presente estudio realizado por Elisa Niño Vázquez y guiado por Carolina Franch Maggiolo, para el grado de Magister en Estudios de Género y Cultura Mención en Ciencias Sociales, se titula “Subvertir la Categoría Violada”.

Esta tesis pretende alzar, con ética y teoría feminista, voces de 10 mujeres entre 21 y 55 años que experimentaron violencia sexual, para develar cómo articulan estrategias de revuelta de la categoría violada, a partir de un abordaje metodológico cualitativo cuyo componente principal es la co-construcción dialógica.

Para el análisis proponemos tres secciones. La primera, titulada Censura y Basurización Simbólica, intenta caracterizar la categoría violada como un confinamiento donde la prohibición de la palabra de niñas-mujeres violentadas, suprime lo que se considera inadecuado para desechar esa información; va a la basura lo que asume un contaminante con el que el entorno no quiere lidiar, responsabilizando sólo a quien fue violada del tratamiento de su mal. La segunda, Subversión, indaga el proceso subversivo de las mujeres presentando un trayecto de reapropiación de sus sentimientos, voz y cuerpo; elaboran un trabajo de autonomía y una perspectiva crítica, denotando y denunciando que no hay una única forma de someter a las mujeres y lo femenino. Y la tercera, denominada Desplazamiento, presenta una propuesta analítico-política que plantea salidas al encuadre [vertedero] delineando un caracol en el cual las mujeres subversivas se desplazan políticamente con su palabra, evidencian la estructura de dominación y propician la no sedimentación de categorías que construyen jerarquías y violencia.

Datos personales: inti_elisa@yahoo.com.mx

Palabras Claves: *Violencia sexual, Género, Violada, Subversión*

AGRADECIMIENTOS

Ante el trayecto de esta tesis, doy las gracias a la Fundación Volcán Calbuco por favorecerme con una beca en mi segundo año de magister; apoyo sin el cual, parte importante de mis propuestas reflexivas no hubiesen podido avocarse.

Mis agradecimientos más profundos, de donde vengo y a donde vine. A mi patria madrina y raíz, a la que siempre volteo y de la que espero podamos hacer el lugar donde merecemos vivir con libertad y dignidad. A mis abuelas y abuelos. A tres de ustedes no les conocí de verles, pero sí de las historias que me hicieron sentir su nieta. A mi *abue* eterna que me ha cantado, narrado, cocinado y cuidado, sin pedir nada más que un beso, una escucha y un recuerdo.

A mis *mapis*, madre y padre por ser la mano donde apoyo mi brújula. Gracias por acompañar, amar y respetar a esta hija que siempre está cambiando destinos. Son mi ejemplo de respeto y solidaridad transnacional. Junt@s, con este amor que no sabe de distancias y hoy con esta tesis, nos podemos sentir libres del humo que nos lastimó. A mi hermano, por enseñarme las maravillas de romper prisiones y hacer lo que nos hace felices (ser bajista y padre-cuidador). Gracias por impulsarme a salir y volver a Chile; fuiste el único que se mostró siempre seguro de que era la mejor decisión. A mi enorme familia por sus sonrisas, bailes, alegrías, delicias y abrazos que se extienden hasta estos territorios justo cuando tengo más frío.

A Priscilla Olavarría y su familia por explayar después de 12 años, no sólo un abrazo sino los dos y ayudarme a llegar y a vivir. Gracias porque sé que ahí estás.

A Manuela Cisternas con quien comprobé el efecto mariposa. Gracias por ser una de mis grandes maestras y estar en el preciso *otro lado* en todo este recorrido. Juntas hemos tejido una manta para abrazarnos y revolucionarnos. Gracias por ser y hacer *caracola* conmigo.

Al hombre maravilloso que abrazó esta tesis de principio a fin, Cristóbal R.D. Gracias por decir “Elisa hazlo, di lo que hace mucha falta y es también una prioridad. Tienes una deuda contigo y yo voy a estar aquí para que la cumplas, pase lo que pase”. Gracias por construir un amor pluricultural, y porque nuestra casa es escuela, teatro y música para *poloviar*. Gracias también a la familia Rivera Dois, por su cobijo cómplice.

A las 10 mujeres que dijeron yo, que alzaron la mano y confiaron en mí. Gracias no sólo por sus historias y planteamientos, sino por los encuentros que me dieron aire para emprender y terminar este escrito que apenas es una leve muestra de la fuerza sus voces. Mil gracias por querer seguir encontrándonos.

A la familia CIEG, Viviana Poblete por ser ese faro cariñoso pendiente de *la mexicana*, gracias por cuidarme hasta de mis olvidos. Paula Hernández por hacerme parte del equipo, enseñarme y acompañarnos en tiempos de tesis-time. Cata Ivanovic por presionar cuando fue necesario y darme apoyo. Isabel Aguilera gracias por conversarme, leerme, aconsejarme e incitar el “esparcimiento”.

Carolina Franch, más que una profesora y una jefa, un remolino que con maestría me muestra la urgencia y el disfrute de girar, absorber y develar. Gracias por la sororidad con esta mujer, extranjera-migrante, alumna y tesista. Mi hada madrina de la tesis, no sólo acomodaste las palabras, me las diste de manera potente. Gracias por *mancharte* en esta tesis conmigo, por ser paciente y exigente, supiste equilibrar lo importante que es esta tesis para mí a nivel personal y académico.

A ésta tierra chilena que aprendo a decorar, que me provoca encuentros y cuestionamientos, y que ha sido escenario de subversión.

A mí, por mirarme al espejo, encontrarme, tomar mi propia mano, cantar mi voz y querer hacer un coro.

INTRODUCCIÓN	1
ANTECEDENTES:	3
Escenario de Violencia sexual: abordajes y propuestas	3
Revisión de la Perspectiva Psicológica	5
PROBLEMA Y FUNDAMENTACIÓN	10
OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN	12
Objetivo General:.....	12
Objetivos Específicos:	12
EJES TEÓRICOS DE LA INVESTIGACIÓN.....	13
Violencia – Género: engarce de un sistema de dominación	13
Violencia Sexual: su operatividad en el sistema de género y violencia.....	18
Cuerpo(s): materia y recurso donde de ejecuta la violencia	20
Victimización: crítica a la sujeción de la posición pasiva.....	23
Subvertir: una posibilidad para zafarse	24
ACERCAMIENTOS METODOLÓGICOS: conocimientos, búsqueda y análisis.....	28
Nuestras participantes	30
Resguardos éticos.....	33
ANÁLISIS	34
CENSURA Y BASURIZACIÓN: EL ANDAMIAJE DEL PACTO POR LA VIOLENCIA SEXUAL.....	35
CENSURA: De la mente sin recuerdos, el cuerpo desbordado y las voces enjuiciadas	36
Censura operando desde sí: la tachadura del recuerdo.....	37
Censura operando desde la familia: la moral con bozal.....	42
Madre-Hija: Impedimentos en la alianza	43
Padre-Hija: tú te cuidas/ yo te vengo	46
Obediencia-sacrificio: herramienta pedagógica de la censura de lo femenino	48
El chantaje familiar: endoso de la atención por premiosidad	50
Censura operando desde la sociedad: el <i>bumerán</i> sin sentido de la denuncia	53
BASURIZACIÓN SIMBÓLICA: Del vertedero, la descomposición y su malestar	60
La mancha: el estigma que nadie escucha, pero todos/as miran	63
Enroque sexo-poder en la mancha: un movimiento que escudriña sexo para proteger poder	68
Psicólogas(os), psiquiatras y terapeutas: Intermediarios/as del malestar por la basura.	71

Metodologías terapéuticas correctivas: el reciclaje de la violencia	75
SUBVERSION	79
EXPULSAR LA BASURA Y LIBRAR LA CENSURA: de la expropiación a la reapropiación del sentimiento, el habla y el cuerpo.....	79
Legitimación y bandera de la rabia: recuperación del sentimiento como móvil de identidad	80
Puesta en escena del habla: de la interferencia a la conexión con el sonido de su voz.....	82
Reapropiación del cuerpo: Desintoxicarse del discurso dominante para mirarse	87
SER Y HACER PALABRA: pacto por el espacio autobiográfico para caminar.....	89
Incorporar: Elegir a quien contar y cómo montar la narrativa para que sea parte de la vida, pero no la vida.....	89
Autonomía: un lugar para sí, sin temor a la orfandad	93
Búsqueda para dismantelar el orden de victimización: Víctima/pasiva Agresor/activo	99
1, 2, 3 por mí y por todas: cómplices de voz y digna rabia.....	104
Autocuidado: la primera trinchera de la guerra de guerrillas.....	106
Necesidad de transformación: ni víctimas, ni heroínas pero sí comprometidas	109
CONCLUSIONES: DESPLAZAMIENTO ANALÍTICO-POLÍTICO DEL CARACOL.....	113
Sedimentación de la categoría violada y la necesidad de movimiento	113
La palabra que aparece en el caracol y la caracola que aparece con la palabra: rescate y posicionamiento para representar el desplazamiento.....	117
Línea vs giros: la posibilidad en el caracol de expandirse en cada vuelta vs rebasar y dejar atrás.....	121
BIBLIOGRAFÍA	126

INTRODUCCIÓN

La siguiente investigación no es azarosa, ni tiene por intención acercarse a mujeres que han pasado por experiencias de violencia sexual para observar episodios de violación. Nos proponemos más bien, desde una perspectiva feminista, indagar a través de sus relatos y opiniones críticas, lo que enfrentan cuando enuncian el atentado cometido contra ellas, y, la posibilidad de subvertir -por medio de diferentes procesos y estrategias- la categoría *violada* como está construida socialmente.

Desde donde lo planteamos, ser violada va más allá de un acto consumado, se convierte en una posición porque trata de una palabra-acción que penetra de forma violenta en el cuerpo y se sostiene en construcciones sociales, psicológicas, psiquiátricas y legales, también violentas, pues generalmente desconocen que los cuerpos de las mujeres, por ser mujeres, viven en un mundo que les asocia a una condición de objetos, cuerpos *femeninos* dispuestos para un otro *masculino*; o cuando reparan en ello, disminuyen a un sólo término que transita entre *víctima* y *responsable*. Ambas responden a un modo de ordenamiento cultural de lo femenino y lo masculino, desde el cual se instauran categorías de significado que levantan cercas imposibilitando escapes a la condena de la experiencia. La cimentación de factores de riesgo y prevención de la violencia sexual, pasan por responsabilizar implícitamente a quien fue violada, rubricando formas de vida o malas decisiones; acorralando y atrapándonos en paradojas como mujeres.

Como mujer-investigadora no soy ajena a experimentar esa sensación de objetivación, reducción y psicopatologización de tener *la marca* de la violación. Habité el caos y el saqueo, me reduje a síntomas, invadieron mi percepción sobre mí y mi cuerpo, y contaminaron mis relaciones personales, inscribiendo culpabilización y victimización en función a un entramado discursivo que aprendí a repetirme. Se pronuncian sobre las mujeres violadas, paradigmas que explican nuestras experiencias; hablan de y por nosotras, nos manosean como evidencias y nos aminoran al trauma y la inmovilidad ¿Cómo salir de la trampa práctica y retórica desde ese lugar, desde esa marca, con ese lenguaje tatuado y sin legitimidad en la voz?

Mirar el estigma, mientras se acrecientan los casos, se sostienen modelos que construyen un vasallaje corporal y se persiste en ciertos tipos de intervención, comprensión y análisis; promueve, desde el privilegio y utilidad de la academia, la necesidad de problematizar la estructura de violencia patriarcal desde discursos *otros* que permiten enfatizar estrategias y relecturas para politizar la violación y mirar a quien ha sido violada como alguien que deja de ser

qué para ser quién, que deja de ser objeto para devenir en sujeto que, en contracorriente, se desplaza políticamente cuestionando y deconstruyendo los contenidos de la categoría mujer-violada.

Bajo este marco, mi posicionamiento se convierte en una herramienta que desde la epistemología feminista puede tener rigurosidad no sólo porque se trata de una temática encarnada en donde lo “personal se hace político” (Hanisch, 1969), sino además, porque intenta relevar a las mujeres que han vivido violencia sexual como sujetos epistémicos.

El diálogo que sostuvimos como mujeres cada una de las 10 participantes y yo, nos dejó problematizar, a partir de una metodología cualitativa en co-construcción analítica, lo que guía esta búsqueda ¿cómo se pueden articular estrategias para subvertir la categoría *violada*? El énfasis por acercarnos desde la subversión implica un gesto político que asume mandantes a estas mujeres, comprendiendo además una dimensión y carácter corpóreo, porque ese darse vuelta implica un dominio del propio cuerpo, recuperarlo para sí y moverlo hacia otros puntos o posiciones.

En función de adentrarnos en ello, el enfoque crítico de género nos sirve para ir quitando el velo a los discursos simbólicos que sostienen órdenes de poder y estatus donde se asientan construcciones de provocación, deshonra, amenaza, castigo, responsabilidad e inmovilidad en la violación. Así también, propuestas feministas y herramientas teóricas provenientes de nombrar la práctica política, serán nuestro apoyo para presentar una revuelta que vacía la categoría como lugar petrificado que estigmatiza y ahoga.

Dicho ahogamiento se encontró de forma casi literal y es descrito en el primer apartado analítico, donde podemos acercarnos a la instrumentación de prohibición de la palabra que edifica a la mujer-violada como un sitio en que se vierten impurezas y desagradados. La desmantelación del mismo, es presentada en el segundo apartado a modo de hitos y estrategias que urden nuestras narradoras, logrando golpear y desestabilizar la organización y clasificación de roles que normalizan la violencia. Es su trabajo crítico y práctico el que nos llevó presentar hacia la parte *final*, una suerte de propuesta política de resistencia.

ANTECEDENTES:

Escenario de Violencia sexual: abordajes y propuestas

Para comprender y abordar la violencia sexual se debe partir por considerar que abarca un amplio espectro de actos y tipos de coacción, haciéndose complejo presentar definiciones cerradas que pueden excluir otras expresiones que también significan un atentado contra la propiedad sexual, afectar los registros, y por lo mismo, el sentido y resultados de distintas investigaciones. Principiemos por decir que es una problemática social a la que la Organización Mundial de la Salud define como:

“Todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual u otro acto dirigido contra la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de su relación con la víctima, en cualquier ámbito. Comprende la violación, que se define como la penetración, mediante coerción física o de otra índole, de la vagina o el ano con el pene, otra parte del cuerpo o un objeto” (OMS, 2013).

La violación por tanto se da dentro de relaciones matrimoniales, citas, por parte de desconocidos o conocidos, siendo la población más susceptible de experimentar violencia sexual, niñas y mujeres adolescentes y adultas, al mismo tiempo los varones suelen ser mayormente quienes ejercen las agresiones sexuales (INPRF, 2011).

A nivel mundial el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM), estimó que en el 2009 hasta seis de cada diez mujeres sufren violencia física o sexual a lo largo de su vida. El 2012 la OMS señaló que 1 de cada 5 mujeres en el mundo ha sufrido abusos sexuales en la infancia y que una de cada tres mujeres ha sido víctima de violencia física o sexual por parte de su pareja en algún momento de su vida. Explorando diversas fuentes y registros de distintos países (DEMUS Perú 2014, Fundación Sobrevivientes Guatemala 2012, IPAS México 2013), se deja ver que aproximadamente siete de cada diez casos de agresión sexual se da por parte de un conocido o familiar. Las revisiones de estudios y reportes evidencian “que la violencia sexual es un grave problema en toda la región de Latinoamérica y el Caribe (LAC), no sólo como problema de salud pública sino también como violación de los derechos humanos” (Contreras, et al., 2010:7). Las encuestas revelan una prevalencia de relaciones sexuales forzadas por una pareja entre el 5% y 47%, y de un 8% a un 27% experiencias de abuso sexual por parte de personas que no son sus parejas, pero que son conocidas por ellas. Si bien en la mayoría de los casos conocen al agresor, sí se dan ataques por parte de completos desconocidos (Op Cit).

De cualquier forma los datos sobre prevalencia suelen ser vagos dada la baja notificación de los incidentes en las instancias policiales. Se estima que en América Latina sólo el 5% realiza la denuncia de manera oficial, existiendo razones para comprender lo anterior. Según la OMS (2013) los sistemas de apoyos inadecuados, la vergüenza, el temor a represalias o riesgo de ser culpadas, a que no se les crea, y a ser maltratadas o marginadas socialmente, son los principales factores del silencio.

Lo antes expuesto está asociado a factores de riesgo clave en América Latina y el Caribe a nivel macrosocial, comunitario, relacional e individual; un orden social que sostiene desigualdad de género y relaciones de poder entre hombres y mujeres (Jewkes et al., 2002 citado en Contreras, et al, 2010). De manera particular, se señalan normas sociales como por ejemplo, legitimar la violencia contra las mujeres por sus parejas; culpar a las mujeres por violación y otros tipos de violencia sexual; justificar la violencia perpetrada por hombres, relacionándolo con sus “inherentes deseos sexuales”; ver a las mujeres como objetos sexuales; y el “culto a la virginidad de la mujer” (Op Cit.). Esto lo refuerza la OMS (2013) advirtiendo que los factores sociales son de gran importancia puesto que la sociedad y la cultura apoyan y perpetran creencias que aprueban la violencia. Así, la violencia sexual se sostiene de una aceptación cultural más generalizada del uso de la violencia, es, en ese sentido, una enfermedad de transmisión social.

En consecuencia, cuando las mujeres buscan atención del sector salud o del sector jurídico; la calidad de las respuestas de ambos servicios es generalmente deficiente (Morrison et al., 2004 citado en Contreras et al, 2010). En toda Latinoamérica se documentan fracasos de estos sectores por causas que van desde la falta de infraestructura básica, actitudes y conductas discriminatorias y patriarcales por parte de las personas prestadoras de servicios, que justifican las acciones de los perpetradores y culpabilizan a quien es agredida; hasta la falta de privacidad y confidencialidad¹. Para UNIFEM (2009) las leyes sensibles a las cuestiones de género, sólo se van a aplicar si las instituciones encargadas se ocupan de eliminar los prejuicios al respecto. Incluso mencionan que puede ser peor, pues cabe la posibilidad de que los mismos agentes de policía perpetren delitos contra la mujer en el amplio espectro del acoso sexual callejero, al ataque sexual en las celdas. Ello nos habla de un soporte de desigualdad de género, donde a pesar de que exista una ley o

¹ Esta situación es mucho más grave en comunidades o localidades en vulnerabilidad social y población indígena o en territorios de guerra y conflicto. No podemos generalizar, porque ciertamente no todos los cuerpos pasan por las mismas dificultades, hay dentro de la esfera mujeres, niñas y niños susceptibles de violencia sexual, categorías aún más violentadas que otras como lo son raza y clase.

código “oficial”, las construcciones de género en un orden de subordinación de lo femenino, son las que definen la práctica de supuestas garantías.

Atender esa posición de opresión, significa adentrarse en la construcción de las categorías y distinguir cómo estas pueden operar, inclusive, en aquellas esferas discursivas que pretenden socorrer a las personas que viven violencia. Es por ello que proponemos una revisión de la perspectiva psicológica desde la óptica social -considerada para esta investigación- a razón de develar y criticar a esa autoridad especialista que ha sido la voz oficial y recomendada desde los organismos estatales e internacionales para la intervención de mujeres, y que en ocasiones ha reforzado estereotipos esencialistas, enfatizando tratamiento en lo individual y cargando a la propia afectada de responsabilidad en la violencia.

Revisión de la Perspectiva Psicológica

La psicología y la psiquiatría procuran acercamientos sobre los efectos postraumáticos de las *víctimas* de violencia sexual en lo emocional, cognitivo y conductual. Una situación traumática es explicitada como:

“Un acontecimiento negativo intenso que surge de forma brusca, que resulta inesperado e incontrolable y que, al poner en peligro la integridad física o psicológica de un persona que se muestra incapaz de afrontarlo, tiene consecuencias dramáticas para la víctima, especialmente de terror e indefensión” (Echeburúa, 2009, pág. 29).

El trauma es la reacción psicológica derivada del suceso traumático, que se evalúa en términos de daño psicológico en función de planificar un tratamiento y la psicología ha representado una herramienta de intervención; “desde al menos un siglo atrás se ha interesado en las huellas que la violencia en cualquiera de sus formas deja en la psique de las personas” (Antillón, 2011, pág. 301). Es común encontrarse con que las *víctimas* de violación suelen ser mujeres jóvenes de entre 16 y 30 años, describiendo las siguientes características:

“Mayor atractivo físico de esta edad y una mayor exposición a situaciones de riesgo [tipo de vida activo, viajes frecuentes, salidas nocturnas, búsqueda de nuevas experiencias, establecimiento de relaciones sociales amplias, etc.], así como de una percepción menor de factores de riesgo, que se refleja en la facilidad con que se establecen las relaciones espontáneas y en último término, en la falta de desconfianza respecto al entorno” (Echeburúa, 2009, pág. 59)

Desde la perspectiva que hemos trabajado en este estudio, utilizar la palabra *víctima* bajo tales particularidades, implica validar un modelo que visualiza a quien experimenta violencia sexual

como alguien sacrificado o destinado al sacrificio, que se expone u ofrece a un grave riesgo en obsequio de otro. Este tipo de definiciones asumen que hay cuerpos susceptibles de ser violentados por la tentación que significan, y que ésta se amplifica en relación a los hábitos y costumbres de riesgo. Se tiene un perfil de *víctima*, donde las características son una suerte de responsabilización de la persona que vive el atentado, y además denotan categorías básicas de género, como el lugar de la mujer en el espacio privado para su propia protección, y con ello la necesidad de su desaparición del espacio público y su relacionamiento o socialización con otros. Lo que además desenfoca la atención a la importante cantidad de casos que ocurren justamente en los espacios, privados y domésticos. Si no realizan otros énfasis o cuestionamientos, en definiciones como la del autor presentado, se está dando por hecho que hay condiciones naturales y que las mujeres con dichas características debieran prevenirse y no exponerse.

Sumado a ello, se distingue en tales marcos de definición, a la desconfianza como un mecanismo necesario para relacionarse con el entorno, cuando al mismo tiempo es una actitud o disposición mental a la que se le pide a la agredida que renuncie una vez que se encuentra en tratamiento psicológico por diagnósticos como el Trastorno por Estrés Postraumático (TEPT) que es la psicopatología más asociada a la violencia sexual (Echeburúa 2009). Ésta psicopatología sostiene a la persona, producto del abuso sexual -también muerte o lesión grave- ya sea real o amenaza, en la reexperimentación traumática, con recuerdos intrusivos y pesadillas que le hacen mantener un estado de alerta constante, presentando conductas de evitación a estímulos asociados al evento, y alteración cognitiva de distintos tipos (Asociación Americana de Psiquiatría, 2013).

Etiquetas diagnósticas como el TEPT, a pesar de contar con la utilidad de identificar una problemática que significa daño, limitan la comprensión sociocultural al medicalizar e individualizar. Conlleva limitaciones relacionadas con el contexto en que se aplican los criterios de diagnóstico, según Ximena Antillón (2011), con intereses sociales implícitos y tiende a privatizar el perjuicio y el trastorno, obstruyendo otras posibles estrategias de afrontamiento, por ejemplo, colectivo. La autora asevera que todo síntoma debe entenderse en su contexto social y cultural, y en ese sentido los factores que tengan impacto en la salud mental pueden ser analizados en términos de violencia estructural, ya que las psicopatologías reflejan las desigualdades de poder en las estructuras sociales y políticas, más que desgracias individuales.

Ante este escenario Ignacio Martín Baró (2000) propone el concepto de trauma psicosocial como una alternativa al modelo clínico de la psicología, que hace abstracción de las realidades sociohistóricas en que se producen los trastornos psicológicos. Plantea que la solución está en la alteración de lo que llama *las estructuras o condiciones sociales traumatogénicas*. Es decir, se puede estar encerrando o reduciendo en una persona, una problemática social amplia, cuando se le resta atención a la construcción alrededor de la violencia sexual y la subordinación de la que son objeto los cuerpos de las mujeres. Dicha reducción nulifica de los recursos propios con los que cuentan las personas para vivir después de esa experiencia violenta, pues la configuran desde el trauma y la victimización, señalando además los factores violentos que las hicieron vulnerables no como signos de alarma sobre las conformaciones sociales de la disposición de los cuerpos, sino como factores que descuidaron las violentadas o su círculo cercano, permitiendo con ello responsabilizar a una persona o un grupo, y no a un contexto social que tiene condiciones traumatogénicas. Entonces, “a pesar de su pretendida objetividad científica, deja ver su funcionalidad como instrumento de poder y control” (Antillón, 2011, pág. 305) a costa de cuerpos violentados.

Lo anterior remarca que la psicología ha servido para consolidar una mirada hegemónica en donde la individualización-victimización y responsabilización se asume como causa y efecto de quienes sufren violencia, elaborando conceptos y aproximaciones que re-edifican dichas nociones. Así, la utilización de ciertos conceptos predispone un tipo de análisis, y éste determina la elección de métodos de abordaje *justificados*. Para dar cuenta de ello nos parece importante relevar casos desde los que se puede denotar una perspectiva limitante.

El caso “Anna O”, una paciente a quién se conoció en la historia clínica de Breuer² como la paciente símbolo de la histeria³; esa mujer descrita siempre de forma caótica y descontrolada, propia de toda histérica no conforme con la monotonía de su vida, llevaba por nombre Bertha Pappenheim. Bertha, a los 29 años se muda a Frankfurt y comienza un activismo que deja abiertas desconfianzas sobre cómo se construyen los casos de salud mental en mujeres. Abre una escuela, enarbola la causa de los niños huérfanos y publica cuentos infantiles, no con su nombre,

² Freud se acercó al estudio y tratamiento de la histeria a través del doctor Jean-Martin Charcot y el doctor vienés Josef Breuer. El primero trabajaba en la Facultad de Medicina de París, y daba lecciones en la clínica Salpêtrière sobre mujeres histéricas.

³ Sufre una grave crisis psíquica, asociada a sus ocupaciones, entre las cuales estaba el cuidado de su padre, que al fallecer agudiza el estado de “Anna”; derivando en un proceso de transferencia con su psiquiatra que la lleva a experimentar un embarazo psicológico, del que asume como padre a Breuer, quien termina por abandonarla.

sino bajo un alias masculino. Elabora artículos sobre los derechos cívicos de las mujeres, traduce el libro de Mary Wollstonecraft, “Una vindicación de los derechos de la mujer” del año 1792, escribe una obra de teatro titulada “Derechos de la mujer”, donde se atreve a cuestionar la dominación política, económica y sexual de las mujeres; y sale electa como la primera presidenta de Liga de Mujeres Judías, manteniéndose crítica para con la institucionalidad religiosa, por las desigualdades entre hombres y mujeres (Álvarez-Uria, 2008).

El trabajo de Bertha derivó en reconocimiento y su nombre pasó a formar parte de la historia del feminismo austriaco, a pesar de que, o -en una segunda lectura- quizás con mayor razón, después de que apareciera en 1953 Ernest Jones⁴ y sacase a la luz que esa personalidad admirada era Anna O.. Bertha Pappenheim representa la insurrección de una etiqueta diagnóstica en su contexto, pasa de una mujer sin control, a una activista de derechos de lo femenino -mujeres y niños-, personifica un ejemplo del tratamiento tendencioso y diferenciado de los trastornos psicológicos en las mujeres que los padecen y las formas en que se intervienen de acuerdo a las construcciones socio-culturales.

Otros casos en los que no se alude a un tratamiento psicológico, pero donde sí se rompe todo pronóstico sobre el trastorno y trauma, y las condiciones de vulnerabilidad que pueden agudizar la forma en que se procesa el evento, son el de Maya Angelou y los de Norma Jiménez e Italia Méndez. Los traemos a colación ya que encarnan la posibilidad de no vivir a partir de lo que tiene inscrita una categoría con los simbolismos adjudicados por el entorno, sino rebelarse a estos y hablar desde su propia voz, además posicionando críticas al respecto.

“Y aún así me levanto”, se titula uno de los poemas de Maya Angelou, “*Tú me puedes anotar en la historia/con tus amargas y enredadas mentiras/ puedes pisotearme en la misma tierra/pero aun así, como polvo, me levantaré*”⁵. Poeta, autora de más de 30 libros, guionista⁶, directora de teatro, actriz, productora de televisión, galardonada con la Medalla Presidencial de la Libertad. Nació en Missouri, donde vivió racismo, pobreza, y fue violada en su infancia. Dejó de hablar por cinco años, puesto que, como manifestó tiempo más tarde, sintió que su voz había matado a un hombre, ya que quien la abusó fue asesinado a golpes por sus familiares. Madre soltera, mesera, cocinera, prostituta, madame, se entregó a las artes y con ellas se pronunció “*si siempre*

⁴ Psicoanalista inglés y biógrafo de Freud

⁵ http://www.jornada.unam.mx/archivo_opinion/autor/front/107/41374

⁶ Escribió el guión original y la música de Georgia, siendo el primer guión de una afroestadunidense producido en una película.

estás intentando ser normal, nunca te darás cuenta de lo maravilloso(a) que eres” (Angeluo citada en Brooks, 2014). Maya luchó contra muchos cruces, en un contexto que se encargó de dejarle claros mensajes en su cuerpo. Tomó los mensajes, los quemó y desde las cenizas se expresó sin asumirse víctima, sino recurriendo a la dignidad y a la vida.

Norma Jiménez e Italia Méndez, activistas sociales y ex presas políticas del caso Atenco⁷; evento en el que sus cuerpos fueron forzados en todos los sentidos posibles, expresan lo siguiente:

“Nosotras, las violadas, las mentirosas, las revoltosas, las pobrecitas, las víctimas. Los perpetradores nos asignaron un sitio, nos exhibieron, hicieron público lo que sólo a nosotras pertenece. Nos descolocamos, no somos víctimas, no pretendemos ser heroínas, sólo somos mujeres que continúan con su vida e ideales⁸.”

Estas mujeres, con enormes diferencias entre ellas, temporales, etáreas, culturales, de clase, de raza, fueron etiquetadas bajo estigmas sociales con contenidos de fondo similares por venir de lugares ordenados bajo regímenes patriarcales, que favorecieron la violencia sobre sus cuerpos. Desde ese entramado se desplazaron y a pesar de ello, los acercamientos en torno a problemáticas como vividas por ellas, no han hecho hincapié en sus procesos y estrategias; siguen, de una forma u otra, trabajando los mismos lugares, planteando análisis a partir de los mismos lenguajes.

⁷ “Durante los días 3 y 4 de mayo de 2006, el poblado de San Salvador Atenco, aledaño a la Ciudad de México, vivió uno de los actos represivos más brutales de los que se tenga memoria en el país. Más de 3.500 efectivos de la policía atacaron a los pobladores, dejando un saldo de dos jóvenes asesinados y 207 detenidos. De ellas, 47 eran mujeres de las cuales 26 denunciaron haber sufrido torturas y agresiones sexuales por parte de algunos miembros del cuerpo de policía; asimismo, cinco extranjeros fueron expulsados de México, entre ellos dos ciudadanas españolas. El caso Atenco es un caso paradigmático de terrorismo de Estado, de criminalización de una lucha social y del triunfo de un pueblo en resistencia” (Robles, 2010, pág. 131)

⁸ <http://contralatorturaxsexual.wordpress.com/2013/08/04/el-estigma/comment-page-1/#comment-6>

PROBLEMA Y FUNDAMENTACIÓN

La mayoría de las investigaciones sobre violencia sexual se han realizado en el marco de lo jurídico, social y psicológico. En el campo jurídico se ha revisado la legalización de sistemas de protección, relevando la atención disímil entre los periodos de “paz” y conflicto armado en los tratamientos de la violación (Rein, 2005). En lo social y psicológico desde la perspectiva de género (Viveros, 2009 y Sanchez, 2013) lo relacionan con las consecuencias e identidades. Otras aproximaciones psicológicas pasan por analizar las consecuencias en la psique, estilos de vida y secuelas en la intimidad (Letelier, 2013); alternativas de intervención para tratar a las víctimas (Fernández, 2013); y la atención en lugares que se dedican al tratamiento exclusivo de tales experiencias (Marchant & Soto, 2011).

De acuerdo a la revisión que se realizó para el informe de análisis de datos secundarios de violencia sexual en Latinoamérica y el Caribe en su versión 2010⁹, la mayoría de los estudios brindan una visión general en relación a los niveles, características y factores de riesgo, siendo común la aparición de métodos cualitativos en función de obtener los relatos de personas que sobrevivieron, y descripciones de sus experiencias con dicha violencia. Se sugiere en el mismo reporte, que las futuras investigaciones debiesen procurar un entendimiento más profundo de la violencia sexual combinando referencias empíricas, teoría social y antropología con diferentes metodologías, que posibiliten elaborar otras estrategias de prevención, aplicación y elaboración de leyes, políticas y programas (Contreras et al.2010).

En su generalidad los estudios sobre causas, consecuencias, tratamientos, planes y respuestas, hablan de aproximaciones psico-médicas, psicosociales en términos de programas de prevención primaria y medidas legales de intervención, encausadas al acercamiento de personas con factores de riesgo macrosociales, comunitarios, asociados a relaciones personales o factores individuales del evento traumático. Se suelen recoger los testimonios de quienes han sido violadas, a razón de elaborar conteos de casos o describir la lógica o patrón del violador y secuelas caóticas en la agredida, pero son escasas las apuestas por la recolección de sus voces, nuestras voces, como analistas de nuestra propia experiencia en términos sociales. Tampoco se han querido escuchar nuestras percepciones críticas acerca de los tratamientos culturales y psicomédicos de los que

⁹ Como parte de la iniciativa de Investigación en Violencia Sexual (SVRI, por sus siglas en inglés) con apoyo de la OMS y como una iniciativa del Foro Global de Investigación en Salud, Una revisión de más de 200 documentos publicados y no publicados, considerando investigaciones realizadas entre el 2000 y el 2010, atendiendo además a la diversidad cultural, racial y geográfica de la región estudiada.

somos objeto. Entonces ¿Cómo generar programas de atención y prevención, sin consultar con quien ha experimentado la doble violencia, sexual y social, con causas y consecuencias de una sobre la otra? No somos una psicopatología, no somos un número, somos mujeres cuyas condiciones socioculturales favorecieron una experiencia indeseable, que pasamos por protocolos y modelos de mediación psicológica; y que silenciamos a razón de (paradójicamente) la violencia que significa enunciar la agresión sexual a la que fuimos y somos sujetas. Contamos con elementos fundamentales a considerar para transformar un escenario cíclico de violencia sexual que nos quita importancia de intervención sobre nuestros cuerpos y realidades sociales.

En sentido de ello este estudio representa un aporte feminista dentro de los estudios de las ciencias sociales y de género. Harding (1998) en su crítica sobre la epistemología feminista y los métodos de investigación, sostiene que las investigaciones sobre violencia y víctimas, aludiendo específicamente a la violación, han tenido sus limitaciones, salvo honrosas excepciones de académicas feministas que nos dicen lo contrario; ya que hay una tendencia a victimizar a las mujeres como si éstas no pudiesen ser agentes sociales. Nos permitimos sospechar de la falta de atención a aproximaciones analíticas no victimizantes, que por el momento no se encuentran en los estudios latinoamericanos y desde el enfoque crítico de género. Queremos contribuir en la conformación de acercamientos que favorezcan construcciones tan valiosas y necesarias.

La transformación del escenario de violencia requiere un cambio en las mentalidades, y para que ello tenga efecto tendríamos que incluir, dentro de todo lo necesario, las consideraciones de las mujeres violadas, de manera distinta. Ya no como objeto, sino como sujetos, porque “un problema es siempre un problema para alguien” (Op. Cit) y hay muchas maneras de acercarse a ese alguien. Atender las estrategias de subversión es no sólo cambiar el paradigma de investigación; es a su vez tener insumos para otro tipo de intervenciones inclusive de corte terapéutico.

La lógica de nuestro trabajo emplea el derecho social de proponer preguntas que rara vez se han admitido, a quién no se le ha permitido interpelar ni responder y nos cuestionamos sobre la capacidad social para considerarlas analistas posicionadas ¿Qué piensan ellas sobre las etiquetas que se les confieren? ¿Cómo logran, a lo largo de sus trayectorias de vida, darse la vuelta desde el lugar de *violada*? Lo que nos lleva a generar el cuestionamiento principal que va a orientar la búsqueda de este relato ¿Cómo las mujeres que han experimentado violencia sexual, articulan estrategias para subvertir la categoría *violada*?

OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

Objetivo General:

Develar la articulación de estrategias mediante las cuales subvierten la categoría *violada*, las mujeres en etapa adulta que experimentaron violencia sexual en su trayectoria de vida

Objetivos Específicos:

1. Caracterizar la construcción de la categoría *violada* con la que conviven las mujeres que experimentaron violencia sexual.
2. Indagar el proceso de subversión de la categoría *violada* que elaboran las mujeres que experimentaron violencia.

EJES TEÓRICOS DE LA INVESTIGACIÓN

Violencia – Género: engarce de un sistema de dominación

En un primer acercamiento, si se busca la palabra *violencia* en el diccionario se encuentra, entre otras definiciones con “acción de violar a una mujer” (Real Academia Española, 2001). Esta apreciación ya tiene valoraciones conceptuales importantes. Por un lado, se presenta el término violar, que a su vez se define como infringir o quebrantar, y como tener acceso carnal con alguien en contra de su voluntad o cuando se encuentra privado de sentido o discernimiento; y por otro lado, ese alguien, ese blanco de violencia, ya tiene una característica no menor, es mujer¹⁰. Estas definiciones, por ende, tienen cuerpo y género, es decir, asumen a un objeto para la acción de violentar y ese objeto no es fortuito.

Robert Litke (1992), como propuesta descriptiva del concepto, reseña elementos y acepciones de violencia. Presenta la idea de intensidad, lesión, fuerza, e intención prevista, en sentidos físicos y psicológicos; pero hace hincapié en que más que poner atención en establecer una definición con tales características, se debe reparar en la relación de poder; donde lo importante es el violentamiento de una persona. Esta última es la que permite advertir la relación entre el poder y la experiencia de violencia; puesto que “el elemento central de la violencia consiste en la negación de la capacidad de la persona” (Litke, 1992, pág. 164). Una relación violencia-poder que vamos a explorar también como poder-dominación, pues no sólo se trata de una situación dos. Según Hannah Arendt el poder no es propiedad de un solo sujeto, pertenece a un grupo y se mantiene en tanto éste se sostenga como tal.

Para comprender esta estructura compleja de la violencia, es prudente partir por el trabajo del sociólogo noruego Johan Galtung, a quien pretendemos completar con las apreciaciones de otros aportes teóricos desde los estudios de género. Galtung propuso una línea de estudio sobre la violencia con un enfoque que contribuyó fuertemente a los estudios para la paz. Conceptualiza la violencia¹¹ con la analogía de un *iceberg*, en donde la porción visible es más pequeña que todo lo que no logramos apreciar; la violencia directa. Aquella que se ejecuta con la intención de dañar física o emocionalmente a alguien, ya sea con insultos, golpes u otras conductas que generan consecuencias evidentes, como lesiones o muerte, o poco perceptibles como daño emocional. El

¹⁰ Lo que en lo sucesivo explicaremos más como una propiedad material política y de lo femenino en términos género, que como una particularidad de sexo en un sentido biológico, como una propiedad material política y de lo femenino en términos género.

¹¹ Véase *Violence, Peace, and Peace Research* (1969)

nivel por debajo de ella es la violencia estructural. Un conjunto de condiciones y situaciones que merman la dignidad humana y van negando derechos a las personas. Esta violencia, es resultado de la estructura social, política o económica; considerándose entonces violencia estructural aquella en que la población no satisface sus necesidades básicas, ni se le respetan derechos humanos fundamentales; es decir, desigualdad, falta de oportunidades, discriminación, represión, enfermedades e incluso la muerte. La base de los dos tipos de violencia (directa y estructural) es la violencia cultural. Costumbres, tradiciones, leyes y valores que dan legitimidad y por tanto propician violencia estructural y directa (Galtung, 1969). Ejemplo claro de ella, según el mismo Galtung, es la violencia de género. Sin embargo, desde el enfoque que pretendemos, la violencia de género no es sólo un ejemplo, sino más bien la misma construcción del género con estatus jerárquicos es violencia en sí y es fundamental para el análisis.

Para Joan Scott “el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder (...) el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (1996:61). Bajo ese principio, poniendo en relación al iceberg, el género es la violencia cultural a partir de la cual se construye el tablado de la estructural, misma que va *legalizando* las diferencias en términos de dominación/subordinación y da pie a la violencia directa, siendo ésta tan brutal como la cultura que le sustenta.

El par dominación/subordinación, son las dos caras de una misma moneda que se afirma en las construcciones dicotómicas de lo idéntico y lo diferente, que según Heritier, son “la base objetiva e indiscutible de un sistema global de clasificación desde el punto de vista del sujeto hablante” (2007:16), que partiría de la observación preliminar de la diferencia sexuada. El género es una categoría que habla de relaciones de oposición y constituye “la forma elemental de alteridad” (Heilborn, 1992, citada en Segato, 2003:57) y con ello de subordinación. Mas, la construcción de la diferencia no habla simplemente de hombres y mujeres, sino de sujetos masculinos y femeninos en tanto cuerpos significantes de la oposición, y por ende, de la posición social y política que ocupan en la estructura jerárquica, en donde la valencia es diferencial y está presente en el origen de lo social (Heritier, 2007, pág. 18).

Por consiguiente, el género es una estructura de relaciones de carácter simbólico, donde lo masculino y lo femenino son posiciones relativas, que incluye, pero no se reduce a las anatomías del hombre y la mujer (Segato, 2003). Hay una construcción simbólica, como lo señalara Sherry Ortner, que establece prestigio y dominación, otorgándole a lo femenino una posición de

subordinación y a lo masculino una dominación, fundando un sistema sexo/género (Rubin, 1986) que se socializa y edifica en ideologías de género.

En esa orientación crítica, la feminista Catia Confortini propone que la violencia directa de Galtung es para los estudios de género un mecanismo de control social, una herramienta para perpetuar las otras violencias (Confortini, 2006:350). Esto conforma, junto con lo ya presentado, una crítica complementaria al modelo de Galtung, en donde así como no puede haber violencia estructural o directa sin cultural, la estructural no se mantiene sin la directa como mecanismo de reforzamiento, y la cultural no persiste si la estructural no la legitima. Es decir, se trata de lógicas con todo un entramado simbólico para operar y sostener las violencias, que no se articulan nivel a nivel, sino de manera simultánea, y es por ello que aunque la violencia constituya un tema que genera alarma y preocupación internacional por sus causas y consecuencias tanto en las personas como en el desarrollo de las naciones (UNICEF, 2006) no basta sancionar y legislar la violencia directa para que la maquinaria se detenga, pues se trata de todo un régimen de poderío rutinario de género que sostiene un mandato de privilegios.

En ese orden de ideas, MacKinnon (1995) propone que el Estado es masculino porque la objetividad es su norma, lo que garantiza que la ley refuerce la distribución de poder existente, en donde no sólo los hombres gobiernan a las mujeres, sino que además se gobierna en una forma masculina. “El género es un sistema social que divide el poder” (Mackinnon, 1995, pág. 285) y en ese sentido ordena la violencia, siendo ésta selectiva. Así pues la violencia tiene género, es de género y el género tiene violencia, porque nos dice en qué cuerpos sí se ejerce y cómo, y en qué cuerpos no, lo que se grafica en la definición vista en el inicio de este apartado. “Quienes socialmente gozan de derechos como la igualdad, la libertad, la intimidad y la expresión, los mantienen legalmente... No se conceden legalmente a nadie que nos los tenga socialmente” (Op. Cit. pág. 283). La figura de lo masculino es en donde se recargan las garantías, de esta forma el Estado se legitima a través de la no interferencia del *statu quo* que lo mantiene. Si el dominio masculino es seguro, ni una garantía legal de igualdad para con lo *otro*, lo femenino, generará tales resguardos porque socialmente no los poseen. Nos emerge así lo masculino como lo blanco, heterosexual y de clase alta; una figura hegemónica que condensa los privilegios no sólo de sexo sino de raza, dejando al mismo tiempo sin garantías a quien tenga cualidades de lo negro e indígena, disidencias sexuales, así como también posición de clase, incluso si es un varón.

Al respecto del origen y manejo de garantías sociales de lo femenino y lo masculino, la línea de comprensión de la violencia planteada por Rita Segato, siguiendo a Carole Pateman, sobre relación entre estatus y el contrato, es fundamental. Pateman critica las propuestas estructuralistas de Levi-Strauss, Freud y Lacan respecto a que lo social se funda en el asesinato del Padre y el contrato de mutuo reconocimiento entre hombres, diciendo que anterior a ello, la primera Ley sería la ley de género, en donde la violación o apropiación de mujeres a la fuerza por parte de los hombres, establece la ley del estatus¹² (Segato 2003). Cuando queda instalado el sistema contractual de pares –hombres-, la mujer queda protegida en tanto esté bajo el alero de un hombre; y, a pesar de que las mujeres han entrado con la modernidad al sistema contractual, al ser el estatus inherente al género no desaparece. El ejercicio reflexivo que hace Segato la lleva a plantear que la violación demuestra la fragilidad y superficialidad del *contrato* en las relaciones de género, y la ruptura contractual evidencian el sometimiento de los individuos a estructuras jerárquicas constituidas, en cualquier contexto (Segato, 2003).

En las sociedades contractuales, hombres y mujeres son protegidos y normalizados bajo la misma ley, en tanto sujetos de derechos, sin embargo según Pateman “la estructura del género nunca adquiere un carácter completamente contractual, y su régimen permanente es el estatus” (Segato, 2003:29). Así, por mucho que la ley basada en el contrato se encamine hacia la igualdad discursiva de todo ciudadano y ciudadana, el estatus prima en tanto existen mecanismos de control que legitiman la costumbre y mantienen la estructura del rango, puesto que se trata de ordenar categorías que den cuenta de las marcas diferenciadas de acuerdo a valores jerarquizados que, a pesar de ser construidas, se perciben como indelebles.

Las marcas diferenciadas de dominación y la subordinación obedecen, desde Julieta Paredes y Adriana Guzmán, a un gran sistema, el patriarcado; éste definido como “el sistema de todas las opresiones, todas las explotaciones, todas las violencias, y discriminaciones que vive toda la humanidad (mujeres, hombres, intersexuales) y la naturaleza, históricamente construidas, sobre el cuerpo sexuado de las mujeres” (2014:77). Retomamos ese concepto, pues es en el cuerpo de las mujeres donde se ha aprendido a controlar, dominar y oprimir; lo que se relaciona con que los valores que conforman las jerarquías en el orden de lo masculino y lo femenino, entendido esto desde las mismas autoras, como las cárceles sobre los cuerpos de hombres y mujeres, en dónde la

¹² “Para Pateman, la violación – y no el asesinato del padre pone fin al incesto y permite la promulgación de la Ley que lo prohíbe- es el acto de fuerza originario, instituyente de la primera Ley, del fundamento del orden” (Segato, 2003:28)

cárcel del hombre (masculino) vale más que la cárcel de la mujer (femenino), sean identificados como el móvil de la violencia sexual.

Al tener lo femenino una posición de subordinación, “el mero desplazamiento de una mujer hacia una posición no destinada a ella en la jerarquía del modelo tradicional pone en entredicho la posición del hombre en esa estructura” (Segato, 2003, pág. 31), lo que supone al mismo tiempo que habría una especie de sistema meritocrático, en donde hay mujeres que ameritan ser violentadas por una serie de características variables, y mujeres que no. Pero se trata entonces de una situación que depende, en todo caso, de cómo sea interpretado dicho movimiento. Así, las mujeres autónomas, en amplios sentidos, son identificadas como una afrenta¹³.

En los hombres la meritocracia funcionaría de forma opuesta, o mejor dicho, por medio de la corrección o castigo de la afrenta, así sea ésta atestiguada o solicitada de forma expresa y directa o no. “La demostración de fuerza y virilidad ante otros pares, con el objetivo de garantizar un lugar entre ellos” (Segato, 2003, pág. 33), tiene como sentido darle un mensaje a otros, aunque ellos no estén presentes físicamente, porque pueden hacer las veces de interlocutores en el “horizonte mental” (Op. Cit). Desde esa última idea es que Segato propone más bien una estructura dialógica que da sentido a la violación. Es decir, tiene una dimensión intersubjetiva de los demás con diferencias de género y exigencias de la identidad masculina. Ese imaginario que suena tan abstracto suele ser concretizado y corporeizado en droga, alcohol, el diablo, o una persona. Ello no se plantea porque se desee disolver culpa o responsabilidad en el hecho, sino para explicitar que hay más engranajes operando en un acto de violencia sexual.

Adentrándose en ello, la autora también expone sobre una forma de violencia psicológica, deliberada o no, que envuelve agresión emocional, ridiculización, desvalorización, intimidación, sospecha, condenación, etc. a la que denomina “violencia moral”¹⁴. Desde este concepto nos explica que la vulnerabilidad al maltrato psicológico está asociada al menoscabo del ejercicio, a la pérdida de autonomía, ligándolo con el abuso de autoridad y coacción, que mantiene un sistema de estatus previamente establecido.

“Entiendo los procesos de violencia, a pesar de su variedad, como estrategias de reproducción del sistema, mediante su refundación permanente, la renovación de los votos de subordinación de

¹³ Ejemplo claro de ello, los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, México que se han perpetrado desde los noventas y han prevalecido en el tiempo

¹⁴ Surge como concepto en el siglo XX al amparo de las reflexiones relativas a los derechos humanos y el feminismo.

los minorizados en el orden de estatus, y el permanente ocultamiento del acto instaurador. Sólo así es posible advertir que estamos en una historia, la profundísima historia de la erección del orden de género y de su conservación por medio de una mecánica que rehace y revive su mito fundador todos los días” (Segato, 2003, pág 113).

La violencia moral, se reproduce de manera automática a través del tiempo, es una violencia “maquinal, rutinaria e irreflexiva y, sin embargo, constituye el método más eficiente de subordinación e intimidación” (2003:114-115); su mayor fuerza no está finalmente en su extensión hacia la violencia física, en este caso sexual, expresión de dominio más reconocible, sino en su capacidad de diseminarse en gestos y rutinas de manera imperceptible, en la mayoría de los casos sin la necesidad de rudeza; al contrario, sustentado en la legalidad y la legitimidad. Segato mencionará la presencia de esta violencia en las *rutinas domésticas*, que aquí entendemos no como las acciones repetitivas exclusivas del espacio privado, sino en la cotidianidad de lo privado y lo público, lo cual incluye los tratamientos para *reparar la agresión*, sosteniendo relaciones con lo legal, médico, policial, social, familiar y psicológico para catalogarlas y definir a las mujeres violentadas sexualmente, a fin de *operar* con ellas.

Violencia Sexual: su operatividad en el sistema de género y violencia

Acercarse a la violencia sexual suele ser un tema delicado y por lo mismo las definiciones a su respecto han ido variando a lo largo de los escenarios contextuales, sobre todo por temas legales en función de penalizar, más que de prevenir o intervenir.

La clínica de Género y Sexualidad del Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente en México -por cierto única en su clase al considerar el género, y es por ello que nos acercamos a sus consideraciones- señala diez modalidades de violencia sexual que nos es importante mencionar para dimensionar el espectro: abuso sexual, violación sexual, prácticas sexuales forzadas y/o violación sexual en el matrimonio, matrimonio o cohabitación forzados, denegación del derecho a hacer uso de la anticoncepción o adoptar medidas de protección contra enfermedades de transmisión sexual, aborto forzado, coerción sexual, hostigamiento sexual, actos de violencia que afectan la integridad sexual de niñas y mujeres, y atentados contra la libertad sexual de la mujer aunque no impliquen contacto físico entre ésta y el agresor (INPRF, 2011).

De éstas ahondaremos en algunas definiciones del mismo instituto, que dan cuenta de las conceptualizaciones sobre las experiencias con las que se ha trabajado, y que entendemos son

elaboradas en diferentes modalidades por sus funciones operativas para efectos legales, ilustrativos, informativos, psicológicos y médicos.

El **abuso sexual** es entendido como todo acto en el que se involucra una actividad sexual inapropiada para la edad del/la niña, o el/la adolescente, personas discapacitadas o que están impedidas para consentir, se le solicita secrecía sobre el hecho, se le hace percibir que relatar lo sucedido tendrá consecuencias negativas para sí mismo(a), el agresor u otra persona de la familia. Engloba tocamientos en el cuerpo de quien es violentado o el agresor, violación sexual, seducción sexual, exhibicionismo, o exposición a imágenes o actos sexuales¹⁵ (INPRF, 2011).

Violación sexual se define como la introducción del pene en el cuerpo de la *víctima* por la vía vaginal, anal u oral, así como introducción de cualquier otra parte del cuerpo u objeto por medio de la violencia física o moral, en personas de cualquier sexo por conocidos, desconocidos, múltiple y como estrategia de guerra (INPRF, 2011).

Por su parte, las **prácticas sexuales forzadas** se asumen como actos sin consentimiento y/o violación sexual en el matrimonio. La **coerción sexual**, precisa cualquier presión física o emocional ejercida por una persona para imponer a otra, actos de orden sexual en un contexto heterosexual u homosexual, de mutuo acuerdo para salir juntas, conocerse o sostener una relación romántica o erótica, o relación más formal como noviazgo. Por último, los **atentados contra la libertad sexual** de la mujer puntualizan escenas donde aunque no impliquen contacto físico entre ésta y el agresor, se obliga a masturbación o relaciones sexuales a terceras personas (INPRF, 2011).

Todas estas determinaciones dejan huellas similares, obedecen a los mismos principios de orden sociocultural y producen la marca de violación-víctima-violada (INPRF, 2011). Por tal motivo no se determinarán modalidades de violencia sexual como exclusivas de nuestro estudio. Si dispusiéramos reducir nuestro campo a una o algunas de éstas, estaríamos fijando la idea de una concepción cerrada acerca de lo que significa estar dentro de la categoría *violada*, limitando con ello la aproximación que pretendemos. No queremos contribuir a un ideario que asume un episodio con características específicas y particulares, porque parte de la crítica a plantear es que los reduccionismos han dificultado el acercamiento a la problemática y sobre todo, la expresión de quien la experimenta.

¹⁵La definición original también considera a personas con alguna discapacidad o impedida de consentimiento, pero no será nuestro caso.

En relación a lo anterior, entenderemos violencia sexual, como toda experiencia de “uso y abuso del cuerpo del otro, sin que éste participe con intención o voluntad comparable” (Segato, 2003:22), donde prima una relación de poder que puede ser explicitada o no mediante amenaza sutil o fuerza manifiesta (Gaitskill, 1994: 68); y que produzca en el cuerpo usado la entrada a la categoría *violada*. Siendo esta última siempre en femenino, porque se configura con signos y gestos de femineidad (Segato, 2003, pág. 23). Destacando en todo momento que la violación no es un acto sexual en sí mismo, sino violencia instrumentada sexualmente.

A pesar de que pareciera existir una finalidad en los actos de violación “en última instancia se releva como el surgimiento de una estructura sin sujeto, una estructura en la cual la posibilidad de consumir al ser otro a través del usufructo de su cuerpo es la caución o el horizonte que en definitiva, posibilita todo valor o significación” (Segato, 2003:23) y es así también como *violada* se convierte en una categoría con una suerte de identidad previa al cuerpo que la habite.

Insistimos en ello porque el acto de acceder a un cuerpo no pasa por quién es, no se trata de un sujeto, sino más bien es un cuerpo pensado como objeto por su posición inferior; de aquí que pongamos el énfasis en cualidades siempre femeninas representadas en ese cuerpo objeto y lo que va a significar irrumpir en ese objeto *para*. Hay un acto punitivo-disciplinador, y un desafío masculino de identidad (Segato, 2003, pág. 25) por tanto mecanismo de regulación en la violación.

Cuerpo(s): materia y recurso donde de ejecuta la violencia

Puesto que el presente análisis girará en torno al cuerpo de mujeres como territorio en tanto identidades físicas que son ocupadas por otros cuerpos y discursos de manera violenta, es necesario que partamos por conceptualizarle.

Nuestro cuerpo es un lugar, es el espacio en el que nos localizamos (McDowell, 2000, pág. 59) y, en ese sentido, la rutina de vida diaria se encuentra dominada por la existencia del cuerpo y los cuidados para sostenerle (Turner, 1989:25) no sólo con vida, también como entidad simbólica. Tenemos y somos cuerpos, éste es condición necesaria de nuestra identidad social, para que se nos nombre y reconozca dentro del lugar social que habitamos, por lo que el tiempo y el espacio, serán factores que generen variaciones (McDowell, 2000).

La identidad del cuerpo de las mujeres carga con diferencias jerárquicas a las que hemos referido. Éstas, se encuentran relacionadas en el trabajo de Sherry Ortner (1979), a la reproducción y la sexualidad; asumiéndolas como más cercanas a la naturaleza, puesto que las

mujeres a diferencia de los hombres, gestan, lactan y menstrúan. Estos factores las subordinan a la identidad del cuerpo de los hombres, la cultura, porque ésta última es entendida como la que tiene el poder transformador de la naturaleza¹⁶. En éste último sentido, similar a lo planeado por Simone de Beauvoir (1954), quien critica que no sólo por estar ligadas a la naturaleza, las mujeres se consideran débiles, puesto que aún en temas como la gestación, el papel del espermatozoide es concebido como el que concreta el fin; la vagina y su matriz son los receptores del pene. Las mujeres son lo pasivo y los hombres lo activo. Así, la construcción de la identidad de las mujeres no puede ir más allá de los símbolos importados en su cuerpo.

La representación del cuerpo exterior, por vías del refrenamiento del cuerpo interior es, según Turner (1989), la articulación que hace andar a las sociedades, pues requieren de la reproducción y distribución de cuerpos en determinados lugares para funcionar. Lo que para Foucault sería el poder de disciplinamiento, el cuerpo entendido como un lugar de control social, que a través de mecanismo de biopoder vigila que los cuerpos no se salgan de la norma socio-política; es decir, la represión del cuerpo en pro del orden social.

En la propuesta de McDowell (2000) las representaciones del cuerpo, lo hacen un producto de intercambio, este último se realiza bajo las consideraciones del discurso vinculado a los cuerpos, porque no todos son para lo mismo. Así, el límite del cuerpo no está en la piel, sino en lo que significa ese cuerpo, en el contenido discursivo. Habría, en ese sentido, distintas formas de que el cuerpo se sujete de sí mismo y se relacione en esos términos, convirtiéndose en una categoría táctica y estratégica que puede jugar en contra por cómo se puede regular, pero a favor porque es nuestro lugar y espacio primordial.

Para Butler (2002) la regulación es clara o se hace evidente en la reiteración forzada de normas reguladoras que buscan materializar una construcción ideal del sexo y del cuerpo. Reiterar se hace necesario porque las normas nunca son acatadas de forma cabal y mansa. Para la autora, precisamente esas inestabilidades pueden ser aprovechadas para “producir rearticulaciones que pongan en tela de juicio la fuerza hegemónica de esas mismas leyes reguladoras” (2002:18) puesto que concibe al cuerpo como un ente activo. Se podría construir una visión propia y por tanto contestataria a la norma, que es lo que justamente buscamos plantear en nuestra tesis sobre las experiencias de las mujeres con la categoría *violada* y la subversión de la misma.

¹⁶ Y atendemos nuevamente a que en ello hay implicancias de raza, puesto que también opera dicha vinculación con y como efectos de relaciones de poder.

La performatividad definida como “una práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra, por lo que las normas reguladoras del sexo obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos” (Butler, 2002:18), destaca la portación de un discurso que controla su práctica por los mandatos que emita. “Esto implica entender la materialización del cuerpo como un proceso por el cual cada sujeto acepta, asume, se apropia y adopta normas corporales” (Op. Cit.:19). Por ende pueden alterar el discurso que las nombra a partir de la apropiación de las normas, a sabiendas de que los significados adjudicados al cuerpo son significaciones culturales jerarquizadas.

Pero entonces es pertinente explorar sobre las significaciones que se han implantado en los cuerpos violados con las concepciones culturales de lo femenino, a fin de aventajar las fisuras de la reiteración que las materializa, y darle una vuelta al mecanismo performativo.

Para Lagarde (1990) las significaciones culturales de lo femenino están, además de en la distinción de la procreación y el erotismo, en función de otro; es decir, las mujeres se legitiman como tales en tanto cumplan un rol hacia otro, son de y para otros. Su cuerpo es un lugar siempre ocupado por necesidades y exigencias. Distingue en base a esto categorías, que para el tema que nos ocupa, son pertinentes e interesantes, *madresposa*, *puta* y *loca*.

Todas las mujeres son *madresposa*, sin que para ello requieran marido o hijos/as, sólo en base a su condición de mujeres se les ordena en los ejes de maternidad y conyugalidad, expresándose la concepción de su ser para otro y por otro. En ese sentido el mito más grande que envuelve a la *madresposa*, es la virgen, pues ésta no existe sin el otro que la hace lo que es, madre.

La *puta* es el “concepto genérico que designa a las mujeres definidas por el erotismo, en una cultura que lo ha construido como tabú para ellas” (Lagarde, 1990:543). Todas las mujeres son *putas* aunque sea una vez en su vida, por evidenciar su deseo erótico. Esto rompe con la maternidad y le da una carga negativa a la *puta*, asumiéndola como de una naturaleza distinta a su antítesis, la *madresposa* (Op. Cit.:549). La *puta* representa a la “otra mujer”, una accesible a los hombres, casi hecha para su placer. Y a pesar de que las mujeres pueden entrar y salir de esas categorías, se les identifica y asigna un valor como las malas mujeres.

La *loca* es un cuerpo desviado en relación a las demandas de su género. Desde el discurso de la enfermedad -médico psiquiátrico- se crea la normalidad, lo enfermo y lo diferente. Las mujeres son responsables de su locura, porque además ésta tiene un espacio exclusivo en su matriz, como fuese una condición inherente a sus cuerpos y por tanto es como si no pudieran curarse nunca.

Pero la locura más grave de todas es la subversión, el delirio de transformación del orden patriarcal. Así nos proponemos distinguir no sólo el paso de las mujeres por estos tres cautiverios en relación a la categoría violada, sino además el uso que se hace de estos para explicarles sus experiencias.

Victimización: crítica a la sujeción de la posición pasiva

Los enfoques clásicos para trabajar violencia, tienden a trabajar con categorías dicotómicas sobre las que nos proponemos planteamientos críticos. Establecer lugares fijos como víctima/victimario y sujeto/objeto (Confortini, 2006), sujetan nomenclaturas cargadas en positivo/negativo y activo/pasivo, reforzando la diferencia dominación/subordinación. Esto es importante porque si bien nosotros también nombramos sujeto/objeto para referirnos a las construcciones que hacen factible la violencia, en otros modelos analíticos se mantiene una enhilación constante víctima-objeto que no refleja la multiplicidad de formas en que las mujeres agredidas sexualmente viven a pesar de la violencia. Ese cuerpo puede ser visto por el agresor como un objeto, pero no se debe pronunciar exclusivamente desde ese lugar. Hablar en términos de objeto y víctima en los tratamientos tanto sociales como psicológicos deja afuera la posibilidad de potenciar la capacidad de acción de quien experimenta violencia.

Es transcendental cómo lo nombramos, ya que representa la forma en que contemplamos. Una condición de *víctima* y *objeto* promueve perspectivas que estatizan la experiencia de la violencia de *la víctima*, y la limitan al lugar de inhabilidad. Mientras el discurso siga refiriéndose a los violadores como sujetos, éstos se mantendrán en la posición activa¹⁷; y en tanto las agredidas sigan reducidas al lugar de objetos pasivos, no habrá modelos de intervención satisfactorios. Inclusive a partir de esa inamovilidad es que se puede explicar el silencio al que se ven conminadas las mujeres que han pasado por estos hechos.

El silencio es, a decir de Foucault (1998) lo que afirma que nada ha pasado. Si no se dice, no se sabe, si no se sabe, no se ve, y si no se ve, no se cuestiona. Esto construye una trampa para quien quiere romper el silencio, pues si se enuncia la violación, lo que ha de ser cuestionado es la persona agredida, el relato y la imagen de la violencia sexual; no así el poder, la lógica social de la violación y su imaginario como mecanismos de control. Esto, porque el sexo, parafraseando a Foucault, es el secreto que todo el mundo quiere descubrir (Foucault M. , 1998, pág. 92); así que

¹⁷ Incluso nos atrevemos a señalar que puede hacer las veces de conjuro y por eso los eventos de violencia sexual no disminuyen, sino que prevalecen y aumentan.

en la pesquisa del sexo como “objeto”, no se permite ver el mecanismo y el espejismo de acceso. El artilugio del sexo, garantiza que las violadas, una a una, se guarden-silencien. El control es tanto y tan profundo que incluso hace creer que es por la propia protección contra otro tipo de ataques y juicios, cuando en realidad se están cuidando los intereses del poder sobre tales. Para ello operan tres engranajes sincronizados en el dispositivo haciéndolo funcionar. El sexo como arma de semen y sangre para dominar, el sexo para inquirir y el sexo para censurar.

Precisamente para acercarnos a la censura y el silencio como una trampa, nos basaremos en el trabajo que ha desarrollado Inés Hercovich (1992) sobre el *bloque de la violación*; un conjunto de imágenes e ideas sobre lo que sucede en un episodio de violación que compadece y culpabiliza a quien ha sido violada y al mismo tiempo desresponsabiliza al violador, pues se sostiene de un discurso de racionalidad patriarcal sobre la sexualidad de los cuerpos en órdenes de pasividad y actividad como opuestos. Y será Mary Gatskill, de quien nos apoyaremos para problematizar dicho ordenamiento con su propuesta sobre *no ser una víctima* (1994), donde expone que la obediencia aleccionada en lo femenino genera condiciones donde se dificulta poder hablar por sí misma para poder expresar lo que se quiere y defenderse. Les presentamos aquí de manera sucinta, pues será en el análisis donde vayamos hilando de mano de sus planteamientos para ir develando las construcciones que están implicadas en la categoría violada, cuyo núcleo de gobierno es la *víctima por siempre-pasiva*.

Este campo de significados es el que muchas mujeres a las que no se les concede voz han roto y otras tantas no saben que pueden romper, porque se les condena al silencio.

Puede salirse *de ese sitio como único*, eso no desarma la violación, pero es posible desdoblarse de ese lugar de objeto, ser sujeto y darle una vuelta a la categoría, subvertirla.

Subvertir: una posibilidad para zafarse

Las definiciones comunes de la palabra subvertir pasan por entenderla como transformar, destruir, especialmente lo moral; invertir, desestabilizar o destruir lo establecido; alterar el orden público, destruir la estabilidad política o social de un país; resolver; restablecer, revolucionar, perturbar, hacer que algo deje de marchar o de ser como había sido establecido¹⁸. Se trata de, en principio, un acto, la acción de desestabilizar en función de cambiar la forma en que algo se encuentra instaurado en términos sociales y morales.

¹⁸ Véase RAE, 2001; Word reference, 2005; K Dictionaries; diccionario Manual de la Lengua Española, 2007; y diccionario enciclopédico, 2009.

En ese sentido, podemos ligar la acción de subvertir con la revuelta, con el “cuestionamiento de las normas, los valores y los poderes establecidos” (Kristeva, 1999, pág. 13). La transformación viene necesariamente como producto de cuestionamientos. En el caso que nos ocupa, del controvertir una categoría, *violada*. Dar la revuelta de esa categoría es sinónimo de dignidad, parafraseando a Kristeva (1999). La dignidad que se le ha arrebatado reduciendo a las mujeres al objeto, la víctima y silencio. Para la autora hay muchas formas de revuelta, *como vuelta-retorno-desplazamiento-cambio* y en ellas el ser hablante se expone a un conflicto insoportable, pues está a punto de rechazar lo conocido hasta ese momento.

La revuelta de Kristeva nos lleva a revisar la rebeldía, el movimiento por la lógica semántica y etimológica que la autora va siguiendo y termina en *la vuelta*, el vuelco. “En el sentido psicológico, la palabra contiene una idea de *violencia* y de *exceso* en relación a una norma” (Kristeva, 1999:12). La subversión va a significar violentar en tanto rompe con lo que se ha naturalizado y concedido como la verdad sobre la que se sostiene una realidad conocida. El quiebre de la norma puede coconsiderarse tal, porque sobra en el orden de la estructura, se encuentra fuera, pero al mismo tiempo porque desafía los símbolos y significados de la misma.

Quien pasa por una experiencia de violencia, recibe un discurso que le hace entender el acontecimiento, en ella e incluso en su atacante, que debe asimilar y transportar con ella a donde se presente, de manera tal que captive su expresión y su palabra con el silencio de la culpa. Su versión, su acción, su voz, su experiencia, su valor es violento, y es un exceso que no se tolera. Por eso es un desafío importante quitarse el lastre y desplazarse.

Puede haber un vuelco de las mujeres violentadas desde la categoría violada. No para zafarse de ella como hecho, porque es importante que quede patente que se ha cometido un acto violento contra sus cuerpos; sino como un ejercicio desde el que se pueda hacer una lectura en la que se tenga conciencia de cuáles y cómo operan los mecanismos que le dan lugar. La subversión como gesto político, comienza por propiciar la voz de ese cuerpo, la expulsión de la secrecía, para desde ahí cuestionar el discurso que le ha conceptualizado hasta ahora.

El cuerpo es un constructo (Butler, 2007), es donde se graban los acontecimientos, mismos que lo pueden someter a un estado de sitio, al grado de destruirlo por los significados que le enmarcan. Se denota entonces la posibilidad de que otras prácticas podrían también construirle; mover y crear a través de actos, considerando al discurso un acto mismo. “Una aproximación y reformulación total de las propias categorías de identidad [...] para organizar la concurrencia de

numerosos discursos sexuales en el lugar de identidad con el propósito de conseguir que esa categoría, en cualquiera de sus formas, sea permanentemente problemática” (Butler, 2007:253). La práctica para hacer constructo desde otro lugar que ya no tema la incomodidad y el prejuicio, sino que pretenda provocar el cuestionamiento de ello.

Es la propuesta de Foucault por subvertir todo poder fundamentado como inamovible. Si el discurso pretende censurar y excluir, si el lenguaje es instrumento de poder (Foucault, 1992), desde el ejercicio del mismo se puede desentrañar el tabú, constituyendo ya un acto de subversión (Ramos, 2010).

En esta subversión podría retomarse desde el trabajo de Beatriz Preciado (2005) en torno a apoderarse del discursos sobre los cuerpos, en este caso violados; apelaría a que quienes hemos experimentado violencia sexual requisiemos cómo se aborda el tema en nuestros cuerpos, y en ese sentido *desterritorialicemos* los mandatos socioculturales nos construyeron como anormales-víctimas-traumadas. Dicho manejo podría ser incluso un gesto *queer*¹⁹ dónde deconstruir el sentido de la violación y construir una *identidad estratégica* y contestataria que resista a la normalización, radicalizando a *las desviadas* (Preciado, 2005). No obstante, no vamos a poner los acentos en lo *queer* porque el trayecto de revuelta, si bien pretende la reapropiación del cuerpo en las mujeres violadas y reconvertir el discurso médico y pornográfico de violencia sexual, no hace un uso exclusivo de la *injuria*, ni se desentiende del *territorio* en tanto cuerpo social situado –raza y la clase- cuando se propone la crítica; y ésta, desde nuestra postura, se da a su vez *en y con* necesidad de comunidad más que manteniéndose en una posición meramente individual.

En la mirada situada, de una/o pero también de otras/os, se tiene posibilidad de irrumpir subvirtiendo los límites y definiciones de las categorías con la claridad del lugar que se pretende ocupe. Por eso es un giro, una volcadura sobre el mismo cuerpo pero mirando en ambos sentidos. Por un lado se contempla de dónde vino tanto para criticar como para retomar y construir, y por otro se atiende ese encierro personal, pero también colectivo. Así subvertir, sería más bien una especie de *vamos de dónde venimos* como diría Paredes (2014).

¹⁹ “*Queer* en su origen supone un problema para mi sistema de representación, resulta una perturbación, una vibración extraña en el campo de visibilidad que debe ser marcada por la injuria. Pero al paso de los años se hizo de la injuria una acción política y de resistencia de la normalización. Implica una posición crítica de los procesos de exclusión en los disidentes de género y sexuales frente a la norma dominante. *Vease* Beatriz Preciado, “Queer: Historia de una palabra” En: Parole de Queer. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero44/escuerpo.html>

La intención, es circular y desconvertir políticamente lo que hicieron del cuerpo como entidad carcelaria por haber pasado, en este caso, por una experiencia de violencia sexual. Se urde en el cuerpo violado, una identidad en sí misma, sin importar quién la habite; porque la categoría ya se tiene plena de significados para quien pase a ocuparla, a *serla*. Hay que vaciar esa categoría, drenarla; deshacer, desestabilizar lo que se ha consumado, para poder construir lo que no se ha podido decir en las voces de a quienes no se ha querido escuchar. Es posible desde esta práctica subversiva, forjar sentido y construir identidades dignificadas de mujeres.

ACERCAMIENTOS METODOLÓGICOS: conocimientos, búsqueda y análisis

La epistemología feminista ha cuestionado la relación sujeto-objeto, criticando la dificultad de incluir y comprender a la mujer como actor y sujeto de conocimiento. *¿Por qué tan pocas?* (Rose, 1986) surge finalmente como pregunta-denuncia, y es el marco en el cual asentamos nuestra investigación.

La generalidad de investigaciones sobre mujeres y violación observan patrones extendidos e institucionalizados que plantean por un lado la dominación masculina, y por otro eternizan la victimización de las mujeres. Han cercado lo femenino al “crear la falsa impresión de que las mujeres se han limitado a ser víctimas, de que nunca han protestado con éxito, de que no pueden ser agentes sociales eficaces en favor de sí mismas o de otros” (Harding, 1998:18). Nuestra propuesta de asumirlas intérpretes críticas se afirma de esa sospecha epistemológica que han instalado las feministas, no por el sólo hecho de incluir a las mujeres en los estudios, sino porque también se proyecta una estrategia conceptual que lleve a la reflexión política en las representaciones producto del conocimiento (Op. Cit) y se geste material para la práctica social.

Pretendemos estrategias metodológicas con una reconstrucción feminista a bien de que se reconozca a estas mujeres sujetos de producción de conocimiento (Maffia, 2007), y se critiquen los sesgos de género impresos hasta el momento en la teoría científica y su aproximación metodológica. Parte de las estrategias es remirarse sin pretender imparcialidad, sino implicándose y comprometiéndose. “Las feministas al hacer investigación nos involucramos y reconocemos que nosotras mismas tenemos algo comprometido en la investigación. No estamos solamente haciendo algo por “otras” mujeres sino también para nosotras mismas y nuestra propia emancipación” (Chuchryk, 1992, pág. 8). Reconocemos la importancia de estudiarse a sí, y cambiar el clásico enfoque de un *arriba hacia abajo*, a un *de abajo hacia arriba* (Haraway, 1995). De ahí que evidenciar mi relación autobiográfica con la temática de estudio pone un alto a la neutralidad y explicita un compromiso de praxis feminista y una urgencia de *mismidad*²⁰.

Para este tipo de apuesta cognoscitiva el método cualitativo se presenta como el más pertinente, por su particular acercamiento permite investigar de forma inductiva, flexible en sus técnicas, considerando el contexto, los efectos sobre quien se investiga, y teniendo en cuenta los marcos

²⁰ Para Lagarde “cada mujer vive su propio horizonte cultural feminista cambiante, y su biografía es su experiencia particular. Ante la expropiación del *ser-para-sí* y para lograr la génesis de la libertad y del *yo*, la mismidad como experiencia vital es la más radical creación feminista”(Lagarde, 2012:415)

de referencia propios de las personas (Bogdan & Taylor J, 1994). Además comprende de forma reflexiva fenómenos que se relacionan con las subjetividades, significados y vivencias, lo que hace factible el análisis del relato, relevando el valor de lo narrado como propuesta para identificar las representaciones y discursos de subversión de la categoría que se analiza, a lo largo de la vida. Lo anterior nos ayuda a mostrar que los datos usualmente nombrados en violencia sexual, tienen rostro, que ese rostro tiene voz, y que esa voz tiene fuerza, sin que ello comprometa la formalidad y sistematicidad de lo que se está presentando; al contrario, hay un uso de procedimientos rigurosos, pero quizás no estandarizados (Bogdan & Taylor J, 1994).

En este estudio, las coordenadas de la investigadora se convierten en una herramienta de doble sujeto metodológico que favorece atender de forma situada la mirada sobre el fenómeno para, con esa labor de posicionamiento, potenciar propuestas metodológicas feministas en búsqueda de gestar agentes de cambio (Chuchryk, 1992), empezando por quien investiga y quienes participan²¹. No presumimos *no intervención*, todo lo contrario creemos que el proceso dialógico tiene consecuencias y pretendemos sumar pasos al camino que ya realizan nuestras colaboradoras.

En lo que respecta a recabar las diversas narrativas de las mujeres en torno a sus experiencias, llevamos a cabo encuentros de conversación a los que podemos llamar técnicamente entrevista en profundidad, más queremos relevar como diálogos y pláticas desde los cuales nos planteamos también un espacio y ejercicio de *herstoria* o *herhistory*²², cuya exploración tiene que ver precisamente con la historia y la oralidad de las mujeres, y con su propio estilo para contar-se. Esa narrativa, hasta ahora excluida, se presenta como una disputa política de autoridad ¿quién puede hablar de violación como problema socio-cultural? ¿Puede hablar *la violada*?²³. Ello es fundamental puesto que pretendemos estimular y contribuir a la producción de narrativas

²¹ Sobre todo tratándose de una investigación cualitativa, feminista y encarnada. La interacción, modificó en alguna medida a las participantes y a quien suscribe. Incluso, porque formará parte de nuestra trayectoria de vida el participar en un espacio que trata la categoría de forma diferente, y que tiene por objeto exaltar las maniobras discursivas y prácticas de las que han echado mano para no ser el estigma.

²² Palabra que refiere tanto a una crítica de cómo se ha estado documentando la historia, siempre expuesta desde *his* (refiere a él en inglés), los hombres, lo masculino, sin dar protagonismo a las mujeres; como también, a darle valor a la reconstrucción de los hechos desde una perspectiva otra, desde *her* (ella), lo femenino, las mujeres. Robin Morgan popularizó el concepto de *herstoria* en "*Sisterhood is powerful*", libro donde comenta acerca de la organización feminista, que es el acrónimo de "*women inspired to commit herstory*", (mujeres inspiradas para cometer *herstoria*) y que al mismo tiempo hace alusión a bruja. "Somos brujas, somos mujeres. Somos liberación. Somos nosotras. WITCH es también una estrategia, un medio de subversión: la brujería" (Nodo 50, 2013).

²³ Hacemos alusión al texto ¿Puede hablar el subalterno? de Spivak (2003) donde deconstruye con un sentido político al desenmascarar el poder colonial y los itinerarios del silencio de quienes se han quedado plasmados fuera de la historia.

subversivas situadas y ponerlas en circulación para favorecer la recreación de realidades y performarlas colectivamente (Biglia & Bonet, 2009:8) a la hora de integrar interrelaciones, resultados y conclusiones, incitando cambios en las concepciones sobre las *víctimas, las mujeres y las violadas*.

Adicionalmente, encontramos ventajas en la narrativa, ya que si bien emana de lo individual, dándole a quien relata la libertad de ir conformando un campo de ideas e interpretaciones propias sobre su narración, es al mismo tiempo creación conjunta y social. Hace las veces de un doble espejo, lo que nos permite conocer las significaciones culturales de la categoría que vivencian las mujeres y sus propios procesos, conformándose desde una co-construcción individual y compartida. No se trata de narrar las historias por narrarlas, ni de desarrollarlas como *historias de otras*, de mujeres ajenas, sino de construir un diálogo, un relato conjunto desde interacciones como mujeres *distintas* y al mismo tiempo *iguales* para adentrarnos en campos categóricos medulares de experiencias.

En cuanto al análisis, la teoría fundamentada es la directriz basal para la propuesta, ya que involucra recolección y análisis de forma simultánea, es decir, se va fragmentando en categorías la información, estableciendo relaciones entre ellas para posteriormente ir elaborando explicaciones tentativas (Flores y Naranjo, 2013). Vela decir que dicho proceso se llevó a cabo no sólo en el espacio de escritura y guía de investigación, sino también en los encuentros con las participantes, donde se fueron problematizando relaciones entre categorías que ellas estimaban contingentes. Ello permitió diálogos comprometidos con el análisis, auténticos, honestos, críticos, directos y emotivos, de una manera espiral en la que se pudo caracterizar la experiencia y seguir el proceso que han llevado a lo largo del tiempo para torcer la categoría en su vida,

Nuestras participantes

El universo, entendido como el sector potencial para participar de la presente propuesta de investigación, pero que entendemos más como colaboradoras, son mujeres que hayan experimentado violencia sexual en el transcurso de su vida y que frente a la indignación para con el evento ocurrido, hayan generado a lo largo del tiempo, estrategias para cambiar el sentido de la categoría *violada*, prefiriendo casos que hayan tenido tratamiento psicoterapéutico ya que se busca realizar también una crítica a dichos los modelos de intervención. Dado lo anterior, no podemos dar cuenta de una metodología muestral específica, tratándose nuestro caso de un muestreo no probabilístico intencionado, donde lo que nos prima es relevar las narrativas críticas

de mujeres que han sido violentadas sexualmente, sin que en ello pretendamos establecer total representatividad.

A fin de contactarse con mujeres que quisieran participar se redactó una convocatoria (ver anexo) enviada y publicada en las redes sociales de movimientos, colectivos y organizaciones de corte feminista²⁴ dadas las características expuestas para el universo de participantes.

En menos de dos días, seis mujeres ya habían hecho eco de la convocatoria. Un total de 15 mujeres entraron en contacto²⁵ y finalmente con 10 de ellas se pudieron concretar encuentros para compartir experiencias. Es de destacar, porque así lo enunciaron las integrantes, que la presentación de la convocatoria²⁶ tuvo efectos en quienes se contactaron pues expresan que les interpelló desde otro lugar. Así mismo, comentaron que el hecho de que la investigadora develara desde la convocatoria que ella había pasado por la experiencia, les invitó a hablar con una igual.

No dejamos de reconocer que todo lo anterior puede bien representar un sesgo, pero precisamente era parte del riesgo que decidimos correr asumiendo a la subversión primero, como un hecho dado, y segundo, que los hitos mencionados en la convocatoria podían ser un indicio de aquello. Al mismo tiempo, atendemos a que la estrategia pudo *alejarse* a otras mujeres, a las que inferimos no en un estado contrario a la subversión, sino quizás en parte del proceso, pues lo entendemos como un recorrido.

De las mujeres que formaron parte del estudio, cuatro llegaron por bola de nieve, personas en común que conocían de las intenciones del mismo; las seis restantes, a través de los medios ya comentados. Algunas contestaron directamente en el muro del post y otras se pusieron en contacto a través del correo electrónico. Con siete de ellas se tuvieron encuentros presenciales dentro de Santiago en espacios comunes como cafés, parques y sus propias casas. Con quien vive

²⁴ Se solicitó apoyo del Observatorio de Acoso Callejero (OAC), el Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG) y otros colectivos y organizaciones con el mismo perfil como “La Huacha Feminista”. Sólo estas tres dieron respuesta inmediata y publicaron la convocatoria en sus redes sociales y con sus contactos vía correo electrónico. Desde dichas páginas de facebook fue compartida la convocatoria por parte de sus seguidoras/es.

²⁵ Tres de ellas tenían dudas sobre si su experiencia podía calificarse como abuso sexual; la describieron por correo electrónico y preguntaron a la investigadora si eso era lo que se estaba buscando, pues dudaban que sus casos pudieran ser catalogados como violaciones. En ningún momento se les afirmó o negó que lo fuera; se les contestó que parte de la investigación era cuestionarnos sobre esos límites y se les envió la carta de compromiso informado (anexo) donde se daban más detalles de la investigación. Desistieron después de conocerla por considerar que lo que les había sucedido era más bien acoso sexual callejero o violencia de pareja. Se les agradeció el interés y tiempo destinado. Con otras dos entrevistadas no se pudo concretar un encuentro ni de manera presencial, ni vía internet.

²⁶ “mujeres que hayan experimentado violencia sexual, con el fin de conocer las estrategias que han generado para cambiarle el sentido a la experiencia; desde salir del silencio, no querer ser reducidas al lugar de víctimas o traumatadas; y tener una postura crítica hacia los tratamientos psico-médicos y socioculturales que se le dan a la violada/abusada”

en región se concretó una *entrevista* en Santiago y otra en su localidad; y dos se realizaron vía skype por tratarse de mujeres que viven en Argentina y España. La mayoría de las conversaciones (de 2 a 3) se extendieron de 1 hora y media a 2 horas y es desde éstas que se traen los relatos; sin embargo, particularmente con Vanessa se citó también información que ha publicado en su blog, pues es nuestra intención destacar un espacio que fue autogestionado por ella, donde no sólo cuenta sus vivencias sino que comparte sus opiniones respecto a temas de violencia sexual y de género.

Como *dato* adicional de las participantes, señalamos que la mayoría han pasado por diferentes momentos de carencias y estabilidad económica en su vida, y han cursado o están cursando [al momento de la *entrevista*] educación superior. Presentamos a continuación una tabla resumen de algunas características de nuestras colaboradoras:

Participante	Edad	Nacionalidad y Residencia	Participación en Organización Soc.	Pareja	Hijos e hijas	Agresor sexual	Etapa	Tipo de tratamiento
Abril	31	Chile, Santiago	Sí	Sí	Una	Familiar	Infancia	Psicológico
Ana	25	Argentina			Una	Familiar	Infancia	Psicológico y Psiquiátrico
Andy	26	Chile, Santiago	Sí	Sí		Familiar	Infancia	Psicológico, Psiquiátrico y alternativo
Bárbara M.	31	Chile, Santiago	Sí	Sí		Familiar	Infancia	Psicológico y Psiquiátrico
Bárbara S.	25	Chile, Santiago	Sí		Una	Conocido	Infancia	Psicológico y Neurológico
Joselin	21	Chile, Santiago		Sí		Familiar	Infancia	Psicológico
Karina	36	Chile, Valparaíso				Conocido	Adolescencia	Psicológico, psiquiátrico y neurológico
Lorena	50	Chile, Santiago			Dos varones	Familiar	Infancia	Psicológico, Psiquiátrico y alternativo ²⁷
Sara	55	Chile, Santiago		Sí	Una y uno	Conocido	Infancia	Psicológico, Psiquiátrico y alternativo
Vanessa	34	España	Sí			Desconocido	Juventud Infancia	Psicológico y alternativo

²⁷ También llamado complementario o integrativo, refiere a tratamientos no convencionales de la medicina alópata. En los casos de nuestras participantes, se trata sobre todo de terapia Reiki.

Resguardos éticos

En los encuentros con las participantes compartí mis intenciones con esta investigación y desde dónde me surgía como inquietud y necesidad de encontrarme con otras historias y formas de identificarse. Les planteé también que si no era su deseo aparecer con su nombre, éste se omitiría, sería reemplazado por el que ellas indicaran y se estipularía en la carta de consentimiento informado. En su totalidad, las mujeres expresaron que querían permanecer con su verdadero nombre y una de ellas con el nombre de *personaje* por el que es conocida. Ya avanzado el estudio, se siguió estableciendo contacto y se consultó si habían cambiado de opinión respecto al uso de su nombre, pues entendemos que en el trayecto es legítimo valorar la aparición de manera distinta, y una de las participantes agradeció esta segunda instancia solicitando un cambio. Optamos por no evidenciar cuál de ellas es, para no alterar la forma en que se perciba su relato, misma razón por la que no adjuntamos las cartas firmadas, ya que están con el nombre de cada una de ellas. Más allá del consentimiento informado tratamos ser congruentes con nuestra ética feminista y mantener un compromiso con las participantes a modo de que se asuman no sólo parte, sino con incidentes en el proceso.

Nuestra implicancia y compromiso nos dio capacidad de escucha constante que le fue dando curso a la investigación. A pesar de que al emprender el estudio establecimos una pauta para semiestructurar la *entrevista*, fue dejada a un lado desde la primera conversación, puesto que se estimó que dicha *estructura* me alejaba del trazado que cada quien le imprime a su forma de contar-se. En el desarrollo del diálogo, se tenían en mente temas a modo de que no quedasen fuera, más no se preguntaba directamente por ellos en un orden establecido, fueron las participantes quienes llevaron su relato e hicieron un gesto recíproco preguntando por mis experiencias y las de otras mujeres con las que había hablado. Otro aspecto importante es que no sólo yo las busqué para concertar encuentro, también algunas de ellas se sintieron con la confianza y legitimidad de solicitar una tercera entrevista para darme información que con el paso de los días estimaron importante compartir integrar al análisis.

A la postre, están sus citas y no las mías, pero estoy ahí también, apareciendo desde sus voces. Tome sus palabras y me bordé con ellas; en este bordado me encontré con un espiral que (nos) trajo fuerza, pero también revisitó (tamos) fantasmas y dolores. Hoy nos seguimos encontrando y quiero pensar que es por la forma en que nos cruzamos, con respeto, con admiración, con sororidad, con ganas de sumar voces y prácticas *otras*.

ANÁLISIS



Rosa Rolanda *Autorretrato*, 1952

CENSURA Y BASURIZACIÓN: EL ANDAMIAJE DEL PACTO POR LA VIOLENCIA SEXUAL

*Tantas veces me borraron,
tantas desaparecí,
a mi propio entierro fui,
sola y llorando.
Hice un nudo del pañuelo,
pero me olvidé después
que no era la única vez
y seguí cantando.*

María Elena Walsh "Como la cigarra"

En los diálogos, las participantes partían desde diferentes temas y periodos en su vida. Ninguna de las sesiones se apegó a un orden de hechos o partió con la experiencia de violencia sexual. Sin embargo, en todos los casos fueron expresando las dificultades que se les presentaban con diversas personas e incluso con ellas mismas. Recogiendo esas experiencias y conocimientos, es que en este primer capítulo procuramos caracterizar el confinamiento que se hace de la categoría *violada*, a través de lo que proponemos es una estructura que organiza una construcción de la violencia sexual, y que presentamos en dos apartados: Censura y Basurización Simbólica; que a pesar de entenderles ensambladamente, les presentamos separados para detallar su montaje.

Es preciso para emprender nuestra reflexión, reparar en que una sola de las experiencias analizadas corresponde al ataque por parte de un completo extraño. El resto se perpetró a manos de personas cercanas, con las cuales se tenía relación cotidiana. Parentesco en línea directa: padre, hermano y abuelo; parentesco por afinidad²⁸: tío y padrastro; individuos próximos a la parentela: padrino y amigo de la familia; y, conocido del grupo familiar en estrecha relación profesional con la agredida: terapeuta. Estamos ante un despliegue de agresores sexuales en el perímetro de convivencia y confianza. Hombres familiares, asociados al afecto y respeto, que disponen de los cuerpos *femeninos* a su alrededor²⁹; por tanto experiencias que generan un choque ya no sólo por la violencia directa de la que se trata, sino porque descuadran el retrato de supuesta armonía y seguridad en el que se apega el discurso familiar.

²⁸ El parentesco por afinidad es aquel también denominado político en que cual media un vínculo de matrimonio legal, sin tener un lazo consanguíneo.

²⁹ Nos remitimos a lo señalado en los antecedentes sobre que siete de cada diez casos de agresión sexual ocurren por parte de conocidos o familiares.

Sobre tales vivencias se asienta nuestro análisis para otorgar una reflexión política desde la perspectiva de género y profundizar en aspectos y complejidades de la matriz que sostiene la violencia vigente en la actualidad.

CENSURA: De la mente sin recuerdos, el cuerpo desbordado y las voces enjuiciadas

Un primer elemento que aparece en los relatos es la figura del silencio; es recurrente cuando se habla de violencia sexual y sus expresiones le dejan ver como cómplice. Dos de las diez experiencias recibieron amenazas directas e instrucciones por parte del violador para permanecer en silencio. En todas el mutismo se presentó como una especie de síntoma secundario, y también fue insinuado en forma de omisiones, cuestionamientos, señalamientos y sugerencias de familiares, terceras personas e incluso autoridades, al insistir en dejar pasar el hecho y no hablar de la violación o el abuso para poder olvidarlo.

En los relatos se pueden apreciar maniobras evidentes, pero también sutiles, que aseguran, conservan y promueven la ausencia de la palabra en diferentes momentos y normalizan la violencia sexual. Pero atendemos entonces a que persistir en nombrar al silencio como un *actor* en sí mismo, hace que se pierdan de vista acciones y actitudes socioculturales concretas; constatamos que no es *per se* un cómplice *de* la violencia sexual, más bien son diversas las formas en que el sistema sociocultural puede actuar para excluir un discurso y sostener otro, consolidando continuidad a la violencia y afianzando así su andamiaje.

De mano de lo anterior es que consideramos importante adentrarnos en los bloqueos de la enunciación para plantear que al ser una obstrucción, no se trata de *silenciar*; proponemos hablar de *censurar*, porque se observa claramente una prohibición constante a razón de un juicio negativo que suprime lo que considera obsceno-inadecuado con la intención de desaparecer y desechar información.

Ya lo preguntó Hercovich “¿Por qué callan las mujeres violadas? (...) ¿Qué efectos tienen en ellas las censuras que actúan sobre sus pensamientos y sentimientos, restringiendo sus posibilidades de comprender lo que les ha sucedido?” (1992:63). La autora trabaja sobre los obstáculos que construyen silencio; mas, a pesar de que esta es la palabra reiterante en los relatos y literatura, insistimos en hacer el desplazamiento conceptual, dado que los mensajes a través de los cuales se *sugiere* silencio, van de la mano de ejercicios para indicar cuando un hecho y el discurso sobre el mismo, es política o moralmente inapropiado para exhibirle, y en ese sentido suprimirlo, modificarlo o taparlo.

Censurar es una maniobra de carácter preventivo que ejecutan generalmente quienes detentan autoridad y dominio –o al menos lo pretenden- de los criterios de lo adaptado y conveniente, para ejercerla con énfasis sobre quienes no se ajustan a los márgenes establecidos. Goza de anticipación, porque se sostiene de una retórica de reglas sociales alusivas a lo bueno y malo, operando como trama en la socialización. Así pues, es un control ideológico de *una moral sexual*³⁰ que evita *desviaciones* sociales inconvenientes para el *statu quo*. Es el poder del *decoro* ejecutado por diferentes actores e instituciones, en perjuicio generalmente de la libertad de una (agredida-femenino-subordinado) y en beneficio siempre, de la libertad de otros (agresor-masculino-dominante).

Entonces, ahí donde el silencio es la ausencia de todo sonido; la censura, es la prohibición de algunos sonidos porque sus cualidades –contenido- no armonizan con el orden establecido.

Para adentrarnos en la censura, cual bloqueo y prohibición, cuya motivación es conservar la convención de la norma, nos proponemos distinguirla desde tres posiciones de operación: desde sí, desde la familia y desde la sociedad.

Censura operando desde sí: la tachadura del recuerdo

En la mayoría de las experiencias que narran las mujeres entrevistadas, se presenta un periodo donde no hay recuerdo de la violación. Es información bloqueada, escondida en un adentro, oculto inclusive de la propia conciencia, pero no de la memoria de la entraña. Lo que se perdió en el fondo por un espacio breve de tiempo o décadas, termina saliendo a flote, ya sea porque se manifiesten señales de que algo sucede y se hurga, o con el anzuelo de algún estímulo relacionado, pero finalmente el suceso de violencia libra al olvido y se recuerda.

Bárbara pasó a los 15 años por una *depresión* que la llevó a autolesionarse “¿*Qué me pasa?*- *Y de repente como que empecé a tener flashbacks. Y que no podía tener relaciones (...)* -*Algo me pasa.* *Y empecé a hacer el trabajo de escribir. Y bueno, de repente... -fui violada-... así como...-fui violada, fui violada- y empecé a acordarme (...)* *dónde él me llevaba, lo que él me decía, ciertas imágenes*” (Bárbara S.)

Vanessa, quien sufrió un ataque de violencia a los 19 años, recordó hace dos años una agresión experimentada en su niñez “*estaba haciendo una formación sobre cómo detectar abuso sexual*

³⁰ Entiéndase código de conducta sexual de los cuerpos a razón de los entrecruces sexo, raza, clase, edad, estado civil, profesión o laburo, religión, orientación sexual, etc.

infantil y de golpe, no vino a nada, no se dijo nada especial, se abrió en mi mente y en forma de cascada bajó esa agresión” (Vanessa)

“Yo creo que las experiencias dolorosas las borras, las bloqueas. No las andas trayendo todos los días a la luz. (...) Empezamos a buscar. (Terapeuta) me hizo dos regresiones en las cuales, sí, yo en un comienzo tuve pánico, porque yo hasta el día de hoy una de las personas que adoro es a mi padre. Y llegué a tener mucho miedo de que hubiese sido él, pero ya hilando más fino, buscando más profundamente, con terapia, con muchas cosas, descubrí que no, que había sido mi padrino.” (Sara)

Los relatos nos presentan diversidad en las situaciones del *recordar*. Tanto en la edad, el momento de vida para advertir de manera potente en lo sucedido una agresión, como, la forma en que acceden a ello (terapia, un día cualquiera gatillado por otra circunstancia relacional o no a primera vista, etc.) No obstante, lo común es saber o sentir que hay algo escondido con el bloqueo de información; algo que produce malestar, que pesa sobre el cuerpo y que hay que ir sobre ello para desatorarlo y luego de esto hacer un trabajo.

Cabe aquí comentar que otra situación que se presenta en algunos casos, es que no sólo se bloquean el o los episodios de violencia sexual, sino también un periodo posterior a que lo comunican en su familia siendo niñas. Reacciones de sus familiares, tiempos transcurridos entre acciones tomadas, etc. son información que enuncian como bloqueada y que han debido realizar una tarea por recordar.

“No tengo memoria de mi niñez, tengo borrado” (Lorena)

“Me pasó que bloqueé demasiadas cosas, estoy trabajando por acordarme” (Joselin)

No vamos a hacer una revisión sobre los mecanismos intrapsíquicos o neuropsicológicos que explican la falta de recuerdo durante un periodo considerable de años, ni pretendemos pasar por alto la presencia de olvido ante un trauma. La intención es partir por evidenciar frente a una situación confusa en toda su violencia, un primer bloqueo en donde pareciera que se prohíbe el acceso a la información anticipándose a un peligro. Sensaciones e imágenes oscuras que representan una amenaza y que no se quiere volver a pasar por el cuerpo al traerlas a la conciencia, por los mismos significados que contienen.

Nuestro empeño es ampliar lo que se suele nombrar reducido al olvido, mirando ese bloqueo de información desde la censura; porque ésta última representa ese límite entre lo mostrable y lo no mostrable (Martínez & Ruiz, 2009). Las tachaduras mentales de la imagen –recuerdo-, bien pueden obedecer a la obiedad manifestada con especificidad o no, de que hay eventos que no son bien recibidos por el entorno dado los componentes implicados. Desde aquí tapar o cortar información es censurar, y censurar el recuerdo podría ser leído como autocensura a consecuencia del amedrentamiento, ya no sólo del que se fue objeto, sino del significado entre lo bueno y lo malo, lo apropiado e inapropiado que ese acto representa. Aún así, no estimamos pertinente nombrarle *autocensura* porque acata precisamente al temor en relación a un exterior y no es un ejercicio pleno y deliberado. Es más bien un dispositivo de censura operando desde dentro en las niñas-mujeres, pero no por sí mismas, porque de forma paralela hay desde ellas, una contraparte que quiere escapar de la censura.

Lo constatado en los discursos de las mujeres, da cuenta de diversas filtraciones en el mecanismo impuesto, una necesidad de salida desde sí para despresurizar el cuerpo de la compresión de la prohibición. Quien no recuerda, arrastra una serie de tormentos emocionales por morar en una tensión indescifrable, pero el cuerpo tiene memoria y pareciera intentar fugarse de la censura del recuerdo de diferentes formas.

Sin embargo, no hay un descanso ni en inconsciencia ni en conocimiento. La censura *operando desde sí*, primero bloquea el recuerdo, pero una vez que se llega a él, actúa sobre lo que se evoca. Cuando el recuerdo comienza a develar actos y actores, el hecho de estar próxima a nombrar dota de existencia algo que –nuevamente-, no es *bueno o apropiado*; ya sea por la relación que guarda con el agresor y éste a su vez con los y las otras de nuestro ambiente, o por el significado de los actos que se acontecieron sobre el cuerpo. Advierten escenas que chocan, les violentan su propia imagen y la de ese otro³¹. Esto significa un quiebre de esa relación y por tanto de los vínculos del núcleo cercano. Todo ello representa una carga monstruosa que censura nuevamente el contenido por medio de la duda y la culpa.

“Uno siempre minimiza su propio relato creo (...) como que no fue tanto, toda la culpabilidad también, porque además (...) está el afecto. Pero yo creo que efectivamente pude manejarlo. O sea, no sé si manejarlo, pero ... fue una acción que obviamente me violentó y ya en el proceso

³¹ Las experiencias donde incluso se olvidan las reacciones posteriores al habla, pueden dar cuenta del estrés que se sumó al evento. Además del caso donde el violador utilizó un diluyente, para borrar todo rastro y oportunidad de delato.

como de la pre adolescencia uno puede darse cuenta más o menos de la dimensión de las cosas”
(Abril)

“Fue fuerte, caótico a la edad mía saber que todo tu historial de vida, haber pasado por miles de cosas, por estados anímicos terribles, por depresiones, sin comprenderte y sin que nadie te comprenda...venían de algo (...)A la tercera regresión pude liberarlo, porque antes le decía al terapeuta que me sacara de allí (...) yo no quería sacar la voz diciendo quién había sido mi agresor (...) No quería reconocerlo - Estoy equivocada, no puede ser la información que vi, en forma reiterada-. Siempre sentí esa parte culposa en mí” (Lorena)

Lo anterior dificulta plantearse el dar paso al habla porque significa dotar de materialidad con un tercero/a, algo que como vimos cuesta clarificar por lo que encarna. Mirar ese relato al narrarlo da realidad a una historia que tendrá consecuencias en el entorno y también en sí misma. Se trata de palabras peligrosas, pero siempre más peligrosas para quien experimentó la violencia, por las implicaciones que traerán y porque “su versión será siempre sospechosa” (Hercovich, 1992, pág. 67) a veces incluso para ella misma. Ante ello, la *censura desde sí*, retiene el relato.

“Al comienzo para mí era un tema no tener recuerdos claros, porque hasta me cuestionaba si de verdad pasó (...)Es como que tu niña interior gritara así –oye!!, dilo!! A mí me pasó esto- Así como ganas de contarlo, pero sabiendo que no, porque va a quedar la escoba (...) Para mí era un conflicto hablar, pensando en que él era sociable, el florero de mesa, payaso, bueno pa los chistes. Todo el mundo lo quería. Amigos de mis papás siempre preguntando. Mis amigos –ay, tu abuelito-. Cuando él iba era fiesta, los niños se le colgaban. Yo misma también po, era lo máximo. Era un abuelo super entretenido, el abuelo ideal. Todo eso era más carga” (Bárbara M.)

“Yo creo que el concretar el hecho en una conversación con alguien, implicaba también una despabilada de conciencia para mí... en el sentido de que en la medida en que yo le contaba a alguien más, también asumía de que estaba pasando el hecho”. (Andy)

Varias comentan que cuando querían pasarlo al habla, pensaban en cuidar mucho no exagerar porque en ello también se construye *delito* y conlleva *culpa*. Asimismo, una, aunque niña o adolescente, no quiere verse en ese lugar, en esa posición de cuerpo usado *para*. Esta culpa no es la sentencia del violador diciendo –tú tienes la culpa-; viene de asumirse en ese acto, porque además debe considerarse que conforme vamos creciendo se convive con la idea de hechos,

partes inapropiadas, privadas e incluso sucias; y que aquí alguien -un hombre mayor y con quien no debiera tenerse ese contacto- las manipuló. Esto se potencia cuando llega a cruzarse con ideas de *promiscuidad* y en ese sentido de *provocación*. Por eso se nos hace importante, antes de pasar a los momentos precisos del habla, presentar algunos de los elementos que motivaron la palabra.

En el paso de la prohibición del recuerdo al de plantearse enunciarlo, la *censura desde sí* se rompe sólo en casos de emergencia; cuando el cuerpo se desborda por la boca ante una amenaza que atenta contra sí misma u otra persona a la que se quiere proteger. No querer volver a casa después de quedarse con una amiga donde se estaba segura, proteger a un familiar de menor edad, etc. son situaciones de alarma para hablar.

“Le dije -mamá hice el amor-, esa fue la palabra, y mi temor era que yo tuviera SIDA, en esa época (...) no tenía la idea de una relación sexual, porque tenía 12 años, no sabía a qué me estaba refiriendo, pero yo tenía miedo... la pregunta era a mi mamá si es que yo podía tener SIDA por haberme dado un beso con alguien. Esa era como la inquietud por el tema de la promiscuidad, porque sabía que...por ahí empecé a cachar que la hueá estaba mal.” (Abril)

“Esto fue desde que yo tenía 5 a los 9. Y yo a los 9 le dije a mi mamá que tal tío me daba besitos en la boca. Y dos años después yo le vine a contar a mi mamá que no, fue todo esto y fue más que un beso (...) Decirle que fueron sólo besos...creo que fue por un programa en la tele que estaban dando de pedofilia y fue eso. Y dos años después yo le conté porque veía que el hijo de él (agresor) tenía actitudes muy raras para su edad (...) No sé, que me daba besos y me decía que me quedara callada. Me decía -calladita porque nadie se va enterar-. Y no sabía ni hablar bien. Y yo dije, -ya, esto no es normal-. Yo decidí contarle por él, como por cuidarlo a él.” (Joselin)

“Empezamos a soltar experiencias en estos procesos de catarsis de que unas amigas estaban asumiendo su homosexualidad; y estábamos con psiquiatras todas” (Bárbara)

Las preocupaciones apuntan a la percepción de que se porta en el cuerpo algo que sólo cargan quienes han tenido conductas sexualmente inapropiadas. Se detecta gravedad y contagio en experiencias cargadas de símbolos inconvenientes y peligrosos. Igualmente, se identifica esa portación al mirarse con otros cuerpos que son asumidos socialmente en *contaminación* y cuestionamiento sobre una sexualidad no adaptada, como fue el caso de Bárbara, que al abrir ese

episodio hizo, a su manera, una salida del closet respecto a su agresión sexual, pues lo decide en un contexto donde sus amigas expresan una preferencia sexual castigada socialmente.

Nos encontramos con que emerge la figura de la boca que expulsa y vomita ese tragado que le indigestó por mucho tiempo. Pasar por la boca lo sucedido y que alguien lo escuche, es no sin dificultad un primer momento de cambio y no retorno, aunque persistan los bloqueos y se tenga conciencia de que no va a ser fácil.

Eso monstruoso guardado en el cuerpo sale vía oral para iniciar un proceso inverso. Si antes se selló el recuerdo, ahora es en el nombrar que se va accediendo a lo vedado. Es la palabra, la primera acción afirmativa de consciencia, pues implica que se tiene una voz y que a través de esta se puede gritar el suceso; inicialmente con tonos cautos e inseguros, pero poco a poco las mujeres van procesando la violencia vivida.

Censura operando desde la familia: la moral con bozal

Cuando finalmente se reseña lo sucedido en la familia, la censura a través del cuestionamiento o de la negligencia, confirma que hay relatos que no quieren ser escuchados; se obvian, se omiten del registro y se somete la palabra relacionada a la violación.

La *censura operando desde la familia* procura la unión familiar antes que la integridad y vida digna de cada miembro dentro de ella. Esa unión es una pantalla, porque no existen lazos que respondan de forma efectiva cuando se daña a una niña-mujer, quien además para recibir algo de credibilidad, soporte y reacción, debe dar cuenta a detalle de la violencia que vivió.

“Ya todos sabían y tomábamos once juntos. Como muy normal, como que aquí nada pasó. Y yo me enojé. Lo encontré demasiado enfermo. Dije –yo no quiero verlo más acá-. Como que no me creyeron mucho, lo que empecé a hacer es que si él llegaba o mi tía (su esposa), yo me iba. Y mi mamá siempre –ya, vamos a comprar- acompañándome en todas. Esto se lo conté a un pastor de iglesia y ahí supo una tía mía, la mayor de las hermanas. Fueron los únicos que yo les conté primero como con detalle. Al resto no. Ni siquiera a mi mamá. Entonces yo después para que me dejaran de molestar de que no hiciera show de no verlo, le tuve que contar a mi tía (esposa del agresor) y a mi mamá así como: esto es lo que me hizo...él, un adulto y yo tenía 6 años- Y ahí recién mi tía se separó de él, pero después de que ya había pasado tiempo en la casa”. (Joselin)

Nos describen reacciones familiares en las que vamos a ir observando un modelo de género aprendido y una pedagogía del mismo, distinguiendo en las siguientes secciones un aparataje cultural de dominación que funciona en la figuras de *cuidado*.

Madre-Hija: Impedimentos en la alianza

En la mayoría de las experiencias, la primera figura a la que las mujeres abordan para contar lo sucedido es la madre. No obstante, esa búsqueda de complicidad con esa mujer, símbolo femenino incondicional, es en la gran mayoría de los casos una primera decepción.

Algunas madres ponen en duda el relato para que no aparezca lo que no se quiere ver, incluso piden evidencias de lo que en ese instante entienden no cómo una solicitud de ayuda, sino como una acusación directa, y nos preguntamos qué está detrás de ese primer filtro: *esto es una inculpación ¿de qué, a quién o quiénes?* Ninguna de las entrevistadas da muestra en sus relatos de haber verbalizado una recriminación, sino simplemente haber narrado el suceso a sus madres, quizás para en ese primer momento apoyar el dolor y la confusión. No obstante, la primera alerta de algunas madres es a quién(es) se inculpa, porque quien tenga culpa debe asumir responsabilidad y tendría que recibir castigo o destierro y quizás sean ellas quienes tengan que ejecutarlo. En ese sentido su primera reacción es sospechar de la versión de la niña o ahora una mujer, que ha tenido problemas desde pequeña. Se rechaza el relato y se desecha esa historia de la familia a donde esa niña-mujer pertenece.

“Le conté a mi mamá... pero mi mamá no me creyó. No...Yo creo que se vio superada... Me preguntó si había sido un sueño, si yo lo había imaginado. Y yo le dije que sí, como por la situación de la reacción también... la vi como más débil (...) caché todo lo que significaba, todo lo que había generado en ella y fue como –no-...me desdije en el fondo. Y ahí guardé silencio, silencio hasta que le conté a mi primer pololo a los 16” (Abril)

“No hallaba cómo decirle, pero necesitaba hablar con mi mamá, más allá de cualquier persona. Le conté. No me dijo nada, sólo veía cómo le saltaba una vena. Lo único que me dijo es que yo había sido una niña super rara. Sentí que se fue pa adentro. Pero ella en realidad lo que hizo... Me dio vuelta la espalda. Después me buscó una vez. Me dijo -sabes qué. Hablé con tu papá (agresor) y quiero hablar con el terapeuta que te hizo la regresión-. (...) Yo salí de la consulta y mi papá estaba esperando con mi mamá y no me conoció. Mi mamá me saludó y mi papá me dijo

así -cómo está usted, buenas tardes-. Yo lo quedé mirando -papá- le dije yo, y mi mamá le dijo - es Lorena-, -ah! Hola-. No me conocí. Esa vez fue la última vez que vi a mi papá. (Lorena)

Algunas son *escuchadas, acogidas y entendidas* de momento, mas, con los días las hijas no perciben que sus madres gesten algún tipo de acción al respecto. Ese tipo de observaciones de las hijas confirma la inculpación; las hijas entregan su palabra, y la escucha de las madres es un encargo, implica acción. Se espera que las madres actúen pero no lo hacen y cuando efectivamente tienen una reacción, al paso de los días ésta se desvanece.

“Se lo dije. Y mi mamá así, muda. Y yo me puse a llorar. No me acuerdo bien cómo reaccionó, pero me acuerdo que dijo es algo así como que no le extrañaba. Y yo así -¿qué?- Supo hartoo tiempo. Supimos las dos y mi mamá tampoco hizo nada, no le contó a nadie. Mis abuelos volvieron a ir para allá. Y todos jugando a: aquí no ha pasado nada. Me acuerdo de un momento en que estábamos los tres en la cocina: mi abuelo, así como picando lechuga; mi mamá, no sé qué; y yo haciendo otra cosa. Y yo ya así como: incomodidad. O sea: mi mamá sabe todo; este viejo, porque para mí ya no era mi abuelo, metido aquí; y yo miraba a mi mamá, y nos mirábamos. Y mi mamá con cara de “qué más voy a hacer po” (...) La escena era como del absurdo. Y pasó hartoo tiempo así.” (Bárbara)

“Le mando una carta a mi mamá, y ella queda aparentemente muy afectada, echó a su marido de su casa. Pero él se fue un tiempo y después volvió. No recuerdo efectivamente cuánto tiempo fue que estuvo fuera; regresó, da lo mismo y regresó católico (...) Y yo evidentemente caí en un mutismo y en un encierro en mi pieza” (Andy)

En Vanessa, quien fue atacada por un desconocido, su madre acoge sus palabras por un momento, pero después devuelve su denuncia a través de cuestionamientos *“Pasó una semana y media hasta que yo me atreví a decirle a mi madre algo³². (...) Fue de los momentos más difíciles porque no había manera. Yo le hacía las introducciones típicas de: quiero decirte una cosa, hay algo importante que te tengo que decir... ella eludía, se iba. Y bueno se lo dije mal. Una noche fui a su habitación y -mamá tengo que hablar contigo- y me dijo -ay, Vane, mañana- y le dije - ¡que me han violado!- me fui para mi habitación llorando. Ella salió detrás - ¡ay, mi niña! -. Y claro entonces su corazón se abrió, pero la manera en que tuve que abrir ese corazón*

³² A los pocos días del ataque sexual de un desconocido Vanessa iba a ver a su madre en la boda de un familiar y pensó “cómo se lo voy a decir, le voy a dar un disgusto, ya se lo digo cuando pase la boda”.

pff, fue dura. Luego me hizo las típicas preguntas -¿dónde estabas, a qué hora?- ¿no? las de culpabilización. La persona con quien más he trabajado la culpa es con mi madre (...) Con ella tuve mucha rabia muchos años. La culpé de todo, de todo. De mis dos agresiones en la infancia. Una... una no me creyó, una sí que fui consciente, se lo dije y no me creyó” (Vanessa)

Golpear la puerta de la madre parece la primera opción, pero no se abre al primer golpe. Transitan por dificultades para captar su atención, recibir luego cuestionamientos, incredulidad, minimización a lo nombrado, atestiguar que el asunto es olvidado y se retorna a una normalidad absurda donde el abusador es recibido y casi bienvenido, en un entorno donde ya se expresó una voz de denuncia que no alcanzó para quebrar *la realidad*.

Ésta díada femenina madre-hija evidentemente rota, no se quiebra en ese preciso momento; por supuesto que la noticia tiene un impacto sobre las madres y no suelen esperar ese tipo de información, no pudiendo tener la deseada reacción de acogida; pero desde nuestro planteamiento hay una pre-fisura, un puente muy endeble, no a razón de una mala relación madre-hija, que sí está presente en algunas e incide, sino por un entramado de códigos culturales de trasfondo que imposibilitan las alianzas inmediatas y emergentes entre mujeres. De alguna manera la estructura significativa de lo bueno, lo malo; eso inapropiado que llevó a las mujeres violentadas a tachar su recuerdo, es también la estructura que se despliega para que no existan oídos, sino filtros en las desafortunadas reacciones de las madres. Automáticamente se censura la información por no querer o poder quebrar roles o un modelo de familia. Familia en la que además, las mujeres al ser lo subordinado no tienen autoridad o jurisdicción para hacer algo que transforme.

Establecer de forma instantánea alianzas entre mujeres, significaría que efectivamente sucedió algo que derrumba toda *estabilidad*, y obliga ya no sólo a un cuestionamiento, sino a *cerrar filas* entre ellas para dejar fuera a la violencia. Por ende, la carencia de alianza se nos muestra como una omisión-acción: omisión de mujeres y acción con los hombres, que tiene consecuencias en la mantención de la subordinación femenina. Nos habla de madres censurando –aunque sea por temor- a sus hijas, y nos muestra las dificultades que las mujeres tienen para hacer pactos al interior de su núcleo familiar, puesto que cuando la figura de la madre-incondicional-cuidadora, repele las palabras, éstas se guardan por años hasta encontrar otro posible espacio de *confianza*.

Es de destacar también que en varias experiencias, las mujeres le cuentan a su madre más de una vez en busca de su apoyo. La primera cuando llega el recuerdo o sale por la boca ante la

emergencia, y la segunda –años después–, cuando se le dan más detalles y/o se explota de rabia porque se ignoró la información del primer relato.

Padre-Hija: tú te cuidas/ yo te vengo

La falta de lazos o red de apoyo entre mujeres dentro del núcleo familiar es tan explícito que Ana y Bárbara S. no vieron como una posibilidad compartirlo con sus madres y hasta el día de hoy no lo han abierto con ellas. Bárbara S. comenta que no tiene buena relación con su madre y a pesar de que con su padre sí, quiere esperar a culminar ciertos proyectos para demostrar que lo sucedido no le arruinó la vida. Algún día les dirá: *“Me violaron, fui profundamente infeliz, profundamente sola, pero no me cagó la vida el hueón, porque he visto mujeres que quedan minusválidas”* (Bárbara S.). Y Ana, de entre todas, eligió a su padre para contarle.

“En mi caso yo se lo conté a mi papá. Mi papá lo único que me dijo fue –no te juntes más con Pablo-. Y yo muchos años después me enteré de que él tuvo una charla con mi hermano. Pero durante muchos años yo viví con la idea de que yo le conté y él no hizo nada (...) ¿yo a mi papá por qué no le volví a contar? Porque yo no recibí ningún tipo de respuesta de parte de él. Entonces es como la mujer que va a denunciar a su marido y le dicen -andate a tu casa-, vos no vas a denunciar nunca más... Quedó como que mi hermano me estaba violando y él no le importaba nada (...) Se lo dije a mi papá esa vez cuando yo tenía 7 años, y después no lo volví a hablar con nadie, hasta los 13” (Ana)

En el caso del padre³³ la respuesta es el aislamiento. Solicitarlo a Ana sin mayor conversación, quizás con una buena intención, le deja patente que hay impulsos que los masculinos no van a controlar y que por tanto está en el cuerpo femenino prevenir que la situación no se repita. Encierra en ella la ejecución y significación del daño, suprimiendo la iniciativa de plantear el problema; si depende de ella ser precavida, pierde sentido buscar apoyo.

En otras experiencias cuando se le cuenta al padre después que a la madre, sólo una comenta haber tenido una reacción positiva de su padre. Se advierte también, el temor de que el padre mate al violador; de hecho la mayoría de quienes no le han contado a su papá dan ese argumento. No se espera lo mismo de la madre, ni siquiera en aquellas experiencias donde es el padrastro, por ejemplo. Da la impresión de que sólo entre masculinos pueden enfrentarse, denotándose en

³³ Ana lo relata a su padre en vez de a su madre, pues refiere no tener una relación de confianza con ella, aunque su madre se enteró por un ex novio de Ana.

esto al cuerpo femenino como extensión del territorio masculino. Que ese territorio haya sido tocado-agredido por otro, representa una afrenta a la propiedad del hombre y la cualidad masculina de proteger y cuidar lo suyo. A su vez, se percibe como un agravio por las consecuencias que supone, deja en la relación padre-hija.

“Mi papá reaccionó mucho mejor de lo que pensé. O sea esa era una de las trabas: Mi papá lo va a matar. Yo juraba que lo iba a matar. Obviamente le dio rabia, le dio mucha rabia. Yo para contarle me acuerdo que le agarré la mano. Pero también así como que extrañamente, siempre le tuvo como celos. Y también me dijo que –con razón tantos niños dando vueltas-. Y me dijo que con razón yo no me acercaba tanto a él, como que yo le tenía como fobia a los hombres. Y no, pero no le rebatí tampoco. Pero me extraño para bien, porque mi papá es super bruto emocionalmente, pero me apoyó un montón.” (Bárbara M.)

Por su parte Andy y Karina recibieron cuestionamientos graves de sus padres que refuerzan dos elementos. Uno de discriminación y heteronorma, la idea de que sólo un trauma puede explicar una conducta sexual *anormal* –*lesbianismo*–: la mujer, más que prefiera estar con mujeres, rechaza estar con hombres por la agresión que vivió; y el otro de inculpación, la premisa de que es a la mujer a quien le corresponde poner los límites, a saber, el famoso: el hombre llega hasta donde la mujer quiere. Conducen la denuncia a la sexualidad *desviada* o *descuidada*, y no al poder que atentó contra los cuerpos de sus hijas

-¿Por qué me vienes a decir esto ahora?, yo no sabía nada, yo no me puedo hacer cargo de ti ni de tus traumas...em... ¿es por eso que eres lesbiana?- (Andy)

Karina, fue abusada por su psicólogo cuando era mayor de edad *“Cuando se lo conté a mi papá me dijo –pero tú tienes la culpa, si tú eres la mujer, cómo no te diste cuenta”* (Karina)

La mayoría de los relatos sobre llevar el evento a la palabra, reflejan cómo en la censura opera un modelo dicotómico de género. Las reacciones de las figuras de autoridad y cuidado dan mensajes contradictorios, pero interrelacionados e igualmente sustanciales en la configuración y confirmación del lugar de los roles en el sistema patriarcal. Lo masculino –agresor- inicialmente puede ser o no condenado, pero luego es aceptado, exento de castigo y en ese sentido de culpa; lo que significaría que ese tipo de conductas, aunque mal vistas, pueden formar parte del rango de actuación propio de su género. Si la culpa y responsabilidad no se direccionan en sentido de lo masculino, si tiene inmunidad; sólo queda un cuerpo del delito y ese es el femenino. En ese

sentido, lo femenino –violentada- pasa por la censura; se le carga el peso del quiebre dentro del grupo familiar; no recibe mayor respuesta o reacción que signifique ya no protección o justicia, sino al menos acogida; y observa la reestructuración del núcleo, un núcleo desigual y jerárquico de lo femenino y lo masculino.

Obediencia-sacrificio: herramienta pedagógica de la censura de lo femenino

Ahora bien, esta censura desde la familia opera porque de alguna manera el femenino-agredido se instala en una posición cómplice, es decir implícitamente es visibilizada como parte responsable de la situación, generando tensiones y contradicciones en las acciones de los cercanos. Nuestra aproximación nos hace leer y comprender esta operatividad como la instalación de un modelo jerárquico de género; la confirmación de que es un patrón previamente aprendido y que la censura es también su herramienta pedagógica.

Mientras entre ellos –los masculinos- dominan y advierten, pero no se observa castigo, sugiriendo una fortaleza a su alrededor; entre ellas se subordinan, cuestionan e ignoran, instalando normalidad con la incorporación del agresor en escena. Se refuerza entonces, algo que ya se venía aprendiendo y que incluso fue atmósfera de la violencia sexual: obediencia a la dominación por la inmunidad del masculino. Apuntamos aquí a que la censura desde la familia enseña con cada reacción una prohibición básica de género que va dejando inscrita la no inmunidad de lo femenino; las mujeres violentadas sufren los efectos de sus palabras, son subordinadas a través de lo que salió por su boca. La niña-mujer, está confinada a la subordinación antes, durante y después de que exista un ataque.

Mary Gaitskill (1994) señala que ella fue incapaz de defenderse en el episodio de violencia sexual, porque nunca nadie le enseñó cómo hacerlo, quizás ni siquiera pensó que podía. Explica que vivimos en un mundo de normas tan precisas y reiterativas, como diría Bultler (2002), que deja de tener claridad y sentido; sólo son oraciones que se repiten en cometido de obediencia y en la ejecución de ellas no se considera lo que alguien puede querer en realidad, por ende es como si no importara lo que uno quiere. Eso es tanto como decir que una no vale, y si una no vale, entonces otro puede actuar y hacer sin que una pueda re-accionar, porque una no importa.

“Se nos educa para que nunca, nunca nos defendamos ante el ataque agresivo, pasivo, físico o verbal de un hombre, de una autoridad (maestro, director de colegio, padre o hermano mayor). A esto se le llama indefensión aprendida. Ante ella pensamos que cuando se nos ataca, nosotras

no podemos defendernos, porque somos débiles, inferiores en fuerza o nos faltan recursos, nos decimos cosas del estilo: " no puedo con..." "soy más débil que tal o cual persona..." (Vanessa/blog³⁴)

La obediencia es la función más importante para lo femenino puesto que toda condición de subordinación lo exige. A pesar de que los padres suelen enseñar normas sociales para la protección de responsabilidad social; esto también termina siendo un aprendizaje de que lo más importante es seguir la obediencia extrema a lo externo (Gaitskill, 1994) sobre todo cuando se trata de un masculino y aunque vaya en contra del propio cuerpo.

De mano de esas claves de género, las hijas intentan comprender la conducta de sus madres, posicionándolas en la escena; madres víctimas de circunstancias económicas, maltrato físico y psicológico con historias que las han endurecido y mantenido supeditadas, por jerarquía, al poder masculino. Hacen una lectura de la subordinación como imposibilidad para actuar y expresarse, lo que interpretamos como uno de los elementos por los cuales vendrá una determinación por rehusarse a ser asumidas como víctimas, pues implicaría inmovilidad.

"Mi mamá me tuvo a mí cuando era super chica, tenía 18 años; entonces siempre tuvimos situaciones bien fomes, de pobreza" (Abril)

"Mi madre no es una persona muy abierta emocionalmente, por su historia de vida es más bien arisca, poco contacto físico, tono verbal duro a veces. Con los años se ha suavizado, pero en aquel momento ella estaba en la cúspide de esta situación." (Vannesa)

"Me daba mucha rabia, pero por otro lado la entendía. Es su papá" (Bárbara M.)

"Antes de eso (de contarle) yo sentía que tenía que proteger a mi mamá también, porque mi mamá había sido muy agredida por mi papá y hasta hace muy poco: palabras feas, maltrato físico" (Lorena)

Al mismo tiempo se lee una cultura del sacrificio y dolor de lo femenino, cual forma de vivir y de sobrellevar las cargas. Las mujeres no sólo deben obedecer, sino sacrificarse por el bien mayor de la familia, porque lo que sí es suyo es su dolor y en lidiar con ese dolor, ellas solas -sin llorar ni pedir- está su verdadera fortaleza. Al recordar de adultas (Lorena y Sara), también notan esta solicitud de *abnegación* personal por la estabilidad de la familia.

³⁴ <http://sakuraonna.obolog.es/luchar-contra-lobo-feroz-1272894>

“Mi cultura familiar es esa: si pides ayuda eres débil. Es una cultura de mucha mujer con mucho dolor, que han tirado adelante con poca ayuda. El discurso familiar es ese, que tú tienes que poder sola y si no puedes sola algo pasa contigo” (Vanessa)

“Con mis hijos lo compartí y a unas personas de mi familia también. Me encontré esa reacción de –pucha que lata, pero ya-. Es como que no tienen conciencia lo real que es un abuso, no se dimensiona para nada. Y yo eso lo sufrí mucho porque esperaba que mis hijas por último me abrazaran y me dijeran –mamita pucha qué terrible, pero mira mamá tú soi fuerte-. La única persona que me abrazó y lloró, a parte de mi esposo, fue la polola de mi hijo. Ella me dijo –tía usted es una persona super grande y muy fuerte-. (Sara)

“Mi mamá, siempre estuvo pensando en mí; pero mi mami (abuela) y otras tías me decían –es que todas hemos pasado por lo mismo-. Como que era algo normal. Entonces yo no tenía por qué hacer show” (Joselin)

Ese ya pasó, a todas nos pasa y solitas nos aguantamos supone, más que un estado de soledad, una instrucción de censura y por tanto, de no alianza respecto al dolor generado desde el mismo núcleo y contexto; y de subordinación de lo femenino ante la autoridad masculina que se disfraza de bienestar familiar. El mensaje: *no pidas ayuda, no queremos saber*, enseña y refuerza que dejarse censurar es parte del sacrificio de lo femenino, porque el sufrimiento es sustancial en ser mujer y no se comparte, se vive.

El chantaje familiar: endoso del daño

Un elemento importante que se va a ir develando en los hallazgos es la existencia de una imagen de resguardo que protege al modelo familiar patriarcal a partir del sistema de prestigio que en el género se advierte y desde dónde el concepto de honor toma relevancia a partir de la actividad sexual y la virginidad de las hijas dentro de una familia. Como lo señalara Lamas (1986) en su revisión, la estructura de parentesco por sí misma se articula de manera tal que es muy difícil para las mujeres salir de transacciones que las ubican en un espacio restringido en donde siempre están definidas a partir de su relación con el varón y la familia; por lo tanto es donde se instruye y asegura un modelo de género. Desde ahí se apela a la imagen de la familia como un lugar que debe permanecer íntegro. En consecuencia, ante un escenario donde se atente contra el decoro del núcleo, quién carga con la afrenta que se hizo al mismo es, una vez más, esa niña-mujer, se

trate o no de incesto, pero por supuesto siendo más tácita la maniobra cuando se dio en las condiciones de éste último.

“Hablar pero pa qué, si igual nadie reaccionaba, nadie hacía nada. Una de sus tías le manifestó: “me opongo rotundamente. Tú no le vas a contar a mis hijos, ni a tu tío” (Bárbara M.)

“A mí constantemente me pedían que me quedara callada, que no lo anduviera contando, porque los hacía ver mal a todos.” (Joselin)

La prohibición confirma la protección y defensa de una moral familiar y de la imagen del agresor. Por medio de la vergüenza, el decoro y la deshonra, la familia instala una perpetuación del paradigma que reitera el cerco a causa del modelo binario de género, y de una serie de alianzas masculino-masculino y masculino-femenino en la violencia y agresión de lo femenino, que retorna al *status quo* y coacciona la obediencia y aguante femenino.

En algunas experiencias se expresan candados de protección ante la amenaza que se percibe sobre el entorno familiar cuando la niña-mujer persiste en denunciar el daño. El modelo de la familia traspasa la violencia de quien la experimentó a quien puede vivirla *mayormente* a causa de lo que se relata.

“Mi mamá me decía, obviamente me manipulaba –pero qué va a hacer tu hermano, no va a tener un papá” (Andy)

“Quise dejarlo atrás, perdonarlo, pensando que ya pasó, pensando en mi abuela” (Bárbara)

“Como que yo lo conté y claro, todos me creyeron. Nadie lo dudó, pero la atención se volcó en que mi tía no sufriera, porque lo mío fue asumido como algo que a toda mujer le pasa. (...)Yo no tenía que estar mal porque era algo que todas debemos, poco menos pasar. En cambio mi tía estaba sufriendo que su marido era el que estaba siendo acusado y por sospechas de que su hijo estaba siendo abusado. Ella estaba mal. Lo mío era normal, era anormal que yo hiciera show”, (Joselin)

Tras la preocupación familiar que insta a la agredida a cuidar de otros/as (hermano menor, pareja del abusador) que no pueden alejarse o conspirar en contra del masculino-agresor, se propician pactos al servicio de éste, y en contraste, se coartan alianzas de sororidad entre mujeres para salir y bloquear la violencia. Sin embargo esto último no se advierte, la única traición visible y grave

es entre lo masculino padre y femenino madresposa³⁵, porque la madresposa no es ni existe sin quien le da sentido, su esposo y/o padre de su hijo (Lagarde, 1999). El pesar y denuncia de la mujer abusada se plantea como no comparable al de la madresposa³⁶, pues ésta tiene que sobrellevar el engaño y separar, por ejemplo, a su hijo de su progenitor. Bajo tales señalamientos, quien fue agredida es urgida a empatizar con ese otro femenino doliente y nuevamente entender las posiciones e impertinencia de sus acciones. Así pues, el chantaje familiar también es censura, resistencia y alianza con el violador.

No debe interpretarse en ningún momento que responsabilizamos exclusivamente a las madres, padres o cuidadores; lo que queremos es mostrar cómo los mecanismos están tan dentro de las personas crecidas y formadas en este sistema de dominación patriarcal, que es con nuestros seres más cercanos y queridos; en las células primarias y primeras reacciones, que se opera censurando, sometiendo y enjuiciando ciertos comportamiento que acusan la dominación. Al mismo tiempo nos es posible notar cómo al suprimir se socializa el patrón patriarcal protegido por la censura. Es un método de retroalimentación; la prohibición se ejecuta para no desestabilizar el sistema binario y en ese acto se está re-enseñando el modelo dominante. En definitiva es un condicionamiento de castigo y reforzamiento.

Se censura el relato como hecho, contenido y llamado. Pareciera que la denuncia violenta, parafraseando a Cavarico, comunicar el testimonio resquebraja la falsedad montada con los intereses de algunos a su vez sometidos a las lógicas de dominación (2010:77). Por eso, incluso la omisión, la no reacción, está dando un mensaje; comunica la resistencia a la ruptura de ese *teatro* que se amenaza con desmontar y anula la potencia de la denuncia recibida.

“Ni siquiera acordaron, pero quedó bajo llave. Quizás mi mamá lo habló con mis tías. Nunca más se habló del tema. Y pasó no más.” (Karina)

Otro elemento que se atestigua como consecuencia de la censura, es que hace prevalecer la duda constante. Esta distorsión de sospecha y desconfianza del propio recuerdo como imagen y sensación, da condiciones ideales al orden dominante; de tal suerte que en un escenario de subordinación femenina que no deja de montarse, hay mecanismos que se ocupan de dejarle claro a quien ha sido abusada que su experiencia y por tanto incomodidad, indignación, repulsión

³⁵ Categoría –cautiverio- de mujeres cuya maternidad y conyugalidad son sus ejes de orden. (Lagarde, 1990)

³⁶ Y de su mano tampoco un niño –femineizado por su minoría de edad- podría superar la pérdida de su figura paterna masculina.

o iniciativa, no tienen sobre qué sostenerse —al no tener validez—, derivando en una necesidad por confirmar su relato en contenido y dimensión.

“Una hasta se cuestiona si está loca: Si me lo inventé, si a lo mejor no fue tan así, no fue para tanto, le estoy poniendo, se me enredaron los recuerdos. Mi mamá le contó a sus hermanas. Y hay una que es vecina de él y algo dijeron, como que yo estaba en terapia y que se iba destapar la olla. Y él solito... no fue más de visita a la casa, no llamó más. Si alguien llamaba a la casa, él ya no contestaba el teléfono. Como que él se empezó a recluir, a encerrar solo. Con mi mamá pensábamos: Él igual sabe lo que hizo. Entonces eso a mí me dio un poco de respaldo. —Oye, no estoy tan loca-. Él por algo, se empezó a aislar. Alguien le tuvo que haber dicho después que era por ese tema y fue cuando llegó la carta” (Bárbara M.)

Citamos lo que se expresaba en dicha carta porque nos permite reflejar el orden de género del que se sirve el chantaje con el argumento del honor, para enaltecerlo en la figura masculina y demeritarlo en las figuras femeninas; para desde ahí, pretender se desestime la denuncia porque quienes la emiten son cuestionables en su conducta moral.

“-Es injusto lo que hacen conmigo-...Le sacaba cosas en cara a mi mamá cuando era joven. — Nosotros te apoyamos cuando te emparejaste con un hombre mayor y nos abandonaste-. Blindándose por donde sea. Y decía —a lo mejor la Barbarita quizás dónde perdió la virginidad por ahí y a mí me usan de chivo expiatorio-. Y yo así: pobre hombre. Como que me dio rabia, pero me dio pena” (Bárbara M.)

El abusador, para salir del cuadro, interpela y se posiciona como víctima de mujeres a quienes pone en escena insinuando promiscuidad, libertinaje e ingratitud. La moralidad sexual es un argumento para posicionar lo femenino en la zona de la desacreditación, y desde ahí pronunciar poder y amordazar la acusación.

Censura operando desde la sociedad: el bumerán sin sentido de la denuncia

Como mencionábamos anteriormente, la censura no se circunscribe al terreno parental. Otras personas que gozan de autoridad moral, legal, especialista o sin ninguna de las anteriores, mantienen el mecanismo de censura, pues éste obedece y se correlaciona con la estructura sociocultural.

Andy, inició un proceso legal para la custodia de su hermano menor en pro de protegerlo de quien la violó (su padrastro). Durante dicho proceso se enfrentó a contestaciones por parte de sus

profesores, quienes le decían “*pucha qué pena*”, pero que tenía que olvidarse de su hermano y terminar su carrera. “*Con las audiencias falté a la segunda prueba y le dije -profesor sabe qué-, yo iba con los papeles de la PDI en la mano, -profesor tuve audiencia, qué se yo, no pude estudiar-, y me dice –qué difícil la vida del artista-.*” (Andy) Comenta que quizás contó su historia a las personas equivocadas porque nadie le dijo nunca que denunciara. Lejos de legitimar su posición y actitud de condena ante la violencia, le censuraron, ya sea insinuando que su iniciativa era producto de un protagonismo exagerado, o bien recomendando que abandonase la encomienda y se quedara quieta, incluso tratándose de docentes universitarios que se supondría, debieran promover y reforzar conciencia en estos temas.

La censura en forma de descalificación y señalamientos por extremar o llamar la atención, también se presentaron en voces de amigas o parejas.

“*¿Cómo se te ocurre decirles a tus hijos?, eso no se dice*” (Lorena)

“*–¡No le des color! Y esa fue una compañera de “lusha”. Le dije –no te puedo creer-. O sea que no le dé color?! Ya, disculpa, me voy a quedar piola ya, voy a dejar...Ojalá se sigan violando más cabros chicos.*”(Andy)

Ana cuenta que años después de los abusos, en una ocasión en que el agresor le gritaba en la casa, le puso un alto y condicionó a su madre con irse de la casa si su hermano no se iba “*Ahí yo fui el ogro, fui el blanco de todas las críticas*”(Ana) Un novio que tenía le comentó “*que había sido muy extremo lo que yo había hecho, que no era tan necesario. En un momento terminamos peleando y yo le digo que no opine, porque él no tenía ni idea de lo que pasaba y él me dijo que sí sabía y yo no le pregunté nada, pero yo supongo que por ahí en algún momento mi mamá le contó a él.*”(Ana)

Las recomendaciones vienen de personas que tienen una preponderancia moral, afectiva e incluso política; sin embargo optan por influir en la construcción pasiva del sujeto, degradándole, mostrándole cuál es su posición y el lugar de esas palabras. Se refuerzan los mismos aprendizajes que revisamos en la censura desde la familia respecto a cubrir la agresión y por supuesto a la familia como un núcleo armónico y estable porque, en muchos casos, se está develando el incómodo tabú del incesto.

Para dar muestra de cómo opera la estructura de género en lo social traemos el ejemplo de Karina, quien se enfrentó a mensajes contradictorios y nuevamente eficientes en la inmunidad

del masculino agresor, que en su calidad de terapeuta especialista -con quien se trató años por Trastorno Obsesivo Compulsivo (TOC) de limpieza- comenzó a abusar sexualmente de ella bajo el argumento: fines terapéuticos.

“Le conté a mi psiquiatra y no podía creer. Me dijo que no correspondía, que él era mi psicólogo y le iba a contar a mi mamá. (...) dijo que tenía que ir donde un abogado. Yo no sabía qué tanto mal había. De ahí comenzaron palabras como abuso, violación. Fuimos donde un abogado, me hizo escribir todo en una carta y yo lloraba. De ahí dijo que no podía tomar el caso porque su nuera había sido ayudante de Eduardo (agresor), entonces podía verse afectada. Él daba clases en la Universidad del Mar y en la Andrés Bello. Le hacía clases a una amiga mía (...) Me acuerdo que la Dany me decía –Karina eso no es correcto, yo voy a hablar en la Universidad. Yo le pedí que no. Se podía echar su carrera porque este tipo igual tenía poder. –Y guardó silencio. Fui donde un perito y me dijo –sí Karina, tienes la razón esto está mal- pero el caballero tenía cáncer y me dijo –déjase en las manos de Dios- y falleció. (Karina)

En todo ese trayecto los expertos aceptan frente a Karina que se trata de un hecho grave por parte del terapeuta e incluso nombran: *abuso-violación*. Le ponen conceptos y dimensión a la violencia; pero se retiran por el despliegue de poder del agresor, que además sólo se ejerce sobre otras mujeres a quienes puede perjudicar. Esto permite reseñar que el pacto de protección de la violencia se atreve a utilizar una supuesta *solidaridad femenina* para mantenerse. Pero esa *solidaridad* es nuevamente un chantaje hacia la agredida –como en la familia-, para que desista y no piense en ella sino en otra figura femenina que está subordinada al violador. Al mismo tiempo, el pensar en otra mujer, formó parte de la decisión de Karina por hablar, pues comenta que le atormentaba que el agresor fuera casado, habla porque está en jaque la honra de una mujer madresposa y se le calla por el chantaje que apela a que tenga consideraciones y advierta que castigar al violador será en detrimento de otra mujer.

Aunque en la censura desde lo social, el lugar-espacio de daño colateral ya no está relacionado con una mujer o infante de la familia directa, se insiste en trasladar la atención a categorías como la madresposa y otros/as inocentes que serán lastimadas para propiciar el sacrificio.

Otro elemento de atención, es que la mayor justicia a la que se puede aspirar es a la divina -que dicho sea de paso, responde a la figura de un masculino todo poderoso- bloqueando nuevamente la posibilidad de ser un sujeto activo ante la violencia. Se le deja patente que está ante un hecho

indeseable, del que una vez más, como no habrá castigo y nadie puede hacerse cargo, es al cuerpo violentado a quien le corresponde operar con el evento.

El mensaje *hablar no sirve de nada* es una constante. En el peregrinar de Karina por instancias legales pasó por la PDI para dejar constancia y ahí se le dijo “*–pero no vas a sacar nada, porque eres mayor de edad- y riéndose me tomó la constancia. Después me llamaron del juzgado. Me dijo que se podía hacer algo por mi enfermedad pero que necesitaba testigos*” (Karina)

Ridiculizar el acto de dejar constancia social-pública sobre la violencia experimentada en el cuerpo de una mujer, es descartar que en una relación hombre-mujer pueda caber el no consentimiento³⁷. Se censura para proteger la dominación masculina, la evidencia de que no hay igualdad jerárquica entre los géneros. Se desestima para no ratificar que el estatus prima sobre la ley (Segato, 2003) y que el Estado es masculino (Mackinnon, 1995) -como se revisó en la página 22-. Las autoridades sociales lo niegan pero lo enseñan.

Llama la atención también, cómo ponen los acentos en un *estado de enfermedad* de Karina – TOC- cual *condición psicomédica* que requiere testigos y pruebas, sugiriendo que alguien *en su estado* pudiera confundirse.

“*Era muy contradictorio, entonces yo no lo creía. (...) cómo él me salvó una vez*³⁸ *y ahora me destruye.... Llego a la destrucción. Porque yo nuevamente me enfermé y me hicieron una segunda operación. Cuando fui donde mi neuro, él me dijo –pero Karina él quizás te ama, él quizás de verdad te quiere-. Entonces pasaba del bien al mal. Era como el extremo de malo...no sé era todo muy confuso*” (Karina).

Pero desde nuestro planteamiento, el desconcierto que ella vive no es resultado de un diagnóstico, sino de su condición de mujer en un sistema de poder y pacto masculino que utiliza la etiquetación médica. El lugar de lo femenino en este orden, es la locura, el borde; con la premisa de que una mujer siempre está propensa a *salir de sí*, evocándonos el cautiverio de *la loca* (Lagarde, 1990).

Los dobles mensajes y candados, se expresan también en la paradoja de la *pasividad*: mientras se promueve el rol pasivo cuando se quiere actuar alrededor de la violencia que ya se experimentó,

³⁷ La respuesta de la PDI, dejaría fuera todos los casos de mujeres casadas que son violadas por sus esposos, pues tienen un contrato que las une a un hombre y son mayores de edad.

³⁸ Cuando era adolescente Karina intentó suicidarse porque no podía controlar sus compulsiones de limpieza, no la dejaban vivir. A partir de la intervención que hizo el psicólogo con el padre y madre de Karina estuvieron mucho más pendientes de ella y no volvió a ocurrir

se recrimina que no se haya sido activa en la defensa del cuerpo mientras se dio la agresión. A modo de ejemplo, lo relatado por Vanessa, quien fue agredida a los 19 años, por un extraño andando en la calle.

“Hay una parte de la sociedad que claro –¿Cómo no lo viste, no lo viste que llevaba un rato siguiéndote? Hombre ¿no le pudiste dar una patada y te pudiste ir?-. Y luego está quien te dice –yo, yo le daría una patada y me iría-” (Vanessa)

Esa censura paradójica de la pasividad nos remite a los dos obstáculos que sostiene Hercovich. El primero, la creencia generalizada de que eso sólo les pasa a un cierto tipo de mujeres y en un contexto particular, el cautiverio de *la puta*, que plantea Marcela Lagarde (1990), mujeres que se ponen a disposición del placer de los hombres; y el segundo, la reacción emocional inmediata que condena moralmente al violador y compadece a la *víctima*, pero que se sigue de la erotización de la imagen, culpabilizar a la *víctima* y diluir la responsabilidad del violador (1992:64). Ambos se efectúan como defensas imaginarias que permiten vivir; por lo que las *imágenes en bloque*, como les denomina la autora, son un refugio que aminora la angustia y suaviza el panorama, combinando creencias y sentimientos en un salpicón condensado de ciertas imágenes y sentidos utilizados para pensar y hablar sobre la violación. Por consiguiente, todo lo que cuestione esas certezas requiere ser censurado.

El entorno social totaliza la experiencia de cualquier mujer violada con una mirada por supuesto incompleta, desordenada y contradictoria, impregnada tal representación de “discursos dominantes acerca de la violencia, la sexualidad y el poder en la relación entre los sexos, organizados según la racionalidad patriarcal” (Hercovich, 1992, pág. 65). En ella, las mujeres son por naturaleza un cuerpo cargado de seducción y provocación, y los hombres son por naturaleza violentos.

El “bloque de la violación” (Op. Cit) gobierna así la experiencia, pues quien experimenta esta agresión teme no ser comprendida, y someterse a la sospecha de la doble moral patriarcal que asocia de manera trivial “las manifestaciones masculinas de violencia física y psíquica con la erotización de los vínculos violentos” (Op. cit, pág. 68), reforzando una alianza violencia-poder en los encuentros coitales. Esto minimiza lo vivido en el ataque y despoja la representación de muerte e indefensión como elementos inherentes al mismo; porque además se tiene la idea de que si las mujeres fueron forzadas, debieran tener en su cuerpo evidencias de lucha física, cosa que no sucede, puesto que la mayoría de los casos se elige “tranzar sexo por vida” (Op. Cit). El

miedo a morir inhibe la pelea ante la agresión sexual, pero el miedo no se nombra en el imaginario social de la violación, también se le censura.

Se le mira a la mujer que fue violada como un objeto que no se defiende; en otras palabras, al que no se le puede reconocer que, bajo una estructura de dominio, en ese momento su defensa de vida tuvo que ser el sexo; *lo violable*, sin dominio ni potencia, porque en ese preciso acto no se les admiten formas pasivas de resistencia. Indiscutiblemente una *real resistencia*, es inverosímil cuando además tu disposición mental es constantemente aleccionada bajo los mandatos de este control. Aun así, esto no se atiende y se da por supuesto que si no hubo pelea, se concedió-consintió acceso al cuerpo.

Este imaginario social del consentimiento, contribuye a la pretensión social de que la mujer deje el evento atrás.

“Normalmente no se lo puedes contar a nadie. Se tiene miedo de que juzguen o te digan barbaridades que aún hacen más difíciles esos días. Así que se guarda riguroso silencio y luto. Si ya cuesta contarlo cuando acaba de pasar, cuanto menos vas a contar cuando hace 10 o 15 años. La sociedad, hipócrita y fría en la que vivimos se encarga de machacarnos con frases del tipo: "pasa página" o "estas mal porque quieres, porque no lo intentas lo suficiente" e incluso "Olvídalo y céntrate en las cosas positivas de la vida". Sinceramente, ¿alguien cree que si se pudiera hacer no lo haríamos? (Vanessa)

Es evidente que las contradicciones sembradas en nuestro sistema cultural no son fortuitas. Sugieren la intención de confundir a quien padece violencia para controlar su acción de denuncia –bajo el argumento de olvidar para superar- y sostener el desastroso equilibrio del sistema patriarcal. La insistencia de recomendar el olvido, no sólo es absurda cuando se fue abusada sexualmente por alguien familiar o cercano; también lo es cuando se trata de un violador desconocido, pues en ese evento se evidenció que la agresión puede venir de cualquiera. Sin embargo, pareciera tener más justificación para el entorno recordarnos que debemos olvidar, como una forma de censurar la intromisión de cualquier evocación, incluso en la intimidad del pensamiento. Es recurrente escuchar que la censura les quitó hasta el odio. Y sin ese sentimiento es difícil señalar al violador, la agresión y la validez de lo que evoca en el cuerpo. Negar el sentimiento de aversión es como arrebatarse el catalizador para accionar, porque de alguna manera limita el acceso a la potencia de denuncia y malestar.

“Es cruel vivir con la negación constante de las propias emociones, es cruel estar en un entorno que te fuerza a callar, que ha perdido la gestión emocional y ante el dolor ajeno, (...). Encima se nos critica, se nos cuestiona e incluso se nos tiene lástima” (Vanessa/Blog³⁹)

“Como que también sentí que si todas lo habían pasado, qué más iba a hacer. (...) como que lo normalizaron tanto que me quitaron la rabia” (Joselin)

“Yo me acuerdo que para mí era un conflicto, cuando tenía más o menos 13 años, el hecho de que no lo podía odiar a Pablo (agresor) porque él era mi hermano. Había un motivo para que yo lo odie, pero un lazo sanguíneo que me impedía odiarlo. Me acuerdo que cuando yo lo hablé con (ex novio) algo que me dijo fue: Me imagino que lo debes odiar a tu hermano. Y entonces eso me ayudaba a entender que no estaba mal odiarlo, que era un sentimiento natural (...) que yo tenía todo el derecho del mundo de odiarlo” (Ana)

Suprimir las emociones de quien padeció violencia queda como condicionante de aislamiento hasta que se elimine el discurso que amenaza por las citas que viene a instalar sobre la familia y la sociedad. Censurar resta validez a la persona que pide un cese al juicio para poder exponer con indignación y legitimidad el maltrato a su integridad. No se puede esquivar un “deseo desesperado porque la experiencia propia tenga importancia para los demás, y que esta desesperación proviene de una aplastante duda de que la propia existencia tenga siquiera un valor” (Gaitskill, 1994:74). Porque al negar la memoria y los sentimientos ¿qué queda de una persona? De ese cuerpo no dejan nada y no vale nada, porque en ese cuerpo está el delito incómodo que se quiere desechar.

³⁹ Desde el portal de la fundación que preside Vanessa <http://sakuraonna.obolog.es/fechas-senaladas-2317921>

BASURIZACIÓN SIMBÓLICA: Del vertedero, la descomposición y su malestar

En este segundo apartado vamos a ir profundizando en el entablado simbólico que crea y cría a los violadores, aun cuando socialmente se les identifica como actores nocivos. Reparando en que no hay basura sin un entorno que la produzca; no hay violaciones sin un contexto en el que lo masculino esté en una posición de superioridad y haga de su subordinada un objeto de posesión donde se reafirmen los lugares de los dos cuerpos. Desde esa lógica de ordenamiento se levanta la propuesta de basurización⁴⁰ en el acto de violación, en el trabajo de Rocío Silva (2009) y será sobre dicha perspectiva teórica que partiremos para problematizar el mantenimiento de la trama simbólica que patrocina la violencia sexual y el encapsulamiento de *lo dañino* tramitado exclusivamente en el cuerpo de quien ha sido atacada, solicitando el tratamiento de *su mal*. Y a propósito de avanzar en ello expondremos primeramente sobre el enlace entre la censura y la *basurización*.

Aunque en el apartado anterior constatamos que en algunas de las experiencias donde el agresor era conocido, hubo una primera reacción de *desalajo* del ambiente más cercano, ésta no se dio con todas, inclusive vuelven y se valida, a partir de las censuras revisadas, la posición masculina dominante. De cualquier manera, condenado o no, igualmente sale librado porque la carga de lo sucedido, lo que sí se considera perturbante y por ende imperante de limitar del entorno, es el relato de quien ha sido abusada. En ese sentido lo que vamos a buscar proponer es que la censura necesita de un proceso paralelo para legitimar y proteger su límite, y ese proceso es la basurización simbólica.

Quedo patente que la censura es un control moral y que en esa moral hay, sobre todo, cuestiones aceptadas para los hombres y cuestiones no aceptadas para las mujeres. Entre estas conformaciones, se dejó ver que las mujeres violadas no deben hacer público lo que haya sucedido porque en ello se juega la integridad de toda una familia y la sospecha de promiscuidad, puesto que el honor de una familia se protege a través de la pureza sexual de las mujeres -sin que

⁴⁰ Para Silva (2009) en la violación hay un proceso de basurización. En su relación con un asco cultural, la basura construye una otredad funcional que sirve de descarga y descargo, en donde el cuerpo del abyecto basurizado debe ser puesto fuera para que el efecto del discurso dominante sea más fuerte (2009:64). “El cuerpo femenino es basurizado dentro de un contexto de perversión moral, porque se le concibe como espacio donde se puede ejercer la dominación y el sometimiento” (2009:83). La autora lo plantea en contexto de guerra, pero ella misma señala que las mujeres portan coordenadas de sometimiento previas a este escenario y para nuestro planteamiento, es por ello que en situaciones bélicas se potencia basurización más no se reduce a estos conflictos, sino que desde dichas coordenadas se ejerce.

de ello deba conjeturarse que lo próximo a plantear esté ceñido exclusivamente al incesto, pues lo que se resalta es el agravio, la humillación vía la moral sexual femenina-.

Para Silva (2009) la transgresión de lo moral y los límites de lo público y lo privado, está relacionada con una de las sensaciones más humanamente complejas por su construcción cultural, el asco. Asociado a lo sucio e impuro, necesariamente está en una jerarquía inferior porque perdió sus propiedades valiosas. En sociedades como las nuestras la castidad-virginidad, no exclusivamente reducida al campo de la penetración sino del purismo sexual, exenta de toda mezcla e imperfecciones morales, de haberse mantenido inmaculada de contactos, le resta valores al femenino y se los suma a la supremacía masculina. Esto genera una práctica de control y arrebató; se solicita integridad e inocencia en lo femenino, pero se alienta en lo masculino a vigilar y tomar ese cuerpo femenino próximo que le *provoca* –incluso por su pureza- y castigarlo. De lo femenino se esperan no sólo actitudes morales, sino un espíritu sumiso y sacrificado que refuerza la legitimidad del masculino, quién puede además ejercer represalias físicas y morales hacia el femenino. De hecho hay una correlación positiva entre la pureza femenina que una cultura impone y la violencia por la que pasan los cuerpos de mujeres en esa cultura⁴¹.

Aquí entra en juego la culpa cual responsabilidad de ese femenino *ultrajado* respecto a la pureza y la provocación; culpa por ser, pasar y decir aquello que da asco, que es indecoroso. Al tratarse la violencia sexual de un acto en donde un cuerpo somete a otro, quien es sometida y narra el hecho, queda en la posición de subordinación crónica, instrumentada desde lo sexual y por tanto devela categorías de lo inmoral y lo impuro, de una suerte de suciedad. Ese relato roza, parafraseando a Silva, el límite entre el asco y el miedo (2009:57), lo que puede relacionarse con las reacciones de quienes son figuras de cuidado, pues al ser una conceptualización, hace que lo circunscriban un territorio contaminado que no quieren pisar, porque los símbolos que encuentran en el discurso que escuchan son indeseables. Desde el asco moral es que se excluye lo impuro y lo que produce perjuicio. Así, las familias sirven como engranaje y sostén de la

⁴¹ Investigación realizada en el 2009 de más de cincuenta países encontró dicha correlación entre la violencia que ejercen los hombres a sus parejas y el nivel de preocupación de la sociedad por la pureza de sus mujeres. La revisión consideraba creencias y actitudes alrededor de la sexualidad femenina, la apariencia virginal, el uso de anticonceptivo y la maternidad. Véase: Vandello, J. A., Cohen, D., Granson, R., & Franiuk, R. (2009). Stand by your man: Indirect cultural prescriptions for honorable violence and feminine loyalty. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 40, 81-114

privatización de la violencia sexual, porque se trata de un daño moral en tanto se le da un sentido únicamente sexual y no violento.

La forma de construir límites alrededor de lo impuro es la basurización (Silva, 2009, pág. 56), porque todo lo que no se quiere y se ha conceptualizado como desecho, debe ser tirado a la basura; y a su vez, porque todo lo que se considera basura, se asume como un contaminante. La tarea de eliminar-desechar, implica un método que despeja el entorno donde se da la agresión. Ahora ¿a quién le toca ocuparse de la basura y por qué?

Para Silva (2009) la basura ontológicamente produce dos formas de manejarse ante ella: desecharla, que es el papel de quienes son limpios o limpias, y recogerla, que corresponde a los sucios o sucias. Plantea también que existe una en el medio, precisamente los/as intermediarias (Op. Cit:60); este lugar de operación, en el análisis que estamos presentando, podría ser entregado a quienes den tratamiento a las mujeres que han vivido violencia sexual, las/os terapeutas -psiquiatras, psicólogos (as), u otras alternativas-.

Tradicionalmente, quienes producen la basura no son quienes se hacen cargo de ella; “Unos son limpios y sanos; los otros, los sucios y enfermos” (Op. Cit:61). Esta clasificación social la distinguimos ejecutada de manera utilitaria en los agresores y las agredidas. Aún cuando los violadores son puestos en el lugar de sucios y enfermos, el entorno social sigue sin hacerse cargo ⁴² porque expía sus culpas culturales reduciéndolas a la individualización de una psicopatología como origen de un mal. Para higienizarse, el contexto rápidamente coloca la basura, el daño, la impureza, en el cuerpo de quien es agredida, porque es ese el cuerpo del delito. Cada vez que se censuró en forma de cuestionamiento, omisión, negación y prohibición, se devolvió ese contenido y se hizo obvia su cualidad de inmoral y contaminante, con el objetivo no ensuciarse, de no lidiar con el asco y el miedo. Se ensucia y enferma a la persona atacada para que sea su tarea lidiar con ese contenido, que además entre culpa y subordinación la atrapa.

“La basurización es un proceso, un accionar en relación con algún objeto o sujeto, e implica un grado de pasividad del objeto o sujeto que se negaría, si pudiera, a convertirse en desecho por efecto de sentido” (Silva, 2009: 61). Pone en escena artificios que descongestionan el centro de

⁴² De hecho si pensamos en los afamados casos donde los violadores son violados al ingresar a la cárcel, se está replicando la misma estructura de castigo que sostiene a la violencia, reforzando el mensaje de para qué sirve la, de que puede ser usada como un mecanismo de subordinación de forma justificada. Se pretende combatir una mala práctica por medio de la misma y con los mismos significados disfrazados de justicia.

residuos materiales y discursivos a la vez (Castillo⁴³, citado en Silva 2009:62); dicha descongestión es una estrategia de subordinación simbólica de todo lo que no pertenece al centro, permitiendo la consolidación de su hegemonía (Silva, 2009:62), de forma tal que quien ocupa la posición de vertedero no cuenta más que con su propia basura como sostén y sigue absorbiendo desechos.

Basurizar es un procedimiento que se apoya de diversas instancias que estamos próximas a revisar, pero que gracias a cómo se mecaniza con la culpa, es que entendemos que ésta última sea constante en los relatos. Se pasa por ella de muchas formas, se convive con ella por todo lo que está mezclado e incluido en su encierro; es insumo y base perfecta para guardar y absorber la basura. Se obliga a una especie de *culpofagia*. Lo que es nuestra culpa es nuestra basura y lo que es nuestra basura es nuestra culpa.

“Te culpan...me culparon de que yo era la responsable del abuso. De hecho después del abuso siempre había un maltrato psíquico ...era como que yo era la persona que lo llevaba a hacer eso. Entonces de alguna manera, tienes una pureza tan grande, tu espíritu tan limpio... entonces te llega esa información de alguna forma, te entra y tú la canalizas, la entras en ti, y pasa a ser algo tuyo, pero sin saber... llega esa información, pero sin una claridad de qué es lo que viene, tú solamente recuerdas después la culpa” (Lorena)

La composición cultural de la moral-sexual, se ocupa de que desde que el violador ataca el cuerpo, se configure éste último como el espacio-cuerpo contenedor de *esa basura*.

La mancha: el estigma que nadie escucha, pero todos/as miran

En los relatos se describen sensaciones desde las que podemos identificar *efectos* de la *basura* con la que se tuvo contacto. Antes de que se tenga conciencia de la agresión sexual, se manifiesta una combustión interna, una presión y la necesidad de un respiradero.

“A los 15 años me dio una depresión muy fuerte en donde yo intenté cortarme; bueno no intenté cortarme, me corté efectivamente. (...)Y me cortaba, pero no sabía por qué, sentí ese vacío horrible y decía –¿por qué yo, o por qué no yo?”(Bárbara)

“El año pasado llegamos al tema del abuso, que salió a flote. Yo tenía recuerdos muy vagos de besos que me daban un asco profundo” (Sara)

⁴³ Castillo (1999) -de quien Silva toma el concepto- Trabaja la idea de Centro periferia con los países latinoamericanos en su relación de subalternos con las potencias occidentales.

“De la nada sentía la culpa. Había un olor a culpa en mí.” (Lorena)

La información que da asco es despejada, se le barre para lograr operar, pero está ahí en una especie de basurero y haber colocado ese contenido en un vertedero interno tiene como consecuencia una incomodidad mental y corpórea. El olor a culpa, ese mal olor que sale del cuerpo, que se siente que se nota y que no se quita de la piel, se comprime con la censura desde sí. Nos valemos de la metáfora de la pestilencia propia algo echado a perder, de lo descompuesto porque se ha guardado por mucho tiempo, pero también porque su origen es *inmoral* y en asociación a lo *mugriento*.

“En ese periodo de adolescencia yo pensaba que hay mal en mí, qué me pasa. Claro yo veía a todo el mundo compartiendo códigos y yo prefería quedarme en la biblioteca, yo no me relacionaba con chicos, cuando algún chico se me acercaba yo lo sentía sucio” (Vanessa)

“Recuerdo cuando escribía en una libreta, como que yo siempre sentí que había algo malo en mí. Como una nube, no sé, un tema fantasma, algo malo había. Pero yo, se supone, no sabía qué. O sea, sabía, pero yo no quería verlo. Entonces siempre tuve esa sensación como –no, algo malo hay- como que una tenía una mancha.” (Bárbara)

Varias de las entrevistadas refieren sentir como una marca, algo que se nota, por eso no lo contaban al principio, para no sentir esa mirada. Evocar y llegar a nombrar el acto de violencia, es meterse a esculcar en esos rastros y mostrarlos. Es mirarse en tercera persona en un cuadro que no debiera haber o estar pasando, lo que deriva además en minimización o cuestionamiento del propio relato como se apreció en el apartado anterior; en una suerte de graduación de la trasgresión en relación a la penetración. Mirado desde la basurización, puede ser un mecanismo para no percibir más desecho sobre el cuerpo. Esto fue notorio en expresiones narrativas que procuraban descartar la penetración en sus experiencias refiriéndose a *“tocaciones, pero no violación como tal”*⁴⁴. Reconocen que fueron eventos que les violentaron, pero hacen esa salvedad y nos cuestionamos si la penetración en términos concretos genera marcas más sucias y profundas, y cómo establecer ese límite diferencial en la configuración del estigma ligado a ello.

⁴⁴ Desde el abordaje conceptual relativo a la violencia sexual que tenemos, no es nuestra prioridad subrayar a quien se le introdujo -o no- un pene u otro objeto en boca, vagina o ano; y a propósito de ello es que no exponemos las citas que dan cuenta de la presencia o ausencia de tal hecho ni en este apartado, ni en el resto del trabajo.

Creemos que es peligroso determinar si un cuerpo es más violado que otro, y de hecho varias de las mismas participantes que comentaron lo anterior, manifestaron en un segundo momento que *“las experiencias son singulares y no pueden hacerse lugares comunes porque el dolor no radica en el acto mismo”*. Con esto no queremos decir que no sea relevante la penetración, por supuesto que lo es para el cuerpo que lo vive, pero lo que queremos poner en relieve es el hecho de que sea significativo para mirarse en el relato, aunque sea en un primer momento de enunciación. Porque además, lo que podemos constatar es que el cuerpo en toda su composición es una materialidad porosa. La penetración es de amplio espectro en los eventos de violencia sexual; es por los ojos, la piel, los oídos, el olfato, el gusto, el cariño y el miedo. La basura que el agresor trae a nuestros cuerpos se inyecta desde el primer roce sobre la dignidad, no sobre un órgano específico, y surge el estigma como marca infame impuesta sobre el cuerpo.

No nos es casual que la deshonra, mancilla o ultraje, compartan campo semántico con la mancha y que ésta se relacione con ensuciar, salpicar o emporcar. La mancha se instala en el cuerpo y una vez que se muestra a través del discurso, la familia y la sociedad aunque no la nombren, no pueden dejar de mirarla, y se la explican a través de los códigos de la moralidad. Viene entonces el rechazo de información contaminada que casi como parodia del rol femenino, las hijas y madres procuran despejar para mantener limpio el espacio donde se evidencia la suciedad, y se deja el manejo del desecho a quienes fueron violentadas. Así, la basura en inmunidad del masculino hace las veces de vacuna que mantiene invisible su desempeño como agente impuro y sucio, pues el agresor descarga esos elementos en el cuerpo que toma, y vacía de toda competencia a él como actor, pero sobre todo, al contexto que lo crea y/o refuerza. Pareciera que la violencia sexual es el propio antídoto de la culpa del violador y contexto, puesto que sólo se atiende el estigma de quién quedó *contagiada*.

“Mi marido en una pelea me llegó a decir –me das asco, me da asco acostarme contigo- imagínate! O sea, heavy. ¿Qué información ellos tienen para sentir eso?” (Lorena)

“Era algo vergonzoso. A mí me pedían que yo no le contara a nadie. De hecho que yo no le contara a mi pareja porque él me podía ver de otra manera” (Joselin)

La marca de la sexualidad y la impureza surge en la pareja o prospecto masculino heterosexual, cual defecto que disminuye el valor del cuerpo de la mujer como si se tratase de una prenda usada y sucia, haciéndose primordial cubrir la mancha -no hablar de ella-; ya que lo que puede

perturbar al masculino no es que ese cuerpo de mujer haya sido violentado, sino que haya tenido ese *tipo de contacto sexual*, eso es violentamente inmoral y tiene más fuerza y permanencia en el entorno social para valorar al cuerpo de la mujer.

Nos hace pensar que el orden de lo privado se configura para que lo *femenino* se reserve y haga las veces de depósito y custodia de la moralidad que se sostiene de la sexualidad; no de ella, sino de quien le usa, porque de cualquier manera su cuerpo no es suyo, va a ser de otro, tiene que cuidarlo al menos en apariencia para ese otro. Por consiguiente es importante que nadie sepa, para que su integridad esté intacta.

En el confín de la integridad, otro elemento que debe de atenderse cuando se piensa en mostrar la marca es la posición social. Algunas experiencias exhiben que hay temas permitidos aun menos en estratos altos, destacándose una relación de clase. *Sorprende* el hecho de que suceda en estratos sociales acomodados, pues hay un imaginario que rompe con lo propio de cada lugar y supone que las relaciones *impuras* sólo suceden en quienes se encuentran en situaciones de vulnerabilidad, en los estratos más bajos. Ya hablábamos de las jerarquías de lo sucio; entre más arriba más limpio, porque ahí no puede haber *basura*, son espacios honorables que deben permanecer de dicha forma.

“Es que es transversal po y por ejemplo a mí lo que me sorprende es que haya ocurrido en un estrato social medianamente medio alto, con un indicador cultural alto, universitario, incompleto, pero universitario; entonces eso me hace a mí preguntarme sobre los niveles de naturalización de la violencia sexual (...) yo iba a un colegio particular en Iquique. Mi hermano va en el colegio inglés católico de la Serena” (Andy)

“Como era hija única, mis papás trabajaban, ellos no se dieron cuenta, porque además querían mucho a mi madrina, a mi padrino. Eran muy amigos. Entonces no había algo como una claridad de decir –oye, voy a cuidar a mi hija- (...) El cuestionar por qué me había sucedido a mí eso. Yo durante años me sentía princesa por ser hija única; mis papás tenían negocios, mi familia tenía propiedades; siempre tuve materialmente mucho y afectivamente era adorada por mi familia. Entonces es como que me dieron vuelta la Sara que yo conocía de tantos años y pasó a ser otra Sara distinta” (Sara)

“Con mi hermano me fue pésimo. Mi hermano vive con mis papás, entonces mi hermano se cegó a decirme que cómo podía enojarme con mi papá, que mi papá me había dado esto, y esto, y

esto. Si a mí nunca me faltó, yo siempre tuve. Vivía en una casa muy bonita. Yo nunca tuve un problema económico, el tema no estaba por ahí. Que es mucho peor ¿te fijas? porque en el medio que yo estaba no se habla de esto, no se nombra” (Lorena)

Sus relatos afirman que en una *buena posición social* hay que asegurar e insistir en guardar las apariencias de pureza porque esas son las que legitiman el estatus.

Evocándonos el dicho *la ropa sucia se lava en casa*, se le solicita al cuerpo violado, que en una supuesta intimidad se guarde y lave. La reacción de rechazo a la basura busca pintar una realidad más bonita y reclama además, agradecimiento -o al menos no ingratitud- hacia todas las consideraciones que en su momento el masculino proveedor tuvo a bien disponer en la construcción de su posición de niña-mujer de *familia bien* que no debe mancharse. Por otro lado se deja ver el masculino-proveedor-agresor como dueño del cuerpo femenino, como si el hecho de haber dotado de sustento expidiera derechos de posesión, sugiriendo un intercambio en el que las condiciones materiales de vida que otorga el patriarca se pagan con la exclusiva materia de la naturaleza femenina, el cuerpo objeto.

El código de honor se interpone por supuesto a la denuncia. Con la intención de que el estigma no caiga ni en núcleo familiar ni en sus mujeres, se busca la manera de comprimir *la mancha* en un solo cuerpo. Y es que al tratarse el honor de un concepto problemático “en tanto que es una de esas normas profundamente sedimentadas que no pueden sujetarse fácilmente al derecho nacional o internacional” (Franco, 2008:28); la familia se rige con sus *propias* reglas en relación a las supuestas garantías de las niñas y mujeres violadas, que resultan ser reglas del orden y estatus del gran sistema patriarcal.

Como toda mancha y por venir de donde viene, análogamente marca diferencias entre las personas. Eso, una vez más, va a asegurar que se procure el ocultamiento para que en la convivencia con otros/as también entrenadas/os en no mostrar lo que ha sucedido en su espacio, parezca que es algo que a nadie le sucede y por tanto es anormal, de manera que la mujer se enfrente al estigma que a *nadie* le pasa.

“Yo creo que ahí va siendo como el estigma... Como que ahí uno va construyendo ese propio relato (...) cómo yo lo asumí fue entre el que aquí no ha pasado nada, pero teniendo un dolor muy interno grande digamos (...) Al principio, a la primeras amigas que yo les conté, no les había pasado ninguna experiencia así, a ninguna. Después ya uno es más grande y cacha que es

absolutamente transversal. Con esa amiga, fue una cuestión de solidaridad comprensión etc; pero también de sentirme como especial, como raro, como un poco.... como una marca, en relación al entorno que no tenía eso, y que yo más encima lo guardaba en un silencio que era super duro.” (Abril)

La maquinaria censura-basurización al mismo tiempo que refuerza significados de ese imaginario colectivo sobre los cuerpos y sus jerarquías, despoja de palabras no sólo para que no se nombre ese acto *sucio*, sino para que *otro* igual o similar no sea señalado. No se tiene vocabulario para nombrar lo innombrable. Parafraseando a Jean Franco la violación quiebra a tal grado la integridad del cuerpo y del entorno social, que imposibilita verbalizarle, o si acaso nombrarle de manera indirecta (2008:28). Por eso no se encuentran experiencias en un inicio entre amigas y otras familias, porque no se tiene como verbalizar lo que nadie escucha; de igual forma que no se conocieron dentro de la familia antes de que la niña-mujer nombrara, puesto que es hasta que enuncia que conoce lo vivido por otras mujeres de su familia.

Enroque sexo-poder en la mancha: un movimiento que escudriña sexo para proteger poder

Hemos venido confirmando que la mujer es enseñada como un cuerpo-objeto que se toma, se tapa, se usa, se ensucia y se dispone *para*. Ello está tan arraigado en las construcciones sociales, que difícilmente escapa de abordajes que no le confinen a tal conceptualización, y la naturalización de ésta, refuerza el binomio violencia-poder legitimado por el discurso, no alcanzando a distinguir el trato infrahumano al nulificar ese cuerpo. Por el contrario, la mancha, esa suciedad que porta, es siempre visible y esa visibilidad nos ayuda a sospechar y explicarnos la persistencia de un binomio sexo-moral en encubrimiento del poder-violencia: un enroque sexo-poder, que insiste en la mancha-basura con miras a destacar el sexo frente a la violencia sexual.

Desde Foucault, el biopoder, la administración de cuerpos configurando instituciones y creando discursos que coordinen el poder; complementa las dificultades en los criterios que acompañan las conceptualizaciones alrededor de los cuerpos de las violadas. El armazón discursivo nulifica la amenaza; esencializa y esquiva la violencia -y su estructura- para desviarse a cuestionar la sexualidad. El sexo toma relevancia por estar en el cruce de la disciplina del cuerpo y la regulación de poblaciones; hay un ejercicio político del sexo a mano de estos ejes. Va colocando a la sexualidad “del lado de la norma, del saber, de la vida, del sentido, de las disciplinas y las regulaciones” (Foucault M. , 1998, pág. 88), y se va formando una paradoja; por un lado la

sexualidad, como dispositivo, es uno de los discursos más importantes para articular poder, y al mismo tiempo cuando se intenta visibilizar un acto de violencia sexual como violencia, lo único que se puede ver es el sexo y no la coacción de poder que en él se dio. El enroque sexo-poder es el movimiento de la torre vigilante –sexo- protegiendo a su rey –poder- cuando éste se ve en jaque.

Los modelos psicomédicos -en viceversa con los socioculturales- han construido lógicas en la relación del sexo con el cuerpo de la mujer. Ya el autor recién citado describía las nociones sobre el cuerpo de la mujer y el sexo en los procesos de histerización, donde el sexo se definió con tres acepciones “como lo que es común entre hombre y mujer; o como lo que pertenece por excelencia al hombre y falta por tanto a la mujer; pero también como lo que constituye por sí sólo al cuerpo de la mujer” (Foucault M. , 1998, pág. 91). Si bien esto era sobre todo asociado a la reproducción, es importante para lo que nos interesa plantear porque el sexo constituye por sí sólo el cuerpo de la mujer. Esto aún persiste en los discursos y afirma la idea de que su cuerpo es el lugar del sexo, y que además pertenece sobre todo al hombre; ordenando al cuerpo de la mujer como un objeto pasivo en falta y al hombre como un sujeto activo y dueño. Tal como lo señaló De Beauvoir “la mujer es lo inercial frente a lo esencial (...) ella es el otro” (1954:4), otro a ser llenado y completado, porque es un lugar *para*. A decir de Irigaray la mujer carece de un lugar propio, de un para sí, ella es el recipiente; ya sea porque contiene un niño/a o contiene un hombre, pero nunca de sí misma. El cuerpo femenino tiene una razón especial para ser pasivo, es la piel para el sexo del hombre (Irigaray, 2010:76).

Bajo diferentes estrategias, el dispositivo de la sexualidad “hace aparecer al sexo como sometido al juego del todo y la parte, del principio y de la carencia, de la ausencia y la presencia, del exceso y la deficiencia, de la función y el instinto, de la finalidad y el sentido, de la realidad y el placer” (Foucault M. , 1998, pág. 92). Pero el gran déficit es que éste discurso no permite denotar las relaciones de poder que operan en la violencia a través del sexo, ni las construcciones de género; porque el sexo, como idea, como imagen, como estereotipo y estigma de la violada, distrae toda la atención del debate que se quiera dar. “El sexo pudo funcionar como significante único y como significante universal” (Op. Cit); el sexo blindó al poder, nos apresó a todos y todas en un modelo circular e hizo que nos atrapáramos de forma constante.

“La noción de sexo aseguró un vuelco esencial; permitió invertir la representación de las relaciones del poder con la sexualidad, y hacer que ésta aparezca no en su relación esencial y

positiva con el poder, sino como anclada en una instancia específica e irreductible que el poder intenta dominar como puede. Así, la idea del sexo permite esquivar lo que hace el poder del poder; permite no pensarlo sino como ley y prohibición” (Op. Cit)

Bajo esta mirada Fassin (2008) señala que Foucault intenta dessexualizar la violación, puesto que la sexualidad es algo que se construye a partir de naturalizaciones de lo masculino, lo femenino, lo heterosexual, lo público y lo privado. Por ende, en el acto de dessexualizar se desnaturaliza la violencia, se evidencia el poder y se está en condición de politizar la violación. Porque además dessexualizar apartaría el agente moral que ensucia el cuerpo y da sentido al contorno que ejecuta la basurización.

El enroque del sexo-poder se extiende como mecanismo que sujeta a la mujer a la mancha de lo inmoral, a la basura; la cerca y dificulta salidas posibles. Esto se condice con una característica más del proceso de basurización simbólica, la necesidad de un pasivo que es forzado ante la imposibilidad de movimiento.

La mujer que experimenta violencia sexual es un peón solitario tratando de poner en jaque al rey-poder- protegido por una torre -sexo-. Vive esa guerra en un tablero con todas las reglas en contra.

“Era casi vergonzoso ir a contarle esto al papá de mi amiga (...) porque siempre nuestra sociedad tienen el estigma de que el sexo es feo, es cochino, es malo. Y con mayor razón si es desde este otro lado, de que fue un abuso. No sé, hay tantos prejuicios” (Karina)

“Una mujer que es violada, está relacionado casi con una prostitución. Otras mujeres también arrancan, les genera como algo sucio. Está relacionado con muchos prejuicios (...) Es el machismo” (Lorena)

Es peor estar del lado del abuso sexual y la violación porque es lugar donde más se acomete el ejercicio de enmascarar al poder; es la matriz de la violencia. La violación es el emblema que denota toda una estructura de género con categorías binarias y excluyentes. “Pero mientras que la mujer violada es expulsada de lo social y de la humanidad, la estructura patriarcal se refuerza y purifica” (Franco, 2008:28).

Hay incluso, como en el caso de Andy, una completa omisión del poder y una ridiculización de los límites del cuerpo que están siendo evidenciados en la basurización. No mucho tiempo después de que Andy le comunicó a su madre que su padrastro había abusado de ella, se suscitó

una broma que burló su relato de abuso. *“Tiró una talla muy desubicada al respecto. Como que me pasó a llevar un seno y me dice –ay hija, perdona, te toqué, te abusé- y se pegó la risa, y había más gente presente, ante los amigos de ella”* (Andy)

La mofa sobre los confines del abuso, desvanece de la escena la violencia que aconteció en el cuerpo de Andy *insinuando* interpretaciones exageradas, como si ella hubiera visto poder, violencia y sometimiento en donde su madre sólo vio un accidente sexual con el que se puede bromear.

Otra de las constataciones es que el entorno va ensuciando el relato de la violencia y enfermando a quien lo enuncia, y en esa medida se resalta la necesidad de una intervención que les haga acomodar su caos personal.

Por ende, a continuación exploraremos brevemente qué lugar y cómo operan en él agentes externos encargados de coadyuvar en la “reparación y superación”, y que en este planteamiento de la basurización se ubican en la posición de intermediarios (as).

Psicólogas(os), psiquiatras y terapeutas: Intermediarios/as del malestar por la basura.

En un plató donde la familia y el entorno insisten en su limpieza y en darle la tarea de recoger a quien es agredida, entra la figura especialista a escena. Acudir con una autoridad profesional capacitada va ser motivado desde diferentes momentos. En algunos casos se lleva a las hijas a terapia antes de estar en conocimiento de la agresión sexual porque notan conductas que no se explican; sin embargo, en ninguno de esos encuentros se detecta el origen del malestar y es posible que no se identifique porque la molestia en sí es el comportamiento de la niña, como síntoma, y no lo que pasa por ella.

“(de niña) Dice que me quedaba dormida, era muy flaca y rebelde, por comportamiento en el colegio también.(...)Es increíble porque yo en la adolescencia me vinculé mucho con las drogas y también me llevó mi mamá al psiquiatra.(...) pa qué te digo la cantidad de remedios que me dieron, me cambiaban uno tras otro (...) ¿por qué el psiquiatra no pudo dar un diagnóstico? (detectar el abuso sexual). He llegado a pensar con los años, que había un tabú tan grande... Yo iba con mi mamá, sabía que era casada con mi papá...entonces no sé, creo que la sociedad en general, hasta los profesionales están vinculados a esta situación del tabú. Más allá de las personas que nos rodean a quienes hemos sufrido esta violencia. Creo que no hay una ética

abierta para mirar con claridad y decir lo que es, porque me extraña una persona que haya estudiado, no verlo. Y como ese psiquiatra vi muchos más” (Lorena)

“Cuando chica mis papás, paralelo a estas violaciones, me llevaban al psicólogo (...) fui lo suficientemente hermética que ni el psicólogo se dio cuenta. Y mis papás nunca se enteraron” (Bárbara)

Los acercamientos con los/as intermediarios/as, lejos de liberar la carga comprimen el contenido en el cuerpo abusado casi sellándolo y con ello se asevera que lo acontecido es lo inaudible; tanto, que hasta quien está capacitado/a para identificarlo, lo pasa por alto y no lo enuncia. Recordemos además que tanto Lorena como Bárbara lo olvidaron por años, suscitándose una congestión emocional que tardó en presentarse con *claridad*.

Ahora bien, en los casos que se asume ir y recurrir a un especialista por el revelamiento de la violación, los motivos esgrimidos no se relacionan específicamente con las necesidades de quien pasó por la agresión de manera directa; es la familia el porqué y el para qué de la ida a terapia.

“En realidad yo no fui parte de las decisiones. A mí me dijeron que fuera que me iba a hacer bien. Y yo fui po, si tenía cuánto...11-12 años...Mi mamá era la única que realmente le importaba lo que quería o no hacer. Me dijo -ya, querí ir?- , y yo -ya-. De hecho cuando yo dije -ya no quiero ir más porque no me está gustando lo que está haciendo- Me dijo -ya, no vayas más, yo te apoyo- (...) dentro de todo yo iba para complacer al resto, porque igual para mí no tenía sentido que la propia persona que abusó de mí estuviera pagando y la persona que me está atendiendo sepa quién abuso de mí” (Joselin)

“Lo que hizo el psicólogo fue como tratar de ver que en el fondo la familia se podía sobreponer a la situación (...) Era un psicólogo como pro familia (...) Entonces también la propia terapia fue un requisito más que un apoyo; en el sentido de que era necesario poder vivir en una situación que era bastante compleja. O sea, si es que todo se hablaba y no se hacía ninguna huevía, era muy terrible, pero para mí no fue significativo. Sólo en el sentido de que pude hablar...” (Abril)

“Entonces en la medida en que esta psicóloga hablaba con mi mamá, las dos se confabulaban, yo creo que la psicóloga con la mejor de las intenciones, pero mi mamá tratando de ojalá yo

nunca hiciera una demanda, de que ojalá yo me medicara mucho, para poder superar estos traumas que me había dejado una infancia difícil, y que nadie sabía por qué ¿cachay?” (Andy)

Es entonces la familia en su afán de asear el entorno, la que determina las prioridades y pretende el retorno a la estabilidad acudiendo a terapia con los roles claros: hay una del lado de lo enfermo y lo sucio, los y las demás están en el lado de la limpieza. Todo en pie de restablecer una funcionalidad que poco tiene que ver con lo que realmente se rompió dentro de las relaciones, al contrario, el hecho de buscar la conciliación –sobre todo en casos de incesto-, desecha el valor de lo que siente quien fue agredida. El mensaje *pro familia* con las características señaladas por las entrevistadas, donde asisten a terapia quienes se vieron involucradas/os, está diciendo que la rabia, la tristeza, el asco de quien es violada está en una jerarquía menor al dolor de la fractura familiar que además se desata cuando ella habla.

Se podría objetar que es necesario que se atienda toda la familia por el impacto que significan estos eventos; no obstante, lo que estamos tratando de plantear no es que no vayan, sino que los abordajes que privilegian bandos en donde quien ha sido abusada debe perdonar para que premie la familia, contribuyen a la basurización.

El uso de la psicología descrita está legitimando, como disciplina de autoridad, la constitución de la familia y las censuras ya revisadas, desde un lugar privilegiado de especialidad en *salud*. Apadrina el re-establecimiento de un núcleo olvidando la posibilidad de la sanción social por medio de la denuncia que es parte de un supuesto compromiso ético de la formación profesional, pues no perdemos de vista que se evita llegar a un proceso legal.

Las terapias están abogando por la privacidad del evento de violencia y al mismo tiempo sostienen un modelo en donde quien asiste es *la enferma que debe sanarse*, reforzando un patrón de superación y reparación que recae en la violada, cuando se trata más bien de un tratamiento más complejo de toda una colectividad.

Todavía cabe señalar que en más de un caso se les planteó a las agredidas que su agresor fue víctima de la misma violencia. Referir a dicha experiencia en el violador para atajar las preocupaciones legítimas de las abusadas se convierte en otra estrategia de inmunidad; solicitar comprensión y lástima que nuevamente des-responsabilizar al sujeto y a la sociedad, psicopatologizándolo.

“Yo le hice una serie de preguntas, -si es que tú como psicólogo no me respondí definitivamente, ahora yo estoy en condiciones de dejar la cagá igual- (...) el psicólogo me afirmó que no era un

caso digamos de pedofilia (...) sino que era más bien una situación que se repetía en la misma infancia de esta persona que había sido violada cuando chico (...) yo creo que la terapia estuvo basada en que yo le creyera. Tení dos opciones: le creí o no” (Abril)

Afirmar cual patrón que el abusado-abusa, es un mecanismo ya no sólo injusto para quien es violada, porque precisamente ha vivido en su cuerpo el desencuentro, el dolor y el miedo ¿cómo no entender lo que tú misma viviste? juegan a un punto de encuentro macabro entre abusador y abusada, y además les muestra la sentencia de un trauma que parece ser de por vida y desde el cual los masculinos agresores tienen la dispensa de sus antecedentes. Estas maniobras evidencian el enroque sexo-poder, puesto que cubren un modelo familiar-social violento al poner sobre la mesa al sexo traumático como antecedente y tema de sanación, sin tocar la relación de poder medular que posibilitó el ataque sexual.

También encontramos a mujeres que recurren a terapia no por la experiencia concreta de esa agresión sexual, sino a razón de otros sucesos biográficos dentro de sus ciclos vitales que las conducen a un estado en el que sienten *no poder más*: muerte de padre y madre, quiebra, enfermedad de los hijos, infidelidad, separación, estrés y depresión. En todas estas situaciones las refieren no hubo un trabajo del especialista con el abuso, dieron con el evento de forma posterior. No obstante no acuden por el abuso, se dejan ver mecanismos para tratar a las mujeres y sus problemas, interpelándolas de diferentes formas para cumplir con su *rol de mujer*; por ejemplo la maternidad en el caso de Ana.

“Me fui dando cuenta que por ahí parte de un prejuicio de qué es lo que tiene que hacer una mujer, y qué es lo que hace feliz a una mujer” (Ana)

“Tuve varias situaciones en que busqué ayuda pero fue a través de psiquiatras más que en psicólogos. Ahí fui en verdad dopada porque me dieron muchos medicamentos (...) yo me perdí” (Sara)

“El psiquiatra me dice -mira con los problemas a la tiroides y con “tu asunto de vida infantil”- supuestamente él no sabe, pero me dijo eso, -es mejor que de por vida tomes antidepresivos-. (...) lo que no entendí es que estuve un año y medio con psicóloga y psiquiatra, hablando, en urgencias, del mismo lugar... Le conté que fui víctima toda la vida de mi padre de maltrato físico y psíquico. Entonces no entiendo como no pudieron llegar al punto (Lorena)

Muchas de estas experiencias van alejando a las mujeres de la atención, porque les es claro que se desecha información, se pasa por alto lo que están diciendo y necesitando; no son espacios de confianza y claridad, incluso pueden tornar más oscuro el proceso. Hallazgo es que este espacio de supuesta resignificación y sanación, se torna -por medio de su tratamiento- en una nueva violencia para las mujeres al medicalizarlas de forma extrema, aletargándolas, subestimando sus propias potencialidades y ubicándolas como pacientes pasivas, y también adoctrinando sobre modelos de familia y el papel de las mujeres.

Metodologías terapéuticas correctivas: el reciclaje de la violencia

Con el objetivo de trabajar la agresión sexual en terapia, se transita por metodologías terapéuticas psicológicas y psiquiátricas que van acomodándose en la lógica de la basurización. Los especialistas normalizan la violencia y psicopatologizan sentimientos, reacciones y preferencias incluso sexuales en sus pacientes.

“(En su adolescencia, se atiende con la terapeuta Pilar Sordo) *Me hizo mucho ruido cuando ella me dice que es normal que se den estas situaciones de prácticas sexuales entre vecinos y primos o cercanos....ya? y? -Entonces es normal que te haya pasado eso-. Claro, muy bien ...* (cuando le comenta sus reflexiones sobre la homosexualidad) *esta mujer me dice – la homosexualidad es una enfermedad- y yo dije –esta hueá está mal, aquí hay algo malo”* (Bárbara S.)

“*Era un análisis bastante misógino la verdad, siempre tratando de, -pero es que ya pasó, pero-. Y preguntas con muy poca delicadeza: si yo te toco los pezones, tú sientes placer?-. Y yo así...-a ver...sí supongo-, y –tú puedes tener relaciones con los hombres?- y yo –sí-. Pero muy como del trauma del cuerpo, que a mí no me sirvió para nada”.* (Andy)

Observamos en estas dos experiencias que en Andy el terapeuta trabaja con el trauma del cuerpo en torno a tratar la aversión hacia el contacto con un varón; en ello no sólo están desechando la opción sexual de Andy, quién se identifica lesbiana, sino que extingue la emocionalidad para concentrarse en que sienta placer con un hombre, accionando el enroque sexo-poder. Lo mismo acontece el caso de Bárbara S., la terapeuta pone el foco de alarma y desviación en aquellas relaciones no heterosexuales y pretende que se asimile como parte de las dinámicas sociales entre hombres y mujeres, a la violencia sexual.

Las entrevistadas condenan técnicas y protocolos de atención que evidencian no sólo la intención de tapar los hechos de violencia, replicando el *aquí no pasó nada*, sino también estrategias de mediación del malestar de la basura versión maquila⁴⁵; intervenciones en serie, como si se tratase de material que se pasa por una máquina de reseteo. No se atienden las necesidades ni características de las mujeres como sujetos con diferencias, son una, una mujer en genérico, un pasivo que recibe un tratamiento estándar en donde no es relevante quién es, qué quiere y qué puede hacer.

“Primero armaba el ambiente: el sillón, poner música muy suave, empezar a hacer relajación. Después ella me pedía, así textualmente, que me acordara de las imágenes más feas y las pusiera como en una proyección, y que al mismo tiempo me acordara como de las escenas más felices y las superpusiera. Que tapara una con la otra. –ya imagínate que estás viendo las fotos más feas, tápalas con la imagen que te haga más feliz” (...) No sé yo pensaba, cualquier persona normal denunciaría esto. O sea yo lo podía entender en mi familia porque quería proteger a todos menos a mí, pero ella no tenía vínculo con ninguno. Me hacía ruido. Y con esos ejercicios, dije –ya, no vengo más-. Yo no quiero que me supriman eso que viví. Yo lo que quiero es aprender a vivir con ello; no que lo borren, si ya pasó” (Joselin)

“Lo que encontré fue devastador, mujeres quemadas por el sistema. Me sentí como una colilla humana, yo esperaba que alguien abriera los brazos, me mirara con ternura y me dijera algo así como: el mundo es una selva, has tenido la mala suerte de enterarte así... háblame de tu dolor- esto nunca llegó. No podía dejar de preguntarme ¿Cómo me podían pasar un test de personalidad? Yo estudiaba psicología, (...) yo le dije a la psicóloga sin corazón que moraba en aquella asociación que se hacía llamar “Para víctimas de agresión sexual” que ya le contaba yo como estaba; depresiva, ansiosa, paranoica, le supliqué que no me pasara el test, que me escuchara...fue inútil, me vi en una sala roñosa, oscura haciendo el test. He de admitir que hice el test de personalidad en un estado de profunda decepción y que cuando me dijeron que dibujara aún me sentí mas infantilizada, más pequeña... más degradada. Así que me fui. (Vanessa/Blog⁴⁶)

⁴⁵ Aludiendo a un sistema económico y de producción que opera ensamblando piezas una tras otra en países con mano de obra barata para enviar el producto a un país entendido como desarrollado.

⁴⁶ Del Blog de Sakura-onna <http://sakuraonna.obolog.es/des-del-corazon-2166539>

Situaciones como estas son además robustecidas por métodos de dopaje en dónde es menos posible ser y actuar. La anestesia y la psicopatologización son transversales en los tratamientos, se tapa el síntoma que incomoda, el llanto y la rabia se suspenden junto con el relato. Algunos psiquiatras ni siquiera preguntan de dónde viene el malestar, porque no merece la pena el antecedente, sólo vale la manifestación no cómoda de ese cuerpo en su ambiente.

“Fue super raro porque como que preguntaba si yo escuchaba voces –no-. Así como que si yo creía en fantasmas, si escuchaba voces que me hablaban. –no-. Igual yo estaba así como ida y me llenó de pastillas. Me acuerdo que me dio pastillas para dormir y me daban alucinaciones. Entonces era super chistoso porque yo antes de dormir alucinaba como dos horas. Veía gente, veía enanitos blancos (...) estaba empepada, así llena de medicamentos. Después me derivó con esta psicóloga que era super buena. Fue un alivio.” (Bárbara)

“Me medicaron, con el tiempo vi que era más fácil medicar que escuchar no? (...) (al contarle del abuso en la infancia) es como que no se lo esperaba, bueno me preguntó si eso yo en algún momento lo había trabajado en algún tipo de terapia, le dije que no, y me dijo que lo trabaje con la psicóloga, y bueno, pero, o sea, yo con la psicóloga tampoco sentía la confianza como para abrirme de esa manera, como por ahí sí la sentía con él” (Ana)

El uso de antidepresivos y ansiolíticos hacen efectivo un estado de inmutéz, en donde nada pasa, porque no hay reacción y sólo se duerme. Quien no tenía alucinaciones termina teniéndolas en una fórmula donde para sanar hay que enfermar. Termina siendo un procedimiento a través del cual el remedio es el veneno, y entonces, como comentaron varias de ellas en conversaciones, terminan con dobles y triples diagnósticos (Depresión, TEPT, TLP, etc.) diluyéndose en etiquetas la violación y conformándose un lugar psicopatológico de la misma que ya nada tiene que ver con el contexto sociocultural. Su desequilibrio emocional y conductual circunscribe el problema a lo que sucede dentro de ellas, mete la basura dentro de sus cuerpos explicándolo por medio de su diagnóstico.

Otros psiquiatras derivan a terapia psicológica, pero sin que medie un diálogo que incluya percepción de quien va a ser endosada a otra mediadora. Los especialistas tienen conocimiento de las dificultades en abrir el relato, y cuando este se da desestiman todo el esfuerzo, ratificándose que el relato es indeseable. Lo mismo sucede con psicólogos/as en la mayoría de las experiencias. Pasarlas por test de personalidad, es recibido -de nuevo- como la no escucha,

pero también como la sospecha de un discurso inestable, propio de las características de ese ser, el cautiverio de *la loca* que ya revisábamos, se le minimiza como paciente y testimonio de una realidad, que se necesita degradar para basurear ese discurso. La atención es *revisoria* no receptiva, y en esa revisión la persona que funge como intermediaria del manejo de la basura contribuye a la configuración de ese *femenino-agredido* como un vertedero eficiente a quien no le afecte nada, para que pueda seguir operando con *su* basura, porque a ello se suma que si no lo hace se queda en el lugar de *la loca*.

Con esto no queremos decir que no sea conveniente un trabajo terapéutico propio y en solitario, esa tarea es muy importante; lo que se está planteando es que no se puede hacer bajo los esquemas presentados. Sobre ello Josefina Martínez (2014) plantea que como sociedad tenemos el deber de restituir la dignidad que fue pisoteada. Esa restitución se produce a través del reconocimiento de la persona que fue objeto del atropello, del reconocimiento de su condición como persona y de la condición de víctima en que la puso todo un contexto sociocultural.

Nunca es posible compensar totalmente los daños, porque es imposible volver al estado libre de daño. En consecuencia reparar lo irreparable es generar condiciones sociales para representar la experiencia abusiva y resignificarla. Que ahí donde hubo ocultamiento se genere transparencia y modificar aspectos estructurales que dieron lugar al atropello. Y en ese sentido queda claro que enmendar y reparar es un ejercicio que hacen los otros, porque es en términos relacionales, es una tarea de la sociedad en su conjunto, no de quien sufrió el daño, no ese objeto que se asume como averiado y sucio.

SUBVERSIÓN

*Venir de vuelta, abrir la puerta, está resuelta estar alerta
Sacar la voz que estaba muerta y hacerla orquesta.
Caminar seguro, libre sin temor, respirar y sacar la voz
Liberarse de todo el pudor.
Tomar de las riendas, no rendirse al opresor
Caminar erguido, sin temor.
Respirar y sacar la voz*

“Sacar la voz” Ana Tijoux, 2011,

En este capítulo abordaremos el proceso y elaboración de la subversión que realizan nuestras mujeres entrevistadas, en el que vale decir que si bien hay coincidencias, cada una tiene sus propias acciones encontrando por ello matices. En las siguientes páginas daremos cuenta del giro que proyectan sobre lo vivido y para vivir, en función de lo cual hemos procurado seguir su recorrido. Dicho trayecto será presentado a modo de estrategias e hitos que han encontrado hasta el momento y que no deben de pensarse en forma lineal, ni como un método de pasos siempre sucesivos a seguir. A su vez hacemos la salvedad de que las maniobras de subversión tampoco deben entenderse en su totalidad como movimientos posteriores a la censura y basurización, tratados en las páginas anteriores, puesto que en algunos momentos se dan de forma paralela a ellos.

Para efectos de claridad y orden, y porque en la actualidad aún no contamos con otros sistemas de presentación y sentido textual que no sean “uno tras otro”, describiremos la subversión en dos bloques de estrategias donde deconstruyen, destruyen y construyen otros vínculos y categorías para replantearse y resignificar. El primero: Expulsar la basura y librar la censura, donde siguiendo con la metáfora que hemos utilizado en el capítulo anterior, se proponen las primeras claves para la desmantelación de lo que hemos nombrado censura y basurización; y el segundo: Ser y hacer palabra, en el que planteamos que las mujeres violadas construyen un discurso y una crítica política que las dignifica a ellas, a otros cuerpos transgredidos y a toda persona que dimensiona la potencia de sus palabras.

EXPULSAR LA BASURA Y LIBRAR LA CENSURA: de la expropiación a la reapropiación del sentimiento, el habla y el cuerpo

El acto de hablar y expulsar la basura, sucede en diferentes formas y sentidos, no obstante, este expeler se convierte en un acto por medio del cual se posibilita recuperar sentimientos, habla y cuerpo, como ese territorio que fue tomado-abusado, para proponerse un volver a sí.

Básicamente reseñaremos tres momentos-actos en los que de manera simultánea vomitar lo tragado se convierte en la denuncia de que *eso* inculcado y reducido a un solo cuerpo, pertenece y está en un afuera; y entonces ese cuerpo se va liberando para ocuparse de sí.

Legitimación y bandera de la rabia: recuperación del sentimiento como móvil de identidad

Las mujeres refieren protagónico en este proceso de reelaborar significados y significantes alrededor de la violación, a un momento en el que reconocen como medular haber pasado por un episodio de violencia sexual. Al distinguirse desde dicha experiencia pueden configurar el lugar *afectada por la violencia*, sin que equivalga a estar *derrotada* o *estancada*, por el contrario, se encuentra una fuerza y también una fuga.

“Como en un desborde de angustia y sentimientos, de acción también, de decir las cosas (...) era como la identidad... yo era mi abuso sexual (...) para mí yo no era sino en razón a eso y también era una forma de diferenciación con el resto, y de autoafirmación en relación a que yo puedo seguir adelante independiente de lo que me pasó (...) Entonces todo estaba como muy permeado por la experiencia, y esa experiencia se transformaba en una identidad finalmente. Una identidad de afectado” (Abril)

“Yo fui una chica problemática... En la adolescencia seguí siendo una adolescente problemática desde el aspecto de la rebeldía (...) Mi mamá me decía que yo era una rebelde sin causa y yo le decía, -no, yo soy una rebelde con causa” (Ana)

Es importante reconocerse en este primer momento desde el sitio de violentada en pasado y presente, porque se viene de reacciones en donde se les comunicaba que el evento perjudica al entorno más que a ellas y/o que simplemente no pasó nada; negándolas y despojándolas de su vida como experiencia vivida por ellas mismas. Ser *la afectada*, de alguna manera es un comienzo por apropiarse del lugar, desde ahí liberar la rabia y procurar acción que dé cuenta de la experiencia de sí. Esta acción no va a ser necesariamente ni *siempre* sobre la agresión sexual, pero sí con señalamientos de injusticia y violencia⁴⁷ que legitiman sentimientos de ira. Prácticamente todas las mujeres manifiestan que pasar por la rabia es importante.

⁴⁷ Muchas conducen esa identidad participando en distintos colectivos en su adolescencia y más tarde desde otras perspectivas en su adultez.

“Asimilar la rabia, que eso es como hartar de rabia, de inconformidad, de cuestionamiento” (Abril).

“El hecho de poder sentir que era válido odiar, hizo que dejara de pelear conmigo” (Ana)

Darle espacio a la rabia, concede por añadidura expresiones de rechazo e injusticia. En algunos casos cede el paso a dejar ir pensamientos en contra de agresor de forma directa –matarlo, dañarlo, desearle un mal, etc.- o de manera simbólica al entorno que se relaciona con la historia de él.

“Llegué super rabiosa. Recuerdo que en mi pieza de allá (casa de sus padre y madre) habían unas figuritas que eran de mi abuela. Ella me las regaló (...) y me descargué con esas cosas (...) la rabia de no poder contarle. Yo ya quería contarle y por trabas de la familia (...) Las rompí todas (las figuritas), las tiré a la muralla. (Bárbara M.)

Tener licencia para conectarse con ese sentimiento y luego regurgitar, permite advertir y sostener que lo que les sucedió no debe pasarse por alto, que la normalidad no es normal y que están cansadas del daño en cualquiera de sus expresiones. Al identificarse afectada y sentir rabia hay un espejeo que se potencia; si se es la violentada, es legítimo gritar y estar rabiosa, tiene un significado comunicacional, es un mensaje que apunta al agresor, hacia su entorno y hacia ellas mismas. La ira acusa y regaña el papel que fueron obligadas a mantener, y el rol de quienes han permanecido sólo mirando o incluso protegiendo a la familia, pero no a ellas.

Distinguimos una rabia iniciática que permite a las mujeres recuperar lo que, como se señaló en el capítulo anterior, se les negó y censuró en pos del bienestar familiar. Aparece como una primera palabra-acción para recobrar un yo violentado-abusado y luego reprimido. Es un impulso por expresar todo lo que se vive y siente, declarando y denunciando un *No más*.

“Claro, como estaba muy enfadada con el mundo; a los 19 años con la última agresión, mi cuerpo explotó de ira. Entonces decidí que como no me importaba si vivía, si moría (...) como lo peor de lo peor de lo peor del mundo ya me había pasado: entre los padres, la infancia, en fin, toqué como un fondo. Ya no me importaba nada, ni nadie, ni yo misma; empecé a ser iracunda, marcaba los límites gritando. Lo que yo sentía era ley. Ahora lo que yo siento continúa siendo ley, pero lo manifiesto diferente. Necesité esa temporada de ira”. (Vanessa)

Con todo y lo anterior, si bien pasar por la rabia que se suma a dicha identidad es expresado como una fase necesaria, no puede ser eterna; quedarse ahí y moverse siempre desde esa ira, les genera un estado complejo donde es difícil estar consigo mismas, de momento se convierte en una coraza desde la cual se construye una fortaleza para mostrar y demostrarse que no se van a derrumbar, pero es una muralla frágil porque aun son pocos los recursos que la sostienen. Sentir mucha rabia y dejarla salir, no significa que se entienda con exactitud todo lo que en ella hay y cómo hacer algo de la misma. Este tris de rabia iniciática es descompresión y rechazo agitado.

Con esto último no queremos decir ni que la rabia sea negativa en sí misma, ni que pasada dicha etapa las mujeres no la sientan nunca más. Vendrán más adelante otros episodios o instantes donde emerja, pero será una rabia distinta que se direcciona de otra manera; por ejemplo, los casos donde se vive la maternidad y se cuestionan por el respaldo, apoyo y comunicación de sus propias madres, pero es a partir de ello que procuran una relación de confianza con sus hijas.

“Porque como mamá...no podía entender a mi mamá de nuevo, desde otro rol, igual era como culpabilizar también...de su actitud que para mí sigue siendo un poco incomprensible”(Abril).

La rabia que viven de forma posterior, es producto de algo que choca contra su cuerpo y es válido, mas no hacen de la ira su única estrategia, se opta por identificar el rechazo, y se le suma una mirada crítica y un posicionamiento.

Aprender a lidiar con la rabia, conocerla, tratarla, trabajar con ella, vendrá de tener momentos consigo misma, allí donde un entorno ya no disciplina cómo sentirse o comportarse. Identificamos entonces una ruta en la cual se pasa de una rabia contenida y dominada por la censura; a esta iniciática embestida y desatada pero borrosa, para después situarse en una entendida que se mastica y encausa. Esta última, incluso se sumará con otras más; rabias propias y *ajenas* que se asumen de la misma matriz.

Puesta en escena del habla: de la interferencia a la conexión con el sonido de su voz

En la expulsa se re-descubre que se puede hacer contacto con lo que se siente y expresarlo. Es desde ahí cómo vamos a ir constatando que en el sacar, en el salir-se de lo normado, está, muchas veces, un reencuentro con la voz, una conexión consigo, puesto que ésta ha sido truncada. En ese sentido, para hablar de la conexión describiremos a la desconexión como fenómeno instruido en los cuerpos de las mujeres abusadas/violadas. Sobre ello Naomi Wolf señala:

“Si se quiere someter y eliminar a las mujeres y hacerlo de tal modo que no haga falta confinarlas o encerrarlas –de tal modo que *lo hagan ellas por sí solas*, que se eliminen a sí mismas, que pierdan dicha y autonomía (...) lo que tienen que hacer es apuntar a la vagina.” (Wolf, 2013:123)

La autora deja claro que “el objetivo de la violación no es el órgano sexual femenino, sino el cerebro de ese cuerpo” (Wolf, 2013:131). Expone hallazgos del doctor Richmond –neurólogo– sobre una correlación entre problemas de equilibrio y agresiones sexuales⁴⁸. En su revisión narra que los cuerpos que han sido violentados sexualmente no pueden sostenerse ante un empujón y pierden total equilibrio; como si no tuvieran la capacidad de lograr oponer resistencia y equilibrarse. Es hasta que el doctor Richmond da la instrucción de resistir, que sus pacientes logran, ante un empujón de mayor fuerza, mantenerse en pie.

Se habla entonces de una “relación física desproporcionada” (Wolf, 2013:135), una desestabilización-desconexión mente-cuerpo que puede expresarse de distintas maneras y que hay que restablecer. En el texto, Wolf pone atención en las huellas neurológicas, pero es importante destacar que cuando el doctor da la instrucción de resistir, esto tiene impacto en los cuerpos de las mujeres. Entonces, habría un entorno con influencia, que en este caso fue positiva e incluso por la autoridad moral del doctor, aunque también podría ser negativa, influyendo cada vez más en la desconexión, porque además hay un discurso anterior de obediencia en el género femenino.

La misma autora se cuestiona sobre si la intención detrás de la violación es reprogramar a las mujeres para que tengan un “sentido del yo menos estable” (Wolf, 2013:141). Lo que se condice con lo propuesto por Segato (2003) sobre la violación como mecanismo que evidencia la subyugación y el sometimiento de las personas a una estructura jerárquica de género; la violación como una función expresiva. Así pues, la violación no es personal, sino instrumental y sistemática en tanto promueve una dominación masculina hegemónica.

Dicha instrumentación interviene a las mujeres para que no puedan comunicarse consigo mismas, porque los canales están truncados, no en un sentido metafórico⁴⁹, y por supuesto que los estímulos recibidos van alterando esas conexiones. Wolf recalca que “existen cada vez más

⁴⁸ Llegan a consulta mujeres que presentan dichos síntomas y al indagar en sus antecedentes, en todos los casos han pasado por eventos de abuso sexual y/o violación. Véase “*Vagina traumatizada*” En: Vagina, Wolf, 2013.

⁴⁹ “Tal como demuestra el campo de la neuropsicoimmunología, cada vez más extenso, las conexiones entre mente y cuerpo son muy reales” (Wolf, 2013:143)

pruebas, aunque sean preliminares, de que la violación y los traumas sexuales en la infancia pueden efectivamente quedarse en el cuerpo” (2013:144), como huellas, como tapones, como ruido, como agentes que interrumpen el lazo con una misma. Desde donde lo venimos presentando no se trata sólo del hecho *violación* sino de todo lo que lo envuelve a lo largo del tiempo y va generando más interferencia para contactar consigo.

Algunas de nuestras entrevistadas cuentan que en la opinión de las personas fuera del núcleo familiar, no parecería que vivían bajo los *traumas*; tenían una vida normal e incluso destacada en muchos casos, pero había un dolor y una rabia con las que no dialogaban para no estar mal. De momento pareciera haber un equilibrio, pero al cabo de un tiempo notan que les es muy importante hacer contacto con lo que hay por detrás y que sea mediante la palabra.

“Yo era muy racional porque no podía asumir todo el dolor. (...) mi cuerpo me había estado hablando muchos años, pero yo no lo había escuchado activamente porque quería terminar mi carrera, quería tirar adelante. Yo sabía que en el futuro iba a estar orgullosa de mí, entonces hice lo que necesité para continuar sobreviviendo en esa situación. Conectarme a mi corazón ha sido volver a abrir la vía de conexión” (Vanessa)

“Yo me llevaba muy mal con mi mamá. La adolescencia fue un periodo bien oscuro en ese sentido (...)mi mamá, así como –pero por qué tenía tanto odio-... y yo, igual buenas notas... como que todo el mundo encontraba, cuando era adolescente que, -uy que se porta tan bien, y es como tan amable y tan bla bla bla- pero en la casa yo era así como tensa, tampoco era una rebelde sin causa ni iba digamos rompiendo vasos, sino que era más confrontacional y ahí le dije a mi mamá” (Abril)

Practicar la *excelencia* posee una paradoja: Se es muy buena y exitosa fuera de casa, en lo público; y rebelde y rabiosa en lo doméstico-familiar. Se sostiene una dinámica dual de desgaste; se recuerda y se grita, pero se olvida y se opera de forma notoria. Con ello no queremos decir que las mujeres que utilizan esta estrategia, sólo saquen buenas notas para olvidar, no, son mujeres muy inteligentes y capaces. Apuntamos a que no se quiere compatibilizar con el trauma, y no se discute con lo que se siente porque no se puede, se instruyen seguir adelante como sea. Entonces cuando decimos *retomar el vínculo*, conectarse; es hacer contacto con eso que se siente, procurar ya no negar ni obviar y poner en escena la voz propia.

Al sacar la voz, habrá episodios donde las mujeres hablan no precisamente de la agresión; dejan en entre dicho una relación con la violencia y desde ahí se plantan. Arrojan las palabras y en ese impulso no sólo se sitúan a ellas mismas, sino que emplazan al entorno. Cuentan diversas situaciones en las que expresarse con seguridad sobre límites de convivencia y vínculo, les otorga fuerza. Van dándose distintos parte aguas en los que se auto-otorgan potencia y confianza, lejos de las instrucciones y señalamientos de censura y basurización.

En ese sentido, una de las estrategias empleada por las mujeres como experiencia concreta para sacar la voz es el caso de Ana. A los 12 años empezó a gustar del rap, encontró ahí un espacio para escribir canciones, tonadas que a los 14 años fueron tornándose agresivas y críticas con el sistema social. De eso siguió la pintura como un canal para revelarse contra estereotipos de cuerpo, para posteriormente comenzar a participar en marchas estudiantiles con diversas banderas. Este caso-ejemplo es relevante porque sacar la voz tiene amplios sentidos y viene de un recorrido largo y constante de búsqueda múltiple en función de una reapropiación de su cuerpo y deseo de expresar. Es el indicio de hacer lo personal político.

Esto permite que Ana, después de un tiempo pueda enfrentarse al agresor, situación que denomina “le enseñé que era alfa”. Su hermano, que ya no vivía en la misma casa que ella, fue de visita y comenzó a gritar. *“Salí. Le dije que yo estaba estudiando lo más tranquila como para que viniese cualquiera a gritar en mi casa, -eh pendeja, pero yo no soy cualquiera-, -sí vos sos cualquiera- y entonces en un momento le dije a mi mamá –mira mamá, eh, o se va él o me voy yo-, -pero y ¿a dónde te vas a ir?-, -a donde el papi me voy a ir-. Entonces ahí mi mamá se dio cuenta de que iba en serio, de que los dos en el mismo techo no podíamos estar y que iba a tener que elegir. Dijo –andate Pablo-, -no, pero no vas a hacerle caso a una pendeja-, -andate por favor Pablo-. Hizo que se fuera. (...)A partir de ese día nunca más me volvió a levantar la voz y cuando él iba a mi casa y estaba yo, ni siquiera la gritaba a mi mamá”* (Ana)

Esta experiencia da cuenta de cómo ella cambia su posicionamiento, desde el nominativo que ella le pone “ser alfa”; se desplaza y piensa no como una subordinada, abusada por su hermano, a como hermana menor, sino como una mujer que respeta sus propios límites y los defiende a cuenta, en este caso-pretecto, de su tranquilidad para estudiar, pero cristaliza un alto que ya no tiene retorno, conjurándose un hito que marcará un antes y un después, y que además enuncia al agresor como un *cualquiera* que ya no tiene relevancia, jerarquía, ni poder. Ahora ella despliega el poder desde su palabra para detener *cualquier* expresión de dominio por parte del agresor. Es

quitarse la censura y desalojar su lugar de receptáculo pasivo de ataques, es afirmarse en sí misma. Tal como en el relato de Ana, constatamos en varios casos que se condiciona a la madre a que tome partido, que se involucre, aunque sea esa única ocasión. Esto permite conquistar con su voz un terreno que nunca se tuvo y que da, por primera vez, después de muchos años, *una* seguridad de *vivir* en esa casa, en ese espacio donde se fue agredida e ignorada. Al mismo tiempo le quita seguridad al abusor, quien va a insistir en *no ser cualquiera e ignorar a una pendeja*, para rebajarla y reposicionarse en el lugar que como masculino está acostumbrado a tener⁵⁰.

Cuando se comienza a nombrar la agresión sexual de manera explícita, comentan que estos primeros intentos conllevan una carga que requiere de un espacio donde se sienta seguridad. Por mucho tiempo contar *su secreto y el de la familia* significa un acto de máxima confianza que sólo puede depositarse en quien es considerado su mejor amigo/a. Con el tiempo van diferenciado las respuestas que reciben:

“Y me acuerdo que le pregunté por qué no me había puesto la carita de pena a la que uno está acostumbrada po, y me dijo –porque te conozco y sé que no eres víctima de nadie...más encima me lo estás contando, entonces por qué te iba a poner cara de pena-. Y yo así como:;;tú eres el amigo para toda la vida de verdad!! jajaja” (Joselin)

Ese relato va saliendo poco a poco y de forma fragmentada, se está hilando esa parte de la historia y se va tentando terreno; en él, se distingue que el despliegue del tema va teniendo otras acepciones que van en ventaja o detrimento de conectarse consigo para sacar la voz. Aquí es relevante notar que a pesar de haber asimilado que se trata de un secreto, se quiere romper la secrecía. Para nuestro planteamiento ello se relaciona con que sacar ese relato rompe el estado de las cosas hasta ese momento, y en esa medida está la posibilidad de conectarse consigo y ya no con la normalidad impuesta.

“Ese momento de la exposición o de la autoexposición es como la forma de asumirse en la historia también, como dejar de normalizarlo, dejar de ponerse esas corazas como del olvido, desactivar el dispositivo del olvido y articular una forma de comprender tu propia verdad mediante la verbalización”. (Abril)

⁵⁰ En tres casos el agresor pide perdón. En dos trata de reparar el daño yendo y pagando por terapia para el núcleo familiar. Al día de hoy sólo uno fue consistente con su arrepentimiento y sigue formando parte de la familia.

Esos primeros momentos vienen acompañados de determinaciones para actuar en contra de la censura e iniciar un proceso por ponerse en escena al contar-(se) su propia historia. Contarle a alguien fuera del núcleo familiar, desde un relato nuevo conlleva asumir-(se) en una historia y hacerla propia. Entreabrirse no es siempre con el propósito de develarse frente a esa persona, sino frente a sí misma para reencontrarse e ir desmantelando lo que interfería con la conexión de su voz.

Reapropiación del cuerpo: Desintoxicarse del discurso dominante para mirarse

Como revisamos en el capítulo anterior, la violación, acompañada del andamiaje que la sostiene, tuvo como una de sus consecuencias que muchas de las entrevistadas sintieran asco de sí, alejándolas de su cuerpo y la preocupación de cuidados -más allá de la estética-. Incluso en algunos casos la toxina llega a ser de tal magnitud que desconectan su percepción sobre sí mismas al punto en que no logra reconocerse. Para nosotras la insistente negación, prohibición y expropiación de sentimientos, voz y cuerpo a la que se ven enfrentadas, es responsable de estos impactos.

“He tenido una disociación de mí misma muy bestia. Por ejemplo yo me arreglaba mucho, me maquillaba, cuidaba mucho mi imagen...me fui al otro extremo. No me reconocía en las fotos. Ha pasado muchos años (...) y eso que he recibido mucha ayuda, me lo he trabajado mucho; pero aún me veo en alguna foto de los 19 hacia atrás y a veces me tienen que decir –ésta eres tú- no me reconozco. Es como una secuela que se me ha quedado. No me reconozco en las fotos”.
(Vanessa)

Legitimados los sentimientos y exhibida la voz, observamos que la metáfora de la basura tiene efectos al entrar pero también al salir del cuerpo. En varias experiencias se dejan ver signos de cómo el cuerpo que antes se ocupaba cual vertedero y se vivía como tal -inadecuado y feo-, ahora en la expulsa, devela otra imagen de sí, una desde la que se puede decir *“Estoy bien conmigo, estoy bien con mi cuerpo”* (Sara). La reapropiación del cuerpo se presenta cual estrategia para volver al mismo como materialidad de cuidado y belleza.

Es sabido y documentado por varias investigaciones, que la relación cuerpo-mujer es *per se* compleja dados los cánones y mandatos que imperan en la construcción de lo femenino. La imposición de estándares de belleza para que sólo se pueda mirar y querer un cuerpo estereotipo, genera desvinculación de la propia piel en busca del ideal, rompiendo el nexo a fin de que no

hablemos desde nosotras como referente de lo que queremos, sino que repliquemos la obligación que es sometimiento⁵¹. Por ende, cuando hablamos de cuerpo y de la reconquista de éste en nuestras participantes, debemos pensarle también sujeto a esos imperativos.

Lorena dice haberse *dejado estar* por un tiempo; a veces se miraba al espejo y se tenía asco, pero conforme sacó la voz comenzó un cambio. “*Como que me empecé a sentir querida, a mirarme - Pucha si me arreglo las pestañas me veo bonita- Entonces empecé a pintarme*”. (Lorena, 50)

Después de que Ana había aumentado de peso drásticamente por el tratamiento farmacológico para la depresión, inició una etapa diferente. “*Baje y me estaba yendo bien en todos los exámenes, estaba trabajando además. Me miré al espejo me gustó lo que vi. Fui a un congreso.*” (Ana)

Muchas mujeres comienzan a arreglarse, verse y reconocerse a ellas mismas; su rostro, su silueta, su preciosidad. Entiéndase no como un *make over* estético y superficial, sino como el paso de estar distanciada y rechazar al cuerpo, a volver a él, desintoxicarlo y quererlo.

Hay prácticas y logros que van acompañando el cambio y la mirada de sí. Por eso es importante recalcar; no estamos queriendo decir que el giro surja y se refleje necesaria, primordial e invariablemente en el cambio de imagen cual *perfeccionamiento físico*, como una necesidad de mejorar; sino que la voz, ese tener enunciación, es a su vez reencontrarse con lo propio, reconectarse con el cuerpo como alegoría y realidad de sí, desechando lo que contaminaba ese vínculo. Tenemos claro, parafraseando a Walter, que hay una diferencia entre el disfrute de la cosmética y la moda, y creer que es el camino exclusivo para que una mujer conquiste poder y seguridad (2010:87). Lo que buscamos inscribir es que cuando se saca la basura y fluye lo propio, se rescata el enlace, cambia la relación con la propia piel, se le vuelve a mirar y se le tiene en cuenta de una manera incluso más amorosa. Se encuentra belleza ahí donde alguna vez se encontró asco.

Tal como hubo una expropiación de odio, de la voz y de la mirada sobre el cuerpo, luego hay una lucha por recuperar el sentimiento: *rabia iniciática*, el habla: *voz escénica* y la propia mirada *cuerpo-bello*. Son diferentes niveles de reapropiación de lo tan negado-basurado dentro de todo

⁵¹ Incluso se nos engaña diciéndonos que ser protagonistas y aceptarnos a nosotras mismas, comienza por conseguir que nuestro cuerpo alcance la meta. Se transforma, como diría Obach (2009) la sensación de impotencia en un sentimiento de poder para que vayamos en busca del mandato. Si esto ya es una condición generalizada para los cuerpos de la pluralidad de mujeres, habrá que sumarle lo que pasan las protagonistas de nuestro estudio en la desconexión con su cuerpo.

un proceso de limpieza y ordenamiento para reestablecer el *yo* y sus vínculos. Con esos territorios rescatados se sigue trabajando.

SER Y HACER PALABRA: pacto por el espacio *autobiográfico* para caminar

En este apartado se describirán 6 procesos-estrategias desde las cuales se camina hacia *ser* y *hacer palabra*. Para acentuar los seis momentos que mostraremos a continuación, es importante dar mención a que la voz-palabra no se refiere exclusivamente a la articulación de sonido, sino a toda acción que envuelve en sí comunicar y develar existencia.

Retomamos para ello a Hannah Arendt, y la lectura que propone Julia Kristeva (2003) sobre cómo la acción es la que permite dejar de ser un qué y revelar un quién. El *quien* por tanto se presenta como acción y palabra con otros -en la pluralidad- y se opone a todo intento de reificación u objetivación, revelando al mismo tiempo la imagen propia de un *sí misma* hasta ese momento oculta.

Incorporar: Elegir a quien contar y cómo montar la narrativa para que sea parte de la vida, pero no la vida.

En las conversaciones con las participantes, es común escuchar que identifican dos grandes momentos. El primero se encuentra dividido entre la censura, basurización y expulsión que hemos descrito anteriormente, y el segundo inicia con una fase que es nombrada –generalmente- por ellas: *Incorporar*. Aquí, los territorios reapropiados se convierten en herramientas con las que van logrando decidir qué y cómo ir inscribiendo el suceso de la violación a sus vidas.

“Yo después el tema ya lo hice parte de (...) empecé a hablarlo harto, lo empecé a incorporar, como que era parte de mi historia. Todo lo que había influido en mí” (Bárbara M.)

Se arma un relato con orden y estructura que permite retroalimentación en cada narración, cual si la voz se alimentase de sí misma. No es como en un momento anterior en que se contaban fragmentos en un acto secreto de máxima confianza, incluso, en los relatos se deja ver que la concepción de *confianza* cambia, o más bien se traslada. Pasa de estar en la familia, quienes utilizan la confianza como mecanismo de censura –chantaje-: *confiamos en que no lo cuentes*; a estar en ellas mismas, confían en que pueden contarlo. Citamos el ejemplo de Joselín.

En uno de sus ramos de la universidad hicieron un genograma⁵² y cada estudiante debía presentarlo frente al curso. Llegado su turno comenzaron a cuestionarla sobre el desorden de su ejercicio. Ahí decidió contarles. *“Me sorprendió mucho la reacción de mis compañeros hombres, como de rabia; como esa impotencia de saber que hay gente así que está suelta, o que no ha recibido un castigo (...) Y me sorprendió también como la mirada de todos, como que no estaban viendo a una mujer débil al frente, sino a una mujer fuerte que era capaz de contar sus cosas, aunque estuviera llorando, porque yo me rajé llorando, pero ninguno me puso cara de compasión. Y yo a pesar que estaba llorando, porque era la primera vez que lo hablaba frente a un grupo grande de desconocidos, por dentro igual me sentía bien, porque esa era la reacción que más me acomodó, la que más me acomoda. Entonces dije: ya, no estoy mal. Si estos 15 desconocidos piensan igual que yo, que no tenemos por qué ser víctima, entonces no estoy mal”*. (Joselin)

Presentar en lo público, detrás de un *retrato de familia*, sin cargar con culpa, vergüenza, menosprecio o traición, es una metáfora que rompe mascaradas: la familia no es ni perfecta, ni segura. Ayuda a fracturar la falsa representación en que se sostiene la secrecía, parafraseando a Arendt, que lo inapropiado se convierte automáticamente en asunto privado. Cuando sale la palabra *abuso sexual* o *violación* a un mundo común, ese espacio en donde cada una de las personas que escucha y tiene una posición diferente (Arendt, 2001), reconocen una fortaleza en quien aparece con su palabra y parecen entender la dimensión de la violencia que pasó y pasa por esa niña-mujer, sin secundar el pacto de impunidad familiar como única alternativa para reestablecer una normalidad y vivir en ella, eso se torna en una experiencia capital.

En sus narraciones, las mujeres suelen destacar reacciones en donde quienes las escuchan no las colocan inmediatamente en el orden categórico: *agredida/pasiva/desamparada* vs *agresor/activo/amparado*. Esto es clave, porque se convierte en un factor que propicia el enunciar categóricamente la violación en su vida y que ésta se convierta – o no- en un debate interno. Algunas comentan que por un lado no se quieren conformar con el ocultamiento, pero por otro no quieren ser reconocidas desde la agresión sexual como única referencia ya que mucha gente sólo sabe leerla desde ese orden de categorías simbólicas.

⁵² El genograma es una representación gráfica de información básica sobre tres generaciones de una familia. Advierte sobre la estructura, demografía y relaciones entre los miembros, para en una primera vista realizar hipótesis sobre el problema y el contexto familiar, así como su evolución y relación con el ciclo vital.

“No me quiero callar, pero soy sujeto, pero cómo me construyo como sujeto si hay una parte de mi vida que aborrezco o por lo menos quiero sacar de alguna forma (...) Es un trabajo pesado empezar a reconstruirte desde eso, porque igual uno siente pudor al contar el tema (...) y hay un peligro en ir incorporando el evento a tu identidad a partir de los demás, de sus ojos para mirarte como alguien que pasó por esa situación” (Bárbara S.)

Las personas con las que prefieren evitar detalles o el tema mismo, suelen ser: o muy cercanas, donde ellas no sepan cómo mediar el dolor de ese otro/a, o personas que pueden, potencialmente, llevar el tema con lástima. Hay reacciones con las cuales a veces no quieren lidiar; y sobre todo se reusan a ser miradas en esa relación de sujetos-sujetados cuya identidad total es llenada por la categoría *violada-desamparada*, así entendida por el discurso masculino dominante.

“A tu entorno sientes que hay algunas cosas que les puedes decir y otras no” (Vanessa, 34).

“No es algo que puedas hablar abiertamente (...) porque en ese momento tú te convertirías en la pobrecita. Y nos van a tratar como no queremos ser tratadas” (Ana)

“Dentro de mi intimidad yo también me voy construyendo, y a mí no me identifica ser violada o abusada como forma de compasión, yo no soy esa categoría” (Bárbara S.)

Para varias de las mujeres poder hablar del tema hoy no implica que tenga que ser su carta de presentación con toda la gente al intercambiar una conversación. Se quiere tener un espacio propio respecto al tema, uno donde poner las capas que se estiman necesarias para cada momento. En ese sentido se puede advertir que para incorporar el evento de agresión es fundamental sentirse con la confianza de elegir, más que hablarlo con profundidad y detalle, simplemente nombrarlo.

Esa elección despliega una acción potente que deshabilita el orden de la estructura dual: agredida/pasiva/desamparada vs agresor/activo/amparado. Más aún cuando observamos que en la reapropiación del habla se produce una reconceptualización de la confianza, pero también del silencio; porque en ese elegir está la facultad del silencio como derecho. No es callar a razón de la censura, no es ocultar; sino, disponer cuando enunciar y cuando no, para evitar desgastarse con respuestas que insisten en la estructura dual, o simplemente para conservar su espacio, haciendo un empleo táctico del silencio. El uso y dirección de su palabra incluye la opción-acción: elegir, sacar y guardar.

“Hay un revestimiento que uno hace del tema y cómo se comprende que claro, va a estar ahí, es imposible como poder desnudarse o poder eliminarlo...Yo creo que hoy día mi filtro es precisamente el con quién hablar, cómo hablar, cómo asumir, cómo también hacerlo parte de una cotidianidad (...) Digamos, tú sabes lo que sientes, tú sabes tus sentimientos, tú sabes cómo llevas esta cuestión y cómo la has llevado siempre y cómo lo quieres llevar, pero también cuando hay otra persona mirando desde afuera” (Abril)

Al comenzar a emprender decisiones sobre quién ser y cómo aparecer, van asumidas en su historia y entonces muchas de ellas quieren ser las leídas protagonistas de sus vidas, no víctimas deshabilitadas para vivir. Se quieren montar en su relato de manera tal que se entienda desde otra lógica. Cambiar la forma de la narración, en una suerte de reconfiguración ante el tema como fenómeno personal, familiar y social.

“Ya paremos de complacer al resto (...) Yo me cansé de ser como 20 personas a la vez (...) me aburrí. Cuando me di cuenta que me sentía tan cansada, dije: esto tiene que parar, no estoy ni ahí...y empecé a ocupar un lema: me los paso a todos por la raja (...) porque todos esperan de ti, pero ellos no dan nada para que tú seas. (...) En la universidad empecé a ver que de verdad me la podía, empecé a tener un rol protagónico en la crianza de mi hija y dije: ya paremos de callar (...) no se la aguanto a nadie” (Bárbara)

“Una vez una tía mía le contó a otra familia. Y a mí me contaron (...) Ahí descubrieron que tengo un genio (...) una porque yo sentía que es una experiencia que me pasó a mí, yo tengo el derecho de querer contárselo a quien yo quiera y no otra persona. Entonces yo decía -por qué tú vienes a contar algo que me pasó a mí, no te pasó a ti. Como sea que yo lo enfrente, de buena o de mala manera, es mi historia y yo la cuento.- Y por último que lo cuenten y no me posicionen así como pobrecita la Josita lo que le pasó, por último...dame protagonismo jajaja” (Joselin)

Antes, el tema lo controlaba por completo un afuera, un entorno familiar, social e incluso terapéutico; ahora, en este incorporar, ellas toman las riendas y escogen cómo, a quién, cuándo y por qué contarlo. Pareciera que hay que hacerse dueña de la categoría *violada* como experiencia, procurando distancia de la mirada sólo sabe apuntar con el discurso de la subsunción. Hay que incorporarla para que nadie lo haga por ellas y para evitar también ser asimiladas como un fragmento a su vez fragmentado.

Lagarde (1997) explica que a las mujeres se les(nos) enseña y aprenden(mos) a fragmentar identidad como en compartimentos (aquí mamá, aquí hija, aquí trabajadora) desde nuestro planteamiento también aquí débil, sumisa, violada. En la capacidad de integrar los fragmentos de identidad que se tienen separados, está la posibilidad de construir autonomía -misma en la que ahondaremos en la siguiente estrategia- “no puede haber autonomía si el yo está fragmentado” (Lagarde, 1997:28); entonces parafraseando a la autora, desde ese inventario de quién se es y qué se vive, se zurcen todos los fragmentos.

“Empiezo a sentir que forma parte de mí, es como no sé, un lunar. Entonces ese lunar, en lugar de pensar en quitármelo porque me va a salir en otro sitio, tengo que: cómo integro ese lunar. Y esto lo voy aprendiendo porque mi cuerpo me ha pegado un par de toques importantes” (Vanessa)

El incorporar que presentamos aquí, sigue después de haber vomitado todo y ahora que está ahí, afuera, se decide. No hay opción entre que haya pasado o no, es un hecho que no se puede ni quiere negar⁵³; pero sobre el que sí se puede elegir es cómo incorporarle. No para que ahora sí haga una digestión, esto nunca le va a hacer bien al cuerpo, de hecho a lo largo de la vida habrán momentos donde la toxina se active de nuevo, pero ya no se somete al repertorio de la censura y basurización. Comienzan procesos de análisis, creatividad y decisión que critican e interpelan ese ordenamiento categórico.

Autonomía: un lugar para sí, sin temor a la orfandad

Sabemos que *decidir* no viene de un solo acto o hito, sino de acumular experiencias para llegar a ese punto en que se toman determinaciones para sí. En los relatos nos encontramos con una condición que propicia lo anterior, un quién que no se supedita-subordina a otra persona. Y enlazamos el supeditar al subordinar porque bajo las lógicas de nuestra estructura de dominación cultural se busca que las mujeres dependan de alguien para dejar un campo de opciones que conllevan un constante círculo de sometimiento. En respuesta a ello, lo que pudimos constatar es que precisamente se da un *yo sola, yo lo hago, ustedes no han sabido cómo ayudarme*.

“Tu entorno no te puede sostener, porque no puede” (Vanessa)

⁵³ Desde lo estamos planteando, la subversión no es el escondite sino la salida de él, por lo tanto se necesita verle, no esconderlo.

Al notarlo, se encuentra o se busca una salida propia. Puede ser circunstancial; es decir que en algún momento se quedaron solas y desde ahí aprovecharon y articularon movimiento, o que definitivamente determinaron ir solas. Algo que comienza como una medida de momento práctica, se convierte en una estratégica.

Ahora, esta soledad no debe ser mal entendida. Regularmente se piensa que las mujeres que pasan por agresiones sexuales no pueden *superarlas* porque se les deja solas, no hay acompañamiento. Es cierto que casi nadie se abandera con ellas apoyando otro tipo de mensajes que contraataquen la información que reciben de la violación como experiencia; pero entonces lo que vamos a plantear es que ese *se les ha dejado solas* está mal interpretado en dos sentidos que dejan fuera elementos fundamentales. El primero, se parte de la premisa de que nadie en su entorno sabe cómo apoyarlas para que *salgan adelante*, pero no se destaca que lo que hay detrás de ese *nadie sabe*, es más bien que nadie del entorno asume su propia responsabilidad en la reparación del daño y prevención, creyendo que es todo trabajo de la agredida porque es ella quien ahora actúa extraño y está *traumatizada* (o peor: *es su culpa*); y el segundo, es que en ese supuesto espacio que se le concede para que se *repare*, no ha estado efectivamente sola en tanto no existe tal lugar para ella y su experiencia. No se les dio un sitio de respeto, ni la oportunidad de procesarlo ellas mismas, desde sí, sin censuras ni contaminaciones. En términos concretos no las dejaron solas porque hubo voces persistentes; les acosaron, cuestionaron, negaron y violentaron constantemente.

Hay una gran diferencia entre querer que abandonen el tema susurrando la mancilla, y dejar que caminen como ellas sientan que quieren hacerlo. Cuando quisieron hacer-decir no se les dejó; se les bloqueó expropiándoles, como revisamos, de sus sentimientos, su voz y hasta su cuerpo. Cuando se reapropian, entonces son ellas solas quienes van decidiendo replantearse para poder *pasar* y procesar lo propio. Pero determinar la soledad no es un paso ligero.

Marcela Lagarde (2012) señala que a las mujeres se nos enseña -agregaríamos como cualidad de lo femenino- a temer a la soledad porque de esa manera no construimos autonomía. “Desde muy pequeñas y toda la vida se nos ha formado en el sentimiento de orfandad, porque somos profundamente dependientes de los demás” (2012:571). No queremos estar solas porque la soledad es negativa, si nos quedamos solas nos quedamos huérfanas. Lo vimos claramente en el capítulo anterior; se inculca tener miedo de romper-perder a la familia. Según la autora, la cultura confunde para las mujeres, la soledad con la desolación, y al equivaler esta última a una

pérdida irreparable, se percibe como insuperable porque una mujer sola no puede estar, no puede vivir, ni mucho menos ser feliz.

La desolación significa que necesitamos de alguien, de lo contrario, estamos perdidas. Así, se construye la esperanza de que alguien nos quite ese sentimiento. Por supuesto bajo la cultura heteronormativa en que vivimos, ese alguien suele ser inequívocamente, un hombre.

Joselin y Karina cuentan cómo sus familias les decían que dejaran atrás el asunto del abuso sexual y que no lo contaran porque su pareja las rechazaría, o nunca podrían estar y tener una pareja. Lo importante por sobre su necesidad de hablar era no perder a ese otro que puede salvarlas.

“Me decían -Karina si sigues enfocada en él, nunca vas a encontrar a otra persona-” (Karina)

Esto también sucede porque a las mujeres se nos convence de que podemos y debemos cuidar de los demás, pero no podemos cuidarnos a nosotras mismas. En esa trampa esperamos que alguien nos salve *“este alguien puede ser: el príncipe azul, un súper héroe o la policía, pensamos y creemos que nuestra seguridad depende de terceras personas ya que nosotras no podemos velar por ella. Pues bien, ya va siendo hora de dejar de creerse inferiores, de dejar que otros se apoderen de nuestra seguridad para tenernos sometidas.”* (Vanessa/Blog⁵⁴)

Una de las fórmulas para supeditar a una mujer es que tema a la soledad y a razón de evitarla, haga lo que sea necesario por mantenerse junto a alguien. La ganancia secundaria de estar junto a otra persona es obtener seguridad y *protección*. Sin embargo esta secuencia lógica de beneficios presenta contradicciones: *Si te quedas sola ¿quién te va cuidar?*, pero al mismo tiempo *estás para cuidar* a la(s) persona(s) a tu lado –familia- o a la que esperas -pareja-.

Es una de las paradojas de lo femenino: pueden y deben cuidar de otros –son para otros-, pero no pueden cuidar de sí mismas –dependen de otros-. En ese mecanismo se comunica que son otras las personas que pueden decidir qué es mejor para ellas, invalidándolas, evitando que tengan un lugar propio y haciendo casi imposible que una mujer pueda ser autónoma, porque no puede estar sola, porque no sabe qué le conviene, porque no sabe *quién* es. Ella sólo es en relación a las personas con las que está o a las que cuida. Esta paradoja se agudiza con las mujeres que han sido violadas porque no pueden cuidar de sí, pero al mismo tiempo se les responsabiliza de no haberse cuidado.

⁵⁴ Véase el blog <http://sakuraonna.obolog.es/luchar-contra-lobo-feroz-1272894>

Para que las mujeres no sepan quienes son y no se den cuenta de que pueden cuidarse y defenderse, se ha configurado a la soledad como un lugar oscuro, triste y desolado, en orfandad y desamor. Afortunadamente las mujeres participantes logran ver el truco que las aleja de ellas y su soledad.

“Sentí que no servía para nada, que era una estúpida... Necesitar de otra persona. Ahora me amo a mi misma. Y desde que empecé, que fue hace dos años, es como que ahí comenzó a cambiar todo para mí. Es como que ya dejaron de ser los demás la prioridad, para ser yo la prioridad. Porque nadie va a hacer por mí las cosas que yo necesito para mí. Tengo una forma distinta de pararme frente al mundo. También venía resolviendo una pregunta que me estaba haciendo hace un tiempo, que era si yo quería a Marcelo (esposo y padre de su hija) o no. Empecé a darme a mí y encontré el amor propio (...) Yo ya no necesitaba del amor de Marcelo, tenía mi propio amor para darme” (Ana)

Esto no quiere decir que lo necesario para vivir el proceso es no tener pareja, que las parejas estorban, y que el amor, en ese sentido relacional, no es necesario; más bien van construyendo otra idea del amor propio y el amor *entre*. Casi todas ellas tienen relaciones de pareja al día de hoy y las disfrutan, y quienes no, disfrutan también. Al mismo tiempo, están atentas de ya no trazar sus propios límites, y cuidan de no caer en la soledad-desolación como trampa de dependencia y subordinación. Encuentran que su propio espacio y amor es importante, necesario y gustan de su propia soledad; esta última entendida no como un estado que exige no relacionarse íntimamente con otro u otra, sino como un estado para intimar consigo. Es una soledad *otra* la que aquí se presenta.

La soledad es definida por Lagarde como “el tiempo, espacio, el estado donde no hay otros que actúan como intermediarios de nosotras mismas” (2012:572). Es ese espacio en que se experimenta sin que participen otras personas mediando, y sin el cual no podemos ejercer derechos autónomos.

En sentido de lo anterior, la autora propone que la autonomía se logra cortando cordones umbilicales⁵⁵. En las experiencias de estas mujeres, se pasó por el ejercicio de cortar en dos sentidos. Por un lado, en términos de supeditar su manera de atravesar por la experiencia al

⁵⁵ La autora lo dirige a “desarrollar la disciplina de no levantar el teléfono cuando se tiene angustia, miedo o una gran alegría porque no se sabe qué hacer con esos sentimientos, porque nos han enseñado que vivir la alegría es contársela a alguien, antes que gozarla. Para las mujeres, el placer existe sólo cuando es compartido.” (2012:572)

entorno que sólo se maneja con los órdenes categóricos binarios y jerárquicos que ya comentamos. Y por otro lado, cortaron relaciones; necesitaron sentir que ellas solas iban a enfrentarse a las dificultades que se les presentaran. En todos los casos han pasado por uno o varios momentos en que fueron decidiendo hacer las cosas solas y resolverlo con los recursos que tuvieran a su alcance, sin más mediadores familiares. Cuando se les pregunta por hitos importantes para irse liberando de la carga de años y lograr incorporar y reconfigurarse en su historia; nombran situaciones tales como abortar, separarse, divorciarse, poner límites a relaciones, asistir a terapia ahora por su propia iniciativa ya sea para tratar la agresión sexual u otros eventos. Dicen que estas vivencias les permitieron revelar que ellas mismas tenían que ser su centro. Lo anterior es de relevarse porque cada una define y construye su autonomía (Lagarde, 1997); son circunstancias diferentes las que mencionan, mas tienen como común denominador una separación, un *corte*.

Bárbara S, expresa satisfecha: *“Yo me separé por violencia intrafamiliar. Él me pegó y yo no admití más. No me permití ser víctima. Me pegó y: te vas. No volvemos”* (Bárbara S.). Su esposo la buscó, le pidió perdón, pero ella estaba resuelta a no volver. Eso le dejó como sensación un *“Uff como: pude!...no me dejé violentar”*. Comenta que otro hito fue su divorcio en papel. Recibió una demanda unilateral por parte de su entonces marido. Esto le generó mucha rabia porque mantenían comunicación para que el padre tuviera contacto con su hija. Nunca le negó verla, ni le exigió dinero o supeditó manutención para que la viera. El hecho de que no le dijera nada y la demandara, le molestó: *“La falta de comunicación me choca. Y le hice una contestación de la demanda y le gané. Y no hice el recurso de la violencia intrafamiliar. Yo recién egresada y él con una vida hecha. Le gané y me sentí victoriosa. Si él hubiera llegado y hubiese dicho -ya, divorciémonos de común acuerdo-, perfecto, pero ir contra mí, no. No le iba a permitir que me hiciera daño bajo ninguna perspectiva. Y mis abogados no me los pagaron mis papás, me los pagué yo, mis padres no tuvieron pito que tocar. Nadie se metió en nada. Yo me manejé sola. Ese proceso de divorcio para mí fue una emancipación de proceso y de producto. Fue maravilloso. Lo hice todo yo, con mi equipo de abogados (...) Soy autosuficiente. Y al final de cuentas, más que reafirmarte con la sociedad te estás reafirmando contigo, colindante con la sociedad”* (Bárbara S.)

Karina, después de peregrinar con su padre, madre y tía por muchas instancias para tratar de hacer algo respecto a su agresión, y recibir respuestas como *déjalo en manos de Dios*, determinó

hacerlo sola. *“Como no se pudo hacer nada con los abogados, yo dije chao, no quiero meter a mis papás, ni a mi tía, no. Yo ya, no sé, estoy grande, tengo que hacer algo por mí.”* (Karina). Y decidió buscar apoyo psicológico en su universidad.

Andy se fue de casa de su madre e interpuso una demanda en relación a la situación de su hermano, un menor que estaba en condiciones peligrosas, viviendo con un agresor sexual. Eso implicó por supuesto un corte con su madre. *“Cuando hice la denuncia yo me puse a leer de todo lo que iba a pasar. Entonces yo ya sabía que mi mamá era una persona que no me iba a apoyar, que claramente no tenía el apoyo de mi familia”* (Andy)

Bárbara M. fue dejando las pastillas por las alucinaciones que le causaban y dejó de ir a la terapia con la psicóloga que no le funcionó. *“yo me di de alta solita. Y de ahí arreglármelas por mí misma”* (Bárbara M.). También determinó no ir más al lugar donde vive el agresor aunque parte de su familia no lo entendiera. *“Agobia la culpa con la familia (...) trabajando con eso de la culpa yo entendí que igual tenía derecho a protegerme. Antes yo aceptaba ir para allá por mi abuela. Y tener que verlo. Después no –yo no tengo porque verlo, no tengo por qué ver a mi abusador”* (Bárbara M.). Eso implicó que Bárbara M. dejara de ver a parte de su familia que aprecia, pero que está cerca de un territorio que por salud y dignidad no quiere volver a pisar.

Abril habla de un momento-espacio en el que pudo reconfigurarse *“reconfiguración: que yo era autónoma, como autónoma en términos feministas incluso, autónoma en el sentido de que ya era sin pareja, sin mamá, sin familia, sin papá, como sola, efectivamente sola con (su hija) y listo, no hacerse más ataos. Como que esa es... fue bueno, super bueno.”* (Abril)

En la soledad el *yo* puede aparecer y logra estar en el centro. Decimos aparecer porque *ser* para sí es constantemente penalizado; a las mujeres se nos ha enseñado que el *yo* no existe y que no puede legitimar la propia experiencia (Lagarde, 2012). En los casos que aquí narramos, había un entorno dando constantes instrucciones; dicen qué pasó, qué pasa y cómo pasar por ello. En los cortes que realizaron nuestras entrevistadas, en ese estar *sin*, estar sola, pudieron ir trabajando arduamente su autonomía, lograr el triunfo de un estado de bienestar lejos de un entorno que hundía al *yo*. Ahí se puede pensar y hacer conexiones, se puede ser crítica, abierta y flexible. Para Lagarde “no hay autonomía sin revolucionar la manera de pensar y el contenido de los pensamientos” (2012:573). Por tanto, ocupar el espacio de la soledad para la nostalgia y la culpa, no funciona porque remite al miedo.

“Si viene el miedo, si viene la rabia, si viene la tristeza yo ya sé de donde viene y lo trabajo”
(Lorena)

Esta soledad, la que propone la autora y experimentaron las mujeres, se trata de pensar “aquí estoy, qué pienso, qué quiero, hacia dónde, cómo, cuándo y por qué” (2012:573). Implica goce y creatividad que finalmente se lleven a la práctica. Es precisamente lo que fueron desplegando las narradoras; hicieron de la soledad un recurso metodológico para iniciar o alcanzar un proceso de autonomía donde emerge un quién. Impidieron que la orfandad les hiciera temer, necesitar y depender. Desde ello se reordenan ya no en segundo plano –el segundo sexo-, sino como prioridad y comienzan desde esta práctica personal a desplazarse para buscar explicaciones a lo que han venido enfrentando.

Búsqueda para dismantlar el orden de victimización: Víctima/pasiva Agresor/activo

Durante este trayecto, todas las mujeres en este estudio se acercaron directa o indirectamente a información que les fue apoyando en sus ejercicios reflexivos. En esas búsquedas-preguntas se hicieron de herramientas y estrategias, y construyeron miradas sobre sus experiencias y las de otras personas que les ayudaron a seguir incorporando y dando el giro. Por eso es muy importante dejar patente que este trabajo de autonomía no es un proceso individualista o egoísta; parte sí de algo muy personal donde se construye crítica y consciencia, pero éstas mujeres no sólo se miran a sí mismas y su inmediatez, levantan la mirada y encuentran perspectiva de lo social. Buscan en diferentes fuentes información sobre abuso sexual de menores y violaciones.

“Me di cuenta que es un tema que está absolutamente bajo el piso. O sea mientras menos sepa la gente, mejor (...) Yo soy muy cuestionadora, busco llegar al centro de todas las cosas, porque aprendí que tú no te puedes pasar películas distintas, sino que uno tiene que hacerse cargo. Y quizás también la edad, uno va adquiriendo una sabiduría, una madurez distinta”. (Sara)

“No me cabía en la cabeza que fuera la única mujer que pensara que no es justo que tengamos que quedarnos calladas porque es normal. No tiene por qué serlo. Empecé a formarme una opinión distinta, pero muy fuera de la familia. Ellos se empezaron a dar cuenta más que nada como por el discurso. De a poco fui cambiando mi modo de enfrentar el tema” (Joselin)

“A mí leer siempre me ha calmado (...) y empecé a ver que era común que nos agredieran, que nos taparan la boca, era común las respuestas de mi entorno (...) me gusta darle vueltas a las cosas” (Vanessa)

En las iniciativas de investigación se está buscando también desestabilizar o destruir el orden que se tenía; se quiere encontrar evidencia para romper esa lógica inexplicable de la normalidad. Los relatos nos hablan de mujeres que persiguen someter a debate la estructura de orden dual que vienen notando y rechazando. El cuestionamiento que va promoviendo el rastreo es parte de una autonomía que, en la medida en que encuentra otras explicaciones, se está desligando de las que conocía, y se construyen argumentos que confirman sospechas y refuerzan la auto-confianza. Con ello se anuncia un cambio de mirada, de discurso y por tanto de posicionamiento para enfrentar el tema.

Bárbara M. buscaba materiales por su cuenta, pero también con el apoyo de su pareja y su madre con quienes compartían textos y links de internet. En esa búsqueda encontró la página de una joven que contaba su experiencia. Destaca esa página porque le gustó encontrar-se con alguien que salía del ocultamiento, daba cifras y además abría un espacio para quienes quisieran expresarse ahí. Bárbara compartió la página con su madre y ésta decidió escribir su testimonio como mamá en el blog.

Nos vamos a detener en esto último para destacar que en el caso de algunas mujeres, se retoma el diálogo sobre el abuso sexual con sus madres, ya de manera constante. Se sienten libres de compartir sus preocupaciones, inquietudes o simplemente soltar la temática sin mayor introducción. Si bien en muchos casos al primer impacto las madres son partícipes en la construcción del vertedero, cuando sus hijas hacen el giro, ellas hacen el suyo recíproco. Encausan sus propios malestares y miedos, y se abren a escuchar a sus hijas. Incluso hay casos en que se vuelven cómplices de sus búsquedas.

Algunas logran que sus madres asuman su responsabilidad en la reparación y consolidan un espacio en el que hasta la fecha hablan abiertamente de lo relacionado al abuso.

“Con mi mamá, de una u otra manera siempre he podido seguir hablando del tema, (...) No es algo que lo conversemos cotidianamente, pero sí, si es que yo tengo una inquietud yo le digo de frentón –mamá estoy preocupada porque esto y esto” (Abril)

Recordemos que desde la primera fase se evidencia la solicitud de un alianza con la madre para que se rompa la complicidad-inmunidad/madre-agresor; y en este arduo proceso se logra un

cambio positivo en la relación madre e hija. Se da un desplazamiento de la complicidad para encontrarse con la hija, y ello quiebra en parte el ordenamiento víctima/pasiva - agresor/activo, pues fue la *víctima* quien al moverse logra accionar a la madre antes estática. Porque cabe decir que la escucha y soporte de las madres es un reforzamiento valioso, pero sin la gesta de autonomía de las mujeres al enunciar y perseguir, no habría proceso al cual unirse. Fueron las hijas las que persistieron en mostrar fuerza y quizás su ejemplo es precisamente lo que mueve a sus madres para salir del orden de subordinación que las obliga al pacto masculino-inmunidad. No es sólo un llamado de apoyo lo que hacen las hijas, sino también un abre caminos a un pacto de mujeres porque salieron del lugar que imposibilitaba el establecimiento de alianza entre ellas. Su cambio altera las condiciones y propicia el encuentro.

Al hallar información, se va leyendo lo vivido como un fenómeno que ha forzado las vidas de diversas personas, se encuentran con otras y otros. Sin embargo también se topan con configuraciones que no les hacen tanto sentido y generan más bien una incomodidad respecto a cómo se describe y encuadra a las personas que han vivido esa violencia. Va siendo importante elegir cómo definirse y diferenciarse.

Como ejemplo de lo que van encontrando en el camino para cimentar qué significa no ser una víctima, citamos la experiencia de Bárbara M.

“Con toda la lectura como que incorporé hartito este término de ya no ser una víctima, sino una sobreviviente. Es como traspasar una cerca: No, yo ya no soy víctima soy una sobreviviente-. Es que claro, literalmente la víctima... claramente una tiene esa carga, pero me hizo sentido cuando leí eso de la carrera moral de la gente que ha sufrido abuso. Te queda tan la escoba que uno se aferra a seguir. Uno se apaga y se prende en piloto automático, como para sobrevivir”.

(Bárbara M.)

Bárbara empezó a trabajar con el tema en términos formales-laborales y comenta sus impresiones al asistir a charlas dirigidas a padres y profesores: *“cuando lo explican adelante así como –bueno, las víctimas de abuso tienes estos rasgos-. Es raro porque como que están hablando de uno. Y así: cómo identificarlos- Como si uno fuera un ratoncito de laboratorio. (...) como que tratan de definir la infancia de uno: Estos niños son así, y cuando adultos son asa-. Es raro... así, describiendo y todos tomando apuntes. Era como muy tipo manual. Si bien hay cosas en que uno se identifica, hay otras en que: no, no es tan así-. Por ejemplo tanto que repiten eso*

de los cambios bruscos en los niños, y por ejemplo yo no los tuve. Esto de que: de repente se ponen irritables- Y no, fue como lento, con el tiempo que llegué a ese punto” (Bárbara M.)

Las aproximaciones estereotipadas se acercan a perfiles de personalidad y de victimización que todas las mujeres relatoras rechazan. Encontrarse con información, acercarse a ella y pasarla por la propia experiencia, no significa la total aceptación cual verdad o instrucción. Se incorpora si representa un soporte, y otros datos se cuestionan y se rechazan, pues sustentan el orden categórico de la victimización. Identifican en ciertos lenguajes, mecanismos que las intenten posicionar en lugares de subordinación contra los que han estado luchando.

“Yo soy víctima hasta que comprendo que no lo soy (...) Lo interesante es que si tú no tienes las herramientas, la ayuda... Cuesta trabajo (...) Ahí está el pedir ayuda, pero dónde (...) porque además hay un gran porcentaje que no tiene ni recursos ni una red de soporte. Hay muchas mujeres que tienen ganas, pero se asoman al mundo y qué les ofrece, nada. No tienen más frontera que aguantar, entonces no pueden dejar de ser víctimas. Cuando tienes herramientas y comprensión puedes salir de eso, pero no es de un día para otro; es un trabajo, es un proceso, de comprender, de entrar, de digerir” (Lorena)

“Esa idea social, esa imposibilidad de accionar y que necesita de ayuda desde afuera. O sea, que el Estado, que la familia, que el contexto pueda rescatar a esta que es víctima, porque finalmente no tiene ningún tipo de herramientas.”(Abril)

Con lo anterior no se está proponiendo que la palabra víctima sea inaceptable y que nadie debe asumirse tal; por supuesto que es de relevancia identificar que hay una víctima y reconocer quién ha sufrido daño. Tampoco se está diciendo que quienes no se perciban con herramientas y vayan a buscar ayuda estén en un error y se tiene que hacer un ejercicio siempre solitario; más bien se está develando el hecho de que en nuestro sistema social-cultural también se enseña a ser víctima con un perfil determinado. Un tipo de víctima que nunca puede con lo que le sucede y que por lo mismo depende de la instrucción de un afuera para recuperarse. Estos perfiles de afección van eliminando la posibilidad de asumirse mandante de sí misma y del sistema de atención, más que dependiente.

“Se produce un arquetipo de victimización profunda, porque para las políticas públicas les conviene tener mujeres víctimas. Están diseñadas para generar víctimas. Entonces nos perdemos y todas somos víctimas” (Bárbara S.)

Existe entonces un riesgo en la victimización así configurada, porque ya no sólo se invisibiliza la agresión sexual como un mal social y el trayecto de choque por el que pasan las personas violentadas; además, se nulifican historias como las de nuestras relatoras; son prácticamente anomalías. Nos preguntamos si son historias censuradas porque se trata de mujeres subversivas, mujeres inconformes con el mundo, pero con deseos de ser. Como dijera Amelia Varcárcel, que necesitan “construir la ética del derecho al mal, pues desde el punto de vista del orden establecido, subvertir el orden establecido significa ser malas” (Citada por Lagarde, 1997:33). De facto, son biografías anuladas antes de ser contadas, porque no existe un sistema simbólico de comprensión que las asimile o admita.

Ana plantea que la mayoría de la gente percibe al lugar de víctima de agresión sexual como *“algo de lo que no se puede salir, como que es una sombra de por vida. Pienso que eso está en el imaginario colectivo. Y por otro lado quizás también, no sentir empatía por la otra persona, pero sí lástima. Y la lástima genera reacciones muy paternalistas, y el paternalismo genera dominación de una de las partes. Entonces si la gente toma una conducta paternalista porque es una pobre mujer que ha sido violada, la está subordinando. Y quizás para no pasar por esa subordinación paternalista es que no lo contamos.”* (Ana)

“Estamos en una sociedad conservadora donde al parecer cualquier cosa en torno a la genitalidad es tremendamente vergonzoso. Entonces si tú fuiste o si a ti te tocaron los genitales o te hicieron cosas en contra de tu voluntad al parecer la vergüenza recae en uno. Eso es algo que yo francamente nunca he entendido. Yo creo que a lo mejor por eso es un poco mi distancia de la postura tradicional de la víctima, que a mí no me da vergüenza. (Andy)

Las mujeres que aquí protagonizan trabajan constantemente por alejarse de esos rangos de significación y lo hacen también en su ámbito familiar. Joselín cuenta que recientemente insistió en querer denunciar a pesar de las reacciones familiares *“No porque yo viviera bajo esta visión de pobre víctima abusada, sino que para mí era un tema porque era algo que me había pasado en la vida, a mí. Y si me había pasado por tantos años, no tenía por qué callarlo y es también mi manera de dejar un antecedente para otras”.* (Joselin)

Cada una se muestra como mujer: ni pasiva, ni inútil, ni con lástima, ni con vergüenza. Decir *para mí es importante y no me avergüenza*, es ir marcando una pauta donde no es que el hecho determine la vida, pero la manera en que se enfrenta el hecho sí. En este punto, narrar-se es un acto que no realiza sólo para sí, sino para dar el relato a las demás personas; dejar precedente a otras mujeres, de la palabra como agente ineludible en la práctica de romper con enlaces y binomios que hacen cárceles.

1, 2, 3 por mí y por todas: cómplices de voz y digna rabia

Este giro en su trayecto de vida, se forma con otras voces y palabras cómplices. Los acercamientos a concepciones que no repliquen subordinación y que evidencien los peligros y razones detrás de hacerlo, como son los materiales críticos de género y propiamente feministas, representan un aporte que afina la mirada y la amplía. Al mismo tiempo, el análisis de género y el feminismo toman otras dimensiones en el encuentro con otras experiencias de vida o la relectura de las propias más allá del abuso sexual.

“Encontré el hecho de hacerte cargo, de no incluirte dentro del imaginario de mujer débil, no seguir perpetuándolo. Comencé a empoderarme” (Joselín)

“El feminismo básicamente me ayudó a entender la construcción del patriarcado, ...yo creo que es un proceso de llegar a una consciencia política también, de que esto no está bien, de que hay un sistema opresor que te normaliza” (Andy)

“Descubrí a Rossi Braidotti del feminismo nómada. (...) Y a partir ahí sentí mucho consuelo porque no estaba obligada a odiar a los hombres, que eso es una mala interpretación, ni estaba obligada a dejar de hacer cosas que me gustan como cocinar (...)me dio explicaciones y me dijo que había más mujeres que estaban en mi misma situación, habían tantas que eran capaces de producir libros masivos, con lo cual dejé de sentirme sola. El feminismo me dio compañía en mi soledad (...) Encuentro sosiego, calma, cuando estoy mal, busco feminismo” (Vanessa)

“Vi la situación de la mujer. Nunca había hecho el vínculo, ni lateral ni nada, de que esto me había pasado porque yo también era mujer, porque había una condición de carácter estructural que posibilitaba esto; que no sólo es abuso sino que...yo igual he vivido más situaciones, o sea esa es como la principal, pero tocaciones, violencia en la calles, como en general siempre me pasó algo por lo menos relacionado” (Abril)

“Leer sobre feminismo inevitablemente te explica todos los abusos que tú sufriste durante toda tu vida. Las cosas que por ahí mucho psicólogos no entienden, te las explica el feminismo (...) Hasta que bueno fui a un congreso, y una psicóloga feminista explicó lo que yo ya pensaba, que las mujeres enfermamos de depresión o somos diagnosticadas por todos los abusos que pasamos por ser mujeres, por parte del sistema. Y entonces eso también me ayudó mucho a reelaborar mi vida, toda, no sólo el suceso de la violación, sino todo” (Ana)

Se va encontrando palabra y el valor de esas palabras muestra que hay cómo mentar realidades en un contexto que ya es problema colectivo y por tanto estructural del cual se pueden observar cimientos. Adquirir un conocimiento entre mujeres que denuncian y se alejan de la posición víctima/subordinada puede ser fundamental en el desmantelamiento de la culpa; porque ésta se construye socialmente como control, en esa misma dimensión puede ser agotada. Con ello aparece la sororidad; hay otras personas bajo la misma condición y opresión, y están buscando cómo salir de ella. En esa dirección se hace consecuente tomar el conocimiento y difundirlo para que sea colectivo y no individual.

“Antes de que muriera Victoria, yo me daba cuenta de que algo pasaba, pero no sabía qué y no me animaba a preguntarlo. Y ojo, no es algo de lo que yo me arrepiento, porque aunque lo hubiese preguntado no tenía las herramientas necesarias para ayudarla, no tenía el conocimiento que tengo ahora para poder ayudarla. Después el tipo este la mató, y para mí fue...ahí empecé... a reflexionar mucho. Darme cuenta de que también a mí me pudo haber pasado lo mismo. Primero fue meterme con cuestiones de violencia de género, incluso formé en grupo en facebook para difundir información sobre la violencia de género” (Ana)

En esta estrategia de complicidad es clave la empatía con otras formas amplias de violencia. Van siendo muy importantes personas -parejas o amigas/os o desconocidas- que han pasado por situaciones similares, ya sea porque pueden abanderarse juntos/as o porque les permite ir viendo afecciones sociales que tampoco son atendidas, con las que no hay por qué conformarse y maneras de *no conformarse*.

Bárbara M. relata que de niña recuerda haber visto un programa en la televisión sobre el caso de unas niñas que fueron atacadas sexualmente *“Obviamente se entiende que todas hablaban como del dolor, lógico. Pero me acuerdo, me llamó la atención. Había una que claro en alguna parte debió haber llorado pero siempre su postura era como: ya, sí me pasó esto terrible, ultra*

terrible, no se lo doy a nadie, pero yo no voy a dejar que este hombre me cague la vida. Obviamente no me voy a reír de lo que me pasó. Claro, la cuestión te va a afectar para siempre pero no me voy a dormir, a quedar así de brazos cruzados, no” (Bárbara M)

“Mi caso particular de violencia sexual, es el más típico, o sea violencia intrafamiliar, y perpetuado por un hombre heterosexual, o sea en realidad aquí estamos criando violadores (...) enterarme de los casos de los niños abusados por curas, enterarme de la Belén, que es la niña de 11 años que el presidente dice que estaba lista pa ser mamá,... una amiga muy querida, que también vivió violencia en su casa, pero violencia intrafamiliar donde el papá le pegaba a la mamá, y la mamá era bien alcohólica. Entonces conocer otro tipo de familias disfuncionales me ayudó también a entender que existían distintas expresiones de violencia que remitían a distintos niveles de violencia y que una se podía entender más dañina que la otra en un tema de plazos, pero que de todas maneras era violencia. Entonces eso me ayudó a mí a darle un poco de perspectiva a la violencia sexual que yo había tenido, que yo había sufrido” (Andy)

Muta el sentimiento de aquella rabia desbordada que revisamos anteriormente a una especie de una digna rabia; la suma de muchas que tienes distintos rostros y voces. No es una empatía cualquiera, no es ponerse en los zapatos de esa otra persona como si fuera una misma, no es creer que todas experiencias son iguales; es entender cómo se puede sentir imposición, dominio, violencia y actuar por frenarlo en conjunto.

Autocuidado: la primera trinchera de la guerra de guerrillas

Es probable que en razón de la autonomía y la complicidad, la totalidad de las narradoras han buscado la manera de cuidar de sí. Este autocuidado va desde marcar límites y acudir a terapia o actividades que les hagan bien, hasta capacitarse en herramientas o técnicas concretas que les son de apoyo.

Todas expresaran sentirse más cómodas con abordajes terapéuticos que no las asumen pasivas, sino que respetan, favorecen e incluso protegen su rol activo para hacerse cargo de ellas mismas. En el momento de la entrevista Andy, Joselin y Abril asistían a atención psicológica. El psicólogo de Andy es descrito por ella como alguien lúcido. *“Tiene esta reacción de no poder creerlo, que me parece más humana y natural que pedir que escriba mis sentimientos”*. Esta sorpresa que no compadece, y tampoco aparenta absoluto control, le hace sentir más cómoda. Joselin también se expresa positivamente de la forma en que trabajan ella y su psicóloga, y el

acompañamiento que está llevando para iniciar un proceso legal. Abril comenta que la manera en que su psicólogo concibe la terapia *“es mucho más como con respecto al auto conocimiento y poner en tela de juicio esas formas de estructuración, las corazas, las formas de reaccionar y cómo te entiendes tú misma en el medio”*. En los tres casos las y el especialista admite y deja ver un medio con el que ellas interactúan y donde sus formas y necesidades son las relevantes de atender, procurando además reconocer cómo han podido, pueden y podrán cuidar de sí mismas, en un ejercicio claro de co-construcción terapéutica.

En la experiencia de Bárbara S. y Ana, especialistas en neurología son los tratantes con quienes se han sentido más cómodas por su forma de abordar el tema y de trabajar en conjunto. *“Con el neurólogo tengo estrategias concretas, prácticas”* (Bárbara S.). Para Bárbara S. *“el psicólogo te hace dependiente”*. Lo ideal sería en su opinión *“que el psicólogo te diga –mira, tenemos estos nudos críticos en tu vida que necesitamos escudriñar, cómo lo vamos a hacer... bueno, tenemos estas opciones”*. Destaca la necesidad de considerar activa y protagonista. En cuanto a Ana, durante las entrevistas para esta investigación acudió con la neuróloga por problemas en la espalda y en consulta que la doctora detectó y consultó por la posibilidad de un abuso. Ana comenta que la forma en que lo realizó le ha parecido la más adecuada en todo su trayecto.

Terapias alternativas que privilegian su autoconocimiento y las colocan en una posición mandante, se encuentran en los casos de Sara, Lorena y Vanessa, quienes expresan que este tipo de abordajes han representado un gran apoyo, porque les permiten conectarse. Además, las tres se capacitaron en ese tipo de terapias para seguir trabajando. Lorena y Vanessa ya son terapeutas reiki y Sara desea lo mismo.

“Siento que el reiki me fue entregando herramientas maravillosas” (Sara)

“La información es heavy para una persona. Me ha extrañado mucho cómo la medicina alópata trabaja esto (...) La única parte donde yo me he sentido con una voz es aquí (centro de terapia alternativa). Es donde yo puedo decir: yo soy ésta y soy como tú, como tú y como tú. He vivido todo esto, a lo mejor cosas más terribles pero soy una mujer igual: amo, quiero y todo. Y no me des vuelta tu cara, y no me des vuelta tu espalda” (Lorena)

“Considero que uno (atención psicológica) sin el otro (alternativo) está cojo. El reiki complementa” (...) *Cuando hice terapias experiencias volví a sentir mi corazón, volví a sentir*

mi cuerpo. Volvía a sentir que mi cuerpo me había estado hablando muchos años, pero yo no lo había escuchado activamente” (Vanessa)

Fomentar el vínculo consigo mismas, les concede espacio para escucharse y sentirse; para estar con ellas. Un enfoque que las incluye como sujeto, incorpora su voz, su cuerpo y las conecta consigo y otros, yendo de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro, hace sentido por el recorrido del que vienen. No obstante, esto no es exclusivo de terapias alternativas, sino de prácticas que vayan en el sentido de la conciencia, vínculo y respeto a sí y al cuerpo. Buscar la conexión es muy importante, sobre todo para lidiar con aquellos momentos de lucha interna, de reflexión en pro de hacerla palabra y que sea coherente.

“El budo (arte marcial) consigue integrar esa experiencia de mi cuerpo con eso que pienso (...) Yo las luchas las he resuelto: lo que quiero con lo que siento y si hay diálogo interno me pregunto varias cosas: Con esto que he dicho o hecho ¿daño a alguien? ¿Qué es lo peor que me puede pasar si consigo lo que quiero? ¿Puedo llevarlo a cabo?” (Vanessa)

Constatamos que el autocuidado se expresa poniendo límites, porque es lo que permite conservar y defender el territorio del que se reapropiaron. Comienza un ejercicio de congruencia que requiere tener confianza en su posicionamiento crítico y considerar a la soledad no sólo un estado para trabajar su autonomía, sino a veces una condición en donde plantear sus márgenes de acción y tolerancia, las deja *únicas* en su bando de defensa al respeto y la no violencia. Señalan que cuidar los límites que han ido marcando para no transgredirse a ellas mismas, genera reacciones en la gente, con las que también van aprendiendo a luchar.

“Te ven como un ser extraño, entonces tienes que luchar contra eso también. Hay que luchar contra muchas cosas”. (Lorena)

“Con todo el tema de la agresión he aprendido a tener dignidad. Ha sido un camino muy largo y muy duro, pero soy una persona muy digna (...) el problema para los demás es que se los digo con esta seguridad (...) La dignidad debería ser el motor del mundo y creo que a las mujeres no nos inculcan la suficiente. No hay suficientes patrones de dignidad (...) Me han agredido muchas veces y no sabía que me podía defender, eso es dignidad. Lo importante es que se respeten los muros que pones” (Vanessa)

Cuidar de sí es un acto subversivo en tanto rompe con el orden de la estructura: mujer/cuidadora de otros/inhabilitada para cuidarse; y, mujer/víctima/pasiva; porque no permite la transgresión. Hay un cambio en el posicionamiento frente a ellas y al entorno, y éste último *padece* las acciones de quien aparece ahora en autonomía y dignidad. Ese quien es una mujer, que está descuadrándose de su rol esperado de género, de mujer violable, violada y fragmentada que no tiene capacidad de articularse y debe responder a su lugar subordinado. Eso hace del autocuidado, en palabras de las narradoras, una lucha constante.

Necesidad de transformación: ni víctimas, ni heroínas pero sí comprometidas

La inquietud y crítica por que *el mundo cambie* no es algo nuevo y repentino en la vida de muchas de ellas. Hay quienes han sido militantes sobre todo en la etapa universitaria y se han acercado posturas críticas ante el sistema sociopolítico.

Conforme avanza el trayecto de su vida, el compromiso que se asumió en un inicio de su juventud con la transformación de un mundo donde unas personas someten a otras, va cambiando; al ir encontrando complicidades, se nutren o, en varios casos, re-direccionan metodologías, recursos y espacios. Son mujeres subversivas y en ello hay que ver el carácter potente de subvertir incluso lo que ya se asumía *contra sistema*. Porque como lo expresaron en conversaciones algunas de ellas, allí donde *se lucha contra la opresión*, también logran identificar otras censuras *casualmente* sobre las problemáticas que viven las mujeres, los homosexuales, las lesbianas, las indígenas, etc. Una vez que se encontraron con una mirada crítica tratan de traer luz a los actos y símbolos violentos de lo cotidiano, y lo hacen precisamente para poder vivir mejor. Aparece el compromiso que es prioritario, hacer lo personal político.

“Esto es violencia de género, violencia sexual y violencia de estado. Para mí visualizar y politizar todo este aspecto de mi vida, sirve o me es útil en la medida en que haciendo este trabajo puedo paralelamente disfrutar de ir a caminar al bosque y escuchar los pajaritos, porque ese es mi fin último, poder estar en la playa sin acongojarme, (...) No estoy diciendo que vaya a cambiar el mundo, pero estoy diciendo que voy a hacer boche porque a mí me hace ruido y no soy la única” (Andy)

Reconocen en ellas a mujeres fuertes y persistentes, pero no quieren ser vistas como *super mujeres* o *heroínas*, porque ahí también puede haber una trampa que les quite el derecho a esos

días en los que no quieren dar la pelea. No van a pelear la salida de un polo para caer en el otro, quieren libertad y que otras también la sientan, para poder hablarlo.

“No pretendo y no quiero, es muy pesado pensar en ello, ser ya alguien superado, como un semidios, por encima del bien y el mal, no quiero estar” (Vanessa)

“No me interesa que me reconozcan como una persona valiente. Me interesa que se reconozcan en ese espacio que yo abrí. Yo siento que se abren espacios cuando una dice –mira yo viví por tal y tal cuestión-. Entonces de tu experiencia nos sirve tal y tal cosa, y vamos avanzando, creando y conversando con otra gente y así vamos hablando del tema” (Andy)

Los espacios de activismo político o incidencia en la transformación, son diversos entre ellas y sus propias prácticas en los últimos años. Ana, Bárbara M. y Andy mantuvieron y mantienen la temática crítica de género en su formación profesional. Ana ha optado por relevar el tema en antropología jurídica. Bárbara y Andy emprendieron investigaciones respecto al abuso sexual en su licenciatura.

Lo artístico es otra manera de expresar y difundir. Andy se integró a organización feminista y ahora realiza sus propias performance y hace música feminista-lésbica, y Karina realiza instalaciones artísticas y performance. *“Me mantengo pensando, haciendo arte, leyendo... Porque inconscientemente yo por el arte me sano, me escapo. Por algo soy artista, siempre lo voy a hacer.”* (Karina). Por estas puestas en escena ha sido llamada *feminista* y muchas mujeres de otros países se han comunicado con ella. Karina no se autodenomina feminista, pero sí manifiesta que necesita expresar temas que tienen tabú sobre el cuerpo de las mujeres, como su obra más conocida sobre la sangre menstrual.

Bárbara S. y Abril se avocaron a temas de vulnerabilidad y violencia en la infancia. No precisamente enfocado en lo sexual. Posteriormente, Abril gestó junto con otras mujeres un espacio de acción feminista y en paralelo hace intervenciones académicas en ese sentido.

Bárbara M. trabajó con el tema y fue encontrando redes de canalización para apoyar a personas que también habían pasado por la experiencia y le solicitaban orientación. Vanessa ha trabajado muchos años brindando atención psicológica a mujeres que han experimentado violencia. Al día

de hoy ha gestionado, también junto a otras mujeres, dos asociaciones para atender violencia sexual y de género⁵⁶. Y Lorena y Sara quieren apoyar a mujeres con terapia alternativa.

Para todas ellas la necesidad transformar el orden de las cosas está sobre todo en la rutina en el día a día. La trinchera personal es crucial, porque identifican claramente cuáles son los lugares que las aprisionan. En diferentes momentos de las narraciones todas manifestaron que inciden en los discursos sobre las mujeres para que se les trate a todas con respeto, sin objetivación y sobre todo sin subestimación. Actúan para y por cambiar el discurso de convivencia dominante.

“Cuando yo intento explicárselo a alguien me dice -es que tú eres muy exigente-. Pues sí, no entiendo por qué yo he de bajar el listón, si yo no lo hago ¿por qué tengo que aceptar que me lo hagan no? Claro, cuando empiezas a razonar con los demás te dicen -ah bueno, claro-. Pero tienes que ser lo suficientemente valiente, consciente y fuerte para decirle al otro -te estás equivocando-” (Vanessa)

“El servir al masculino: yo no soy nana de nadie, no porque nada sea despectivo, sino porque usted puede hacerlo-. Discutir con el abuelo para salir: ¿qué tiene que ver que yo sea mujer?-. Los garabatos lo relacionaban con que era una suelta: yo puedo decir todos los garabatos que se me ocurran y no tiene nada que ver. Y aunque sea una suelta, es decisión mía, porque soy yo, es mi cuerpo y si yo me quiero acostar con 20 tipos...es mío” (Joselín)

Los procesos de subversión que aquí tratamos de presentar son golpes que dislocan de las jerarquías de género e inmovilizan a la violación como ese vehículo que utiliza para subyugar y asegurar un ciclo perpetuo. En ese mismo sentido estuvo movido su interés por participar con su palabra para el presente análisis. Todas ellas expresan que es algo que tiene que hablarse, que es tabú y que no quieren quedarse con los brazos cruzados. No lo plantean como una responsabilidad por haber vivido violencia sexual, ni como una catarsis, sino más bien como una apuesta porque se escuchen sus voces, su palabra, su historia que se niega a un único destino.

“Nosotras que tenemos la experiencia somos las únicas que podemos hablar de esto y hablar de verdad. (...) nosotras podemos dejar alguna enseñanza o alguna alerta (...) Siempre quise gritarlo al mundo. Creo que hay que hacerlo público y no quedarse en silencio”. (Karina)

⁵⁶ <http://stopviolencias.wix.com/stopviolencias>, <http://sakura-onna.webgarden.es/>

“Lo encontré una instancia super interesante para plantearnos desde otra mirada. Encontré un área que no está tan explorada, como el ver a la mujer no desde esta posición de: víctima, pobrecita... Y dije –ya, yo también quiero ser parte de eso, porque si puedo ayudar, voy a decirlo. Dice que a ella le hubiera ayudado “ver el otro lado de la moneda y no ver todo el tiempo que una queda fallada para el resto de su vida porque fue abusada” (Joselin)

Desde donde se plantea el trabajo de varios/as especialistas, el abuso sexual y la violación, remodelan el cuerpo de la mujer para el resto de su vida. Desde donde buscamos plantearlo nosotras ese acto no lo hace solo, es vía el discurso cultural y simbólico previo que tenemos sobre el acto, la reacción del entorno sobre el mismo y el discurso posterior que vamos formando en el trayecto. Por eso es importante cómo lo vamos a configurar como sociedad y como cuerpo que lo vive para poder denunciar e incorporar a nuestras vidas a partir acciones que dismantelen la cárcel de la violación como tragedia y destino vivido o a vivir.

Ana, Andy, Bárbara M, Bárbara S., Joselin, Karina, Lorena, Abril, Sara y Vanessa subvierten la categoría violada. Pero las estrategias de subversión que nos enseñan nuestras narradoras no son sólo para ellas. Su experiencia subversiva se hace palabra para que otras mujeres que también han vivido violencia sexual, puedan encontrar claves para conocer el otro lado. Y, en forma paralela, proponemos que su giro muestra a todos y a todas la necesidad de girar; de romper los paradigmas de la violencia, de la mujer como presa indefensa, de la mujer subordinada y obediente, de la mujer víctima desvalida y dependiente; porque ahí está la trampa que propicia la violación y hace que la agresión sexual se muevan con certezas de acción. Nos están enseñando de qué está hecha la categoría violada y algunas maneras de rebelarse a ella. Están haciendo un camino subversivo con la herramienta negada, la palabra.

CONCLUSIONES: DESPLAZAMIENTO ANALÍTICO-POLÍTICO DEL CARACOL

*Por el camino va Malinche,
paso de polvo y canela
Mira que voy buscando
por el camino a mi corazón
Vengo con mi promesa
buscando ceiba y el caracol*

“Malinche “Lila Downs (2004)

En el presente apartado y final plantearemos nuestras *conclusiones* al mismo tiempo que propondremos un desplazamiento analítico-político de la categoría violada y de la subversión de la misma. Este desplazamiento, del que ya hemos venido dando cuenta, pretende no sólo mover la categoría, sacarla de la sedimentación y dimensión plana en que se ha mantenido, sino también que nosotras y nosotros nos desplazemos para tomar otras palabras y otra posición para mirarla y analizarla.

Hemos traído la metáfora política del caracol con la intención de *trazar* el movimiento o dislocación, ya que su representación y significado histórico y revolucionario ha sido nuestra escuela para revelar una profundidad expresiva y diversa en *la palabra*, y una *materialidad* a la posibilidad de resistencia, organización y transformación⁵⁷. A bien de darle seguimiento a este delineado partiremos del *nudo* de la categoría *violada* para desde ahí urgir una *marcha* que vaya citando lo que se está recuperando con el caracol, y proyectar una perspectiva en espiral con la que pretendemos disputar la tradicional visión lineal y rotunda que se nos suele imponer.

Sedimentación de la categoría violada y la necesidad de movimiento

Cuando algo se sedimenta, se entiende que ha pasado por un proceso que le ha dejado depositado en el fondo; donde va a permanecer a menos que se genere algo que lo altere. Para Marcus (2002) cuando se piensa en violación, inevitablemente se piensa en una mujer violada como si

⁵⁷ Una de las aportaciones del movimiento zapatista que (re) aparece en México en 1994 es el símbolo del caracol, como la *guerra* de la palabra, como resistencia y estrategia de lucha y libertad. El zapatismo nos dota de herramientas como el “mandar obedeciendo” que no se quedó en frases, sino que aportó con realidades: los caracoles. Los caracoles zapatistas son una forma de organización de los municipios autónomos que representan tradición indígena y un proceso de autoorganización social, como resultado de una posición política. (Lascano,2006). “Constituyen una pequeña parte de ese mundo a que aspiramos, hecho de muchos mundos (...) Serán como puertas para entrarse a las comunidades y para que las comunidades salgan; como ventanas para vernos dentro y para que veamos fuera; como bocinas para sacar lejos nuestra palabra y para escuchar la del que lejos ésta. Pero sobre todo para recordarnos que debemos velar y estar pendientes de la cabalidad de los mundos que pueblan el mundo” (EZLN,2003)

fuese inherente a la identidad de mujer, en consecuencia con su violabilidad⁵⁸. De esta manera la categoría violada está sujeta a un fondo, se le da por hecho y se ha convertido en un terreno que se pisa con la certeza de la firmeza que posee. La violación, como idea, es un suelo que se asume, desde el que se parte y al que no se le remueve.

Sharon Marcus a firma que:

“Una política feminista que luche contra la violación no puede existir si no desarrolla un lenguaje sobre la violación, ni, arguyo, sin la comprensión de que la violación es un lenguaje. Lo que funda esos lenguajes no son criterios reales ni objetivos, sino decisiones políticas que excluyen ciertas interpretaciones y puntos de vista y privilegian otros”. (2002:62)

La autora conceptualiza al lenguaje como “una estructura social de significados que permite a las personas experimentarse como sujetos hablantes que actúan y tienen un cuerpo” (2002:66); desde esa base, plantea que existe un guión social de la violación que el violador sigue para hacer de la mujer un blanco. Define a la violación “como una interacción “guionizada” que se lleva a cabo en el lenguaje y puede entenderse en términos de la masculinidad y feminidad convencionales, así como otras desigualdades de género inscritas desde antes de un acontecimiento individual de la violación” (2002:68). Desde este acercamiento, el guión que da pie a la violencia sexual, es un relato que puede ser manipulado y no un *continuum* infinito e ineludible. Es decir que si cambiamos el relato tendríamos incidencia en que no se perpetúe la violación como un destino femenino.

Alterar el guión no sería fácil, no sólo porque el lenguaje del mismo es previo a la violación; sino porque ésta también guioniza, y además, como revisamos, la censura y la basurización hacen un pacto pedagógico. A lo largo de nuestro primer apartado analítico fuimos constatando que en el imaginario social, habitar la categoría violada significa nulidad. El andamiaje de la censura y la basurización hacen una especie de borramiento del *quién* de la niña-mujer/abusada; la prohibición de la palabra para despejar la mancha que evidencia lo indeseable, va eliminando existencia e identidad a partir de mecanismos que operan con lógicas binarias de género en toda

⁵⁸ Esta violabilidad tiene cruces con cualidades de sexo y raza. Marcus argumenta que “el racismo y el sexismo son notorios en la policía y los sistemas legales en los EEUU. (...) en los juicios de violación intra e interracial, las afroamericanas violadas a menudo no obtienen condenas aun cuando existen pruebas clarísimas de violencia; para las mujeres blancas violadas, a su vez, es muy difícil obtener condenas contra violadores blancos. En el porcentaje relativamente menor de casos en que han sido violadas por afroamericanos, las mujeres blancas a menudo obtienen victorias legales (...) estos sesgos fabrican un chivo expiatorio de color” (2002:63). Esta situación se replica con mujeres latinoamericanas migrantes y con mujeres indígenas.

su complejidad de cruces, para generar una *víctima femenina pasiva y culpable*. La categoría *mujer-violada-abusada* del guión está así cristalizada e institucionalizada.

Sin embargo, asumir imposible la tarea y dejar inmóvil a la categoría violada sería hacerle el juego al guión para que siga operando antes y después de la violación con un lenguaje que estatiza acciones y cuerpos en jerarquías de género. En primer lugar se requiere que atendamos a que la institucionalidad de la categoría así configurada, exige su continuidad, como una identidad cerrada que se asegura de excluir lo distinto, las experiencias *raras-otras*; para que no se vean ni hablen los casos que vivieron la violencia, pero no siguen su papel de mujeres *ya violadas*, despojadas y destruidas. Porque si en la lógica que nos rige, una mujer, que es *per se* una subordinada, no quedó aún más sometida con un atentado sexual, eso quizás gatille cuestionamientos acerca de la subordinación y el poder en las mujeres. Sospechamos que por eso ha sido importante que la violación sea lo que ya le pasó a una mujer o lo que le puede pasar con un modelo petrificado de victimización que asegura continuidad ¿Puede entonces desestabilizarse el guión del castigo y/o amenaza de la violación con relatos de mujeres subversivas?

Las mujeres en la subversión no sólo hacen el proceso inverso del borramiento, redibujándose y poniéndose en escena, sino que ya roto el vertedero, hacen una *toma política* de su *yo* como recurso primero, y analizan con qué, cómo, por qué se les quiso borrar y qué se les quiere escribir encima. Nos fuimos encontrando con muchos lugares que las mujeres, por su condición de tales en sus contextos son forzadas a vivir y tratamos de evidenciarles, pero habría que profundizar en cada uno de los forcejeos y los múltiples cruces –raza y clase- que en ellos se dan, en un proyecto futuro. Resultó que romper con la categoría *violada*, conlleva desgarrar a su vez estereotipos de niña-mujer: obediente, hija de familia, casta y pura, calladita te ves más bonita, cuidadora, histérica, lugar del sexo, heterosexual, etc. Despacharon los cautiverios de *la puta*, *la madresposa* y *la loca*, éste último de manera doble: por un lado la etiqueta de *traumada* y por otro lado cuando se les señala de locas por intentar salir del encierro desde un discurso propio y diferente; porque claro que esas son para nuestra cultura las más *locas* de todas, las que hacen de la rabia conciencia, más aún porque en ese movimiento desaparece su cautiverio.

Por tanto *la toma* de su *yo* es una afrenta contra una estructura cotidiana de discursos sobre el sexo y la moralidad, que se vale, sí, de la violación como constructo y acto para mantenerse; pero mucho se ha caído -en los ejercicios teóricos- en sólo mirar ese lugar de sometimiento sin relevar

la posibilidad de agencia, subentendiéndose que es inútil tratar de escapar a él y que por tanto sólo queda mostrarlo para que al menos se reconozca. Me gustaría dejar claro que el trabajo teórico de visibilidad y denuncia ha sido un aporte muy importante y nos da antesala, pero tenemos que seguir y dar un giro; de otra manera es también sedimentación, y es lo que este estudio intenta sacudir.

La subversión de la categoría violada descrita en el segundo capítulo analítico, es desde nuestro planteamiento, precisamente lo que da cuenta de la posibilidad de sacar a la categoría de debajo, donde ya se encuentra quieta y estancada; para removerla, vaciarla y llenarla de otro contenido, un contenido que aporte a terminar con la condena.

Cuando nos preguntamos ¿cómo subvierten la categoría violada las mujeres que experimentaron violencia sexual? quizás se pensó que se preguntaba exclusivamente por cómo lo hacían ellas para su propia experiencia, pero notemos que la subvirtieron por y para todas y todos. Movieron la categoría como se la conoce, la dieron vuelta; incluso nos mostraron cómo se ancla con otras y que es desde éstas que se dificulta aún más la salida, y, nos dotaron también de cuestionamientos, claves y estrategias. Son los relatos de nuestras participantes los que tienen la potencia para destruir los papeles y guiones, ya no sólo para que las mujeres se rebelen a ser víctimas de por vida de un atentado contra su propiedad sexual, sino para que lo femenino no sea blanco de violación, ni la violación sea feminizante. Para que las mujeres no sean objeto de dominación y sometimiento, y los hombres no tengan que demostrar su virilidad en actos de violencia; para que el sexo no sea lugar de poder, violencia y humillación, sino de placer y el placer no tenga más dueño que una/o misma/o; para que los psiquiatras, psicólogos y terapeutas no consagren la violencia como intermediarios; para que la reparación social no requiera identificar *destrucción* y ahí donde una mujer no *quedó dañada*, porque no sienta *vergüenza*, no se asuma que no hay nada que reparar; y para que las personas se admitan mandantes y autónomas para frenar, denunciar, ayudarse y pedir el tipo de ayuda que requieran –no reducido a la violación sino a cualquier acto que les violente y atente contra su dignidad-.

Son mujeres que (se) subvierten y en ese acto hablan: ¡Basta de violencia, basta obedecer, basta de jerarquías en los cuerpos. No las vivamos...vivámonos libres! Movamos entonces la categoría, agitemos el vaso; libremos el peligro de la historia única que crea estereotipos⁵⁹, contemos historias *otras*, relatemos cómo se salieron del guión y cómo su movimiento nos invita

⁵⁹ Que tal vez, sólo tal vez tengan una parte cierta, mas son un único ángulo de toda la imagen.

a desplazarlas, a escucharlas desde otro lugar, y a desplazarnos nosotras/os también. Es en ese sentido que queremos presentar una forma gráfica y simbólica de hacerlo.

La palabra que aparece en el caracol y la caracola que aparece con la palabra: rescate y posicionamiento para representar el desplazamiento

Vamos a entrar a la parte del estudio que tiene vida propia y se rebela cuando la quiero acomodar porque obedece a otras formas de ordenar la transmisión de la palabra. Estarán presentes esas voces que son más bien traducciones y acercamientos de mundos que a veces creemos que no nos hablan, pero nos han estado regalando su palabra y les hemos aprendido. Me paro aquí desde de palabra náhuatl⁶⁰, los nahuatlismos⁶¹ e influencia de sabidurías que formaron y forman parte de mi socialización, que están en cómo miro y decido mirar. Les traigo porque sólo desde su palabra puedo mostrar *la palabra-caracola* que por supuesto es una aproximación en términos simbólicos; hago un pirateo de su representación y significados para plasmar una propuesta interpretativa intervenida por esos conocimientos -no hay un estricto rigor lingüístico-. Me parece además una *casualidad* muy propicia que sólo desde esos marcos pueda acercarme, porque ya si vamos a *proponer un desplazamiento político*, hagámoslo bien desplazado y bien político. Resultará también un guiño por la descolonialidad del conocimiento, apoyándome de la escuela de Sylvia Marcos (2011).

Hay símbolos que de tiempos atrás se plasman para comunicar y se leen en códigos. Hoy se guardan en textos, bordados de mujeres indígenas, paredes, objetos y expresiones artísticas, pero también flotan en la atmósfera de mi país –México-. Hasta nuestros días, el caracol simboliza la

⁶⁰ Como mujer mexicana, desde las coordenadas geográficas que me posicionan es un gesto también es político. Parafraseando a Sylvia Marcos, en México los movimientos tienen características sociales propias de ser un país cuyas culturas indígenas fueron invadidas y dominadas, y a lo largo de la historia se ha buscado la manera de integrar un origen de doble herencia (2011:9). Aunado a ello crecí con el movimiento zapatista, abajo y a la izquierda como referente y escuela. Y, como propone Marcos, me he dejado enseñar por raíces filosóficas ancestrales para reconceptualizar y resignificar términos feministas.

Y, aunque como dice la misma autora, otras *lenguas* indígenas también tienen las cualidades a las que vamos a recurrir, nombramos al náhuatl porque son numerosos los lugares en México y América Central donde hasta el presente se habla alguna variedad del náhuatl. “*En el Altiplano Central de México, un desarrollo cultural de gentes de las que consta por diversos testimonios que hablaban náhuatl o alguna variante antigua de dicha lengua. Siendo creadores de instituciones sociales, políticas, religiosas y económicas con características bien definidas, y al haber erigido centros urbanos con templos y otros monumentos con un estilo propio y debiéndose a ellos numerosas producciones históricas y literarias, se les reconoce como poseedores de una cultura que, en razón de su lengua, ha recibido el nombre de náhuatl*” (León-Portilla, 2011:22) Año 2011, Vol. 19, Número 109 (mayo-jun.). Dedicado a: Los nahuas, cultura viva

⁶¹ Fenómeno lingüístico relativo a la influencia sustratal de náhuatl en el español de México.

palabra, una palabra Tlahtolli⁶² que representa la máxima expresión de comunicación y que alude aquello que fluye como voz y pensamiento. Una palabra que al ser un caracol es movimiento, y en ese sentido es acto.



Ilustración 1: En esta imagen se aprecia a Malintzin –también conocida como doña Marina– fungiendo como intérprete durante el primer encuentro de Cortés⁶³ y Motecuhzoma II. Códice Florentino, lib. XII, f. 26r.



Ilustración 2: Desde la azotea, Malintzin exige a los mexicas que traigan comida para los españoles; las volutas de la palabra salen de su boca y parece tratar de persuadir con los ademanes de sus brazos. Códice Florentino, libro XII

La propuesta es mirar así la voz de las narradoras; una que salió para aparecer y para que fluya quiénes son y lo que piensan, una que no puede ser censurada, ni tirada, porque se ve, tiene

⁶² Tlahtolli, “término que significa ‘palabra’ o ‘palabras’, ‘discurso’, ‘relación’”, Véase p.28 <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn16/245.pdf>

⁶³ Cortés era llamado “Malinche” por los indígenas, lo que significa “el dueño de Malintzin”.

fuerza y es necesaria. En función de resaltar aquello cito las imágenes (ilustración 1 y 2) – del Códice Florentino⁶⁴– donde observamos a la Malinche, una mujer nahua que apareció como sujeto en los relatos históricos de la conquista española en México, porque habló. Tenía y tiene desde entonces el poder de la palabra, y se hace necesario un brevísimo antecedente de quién es. De origen social noble, al fallecer su padre, su madre vuelve a casarse y tiene un hijo heredero. *Mallinalli* se vuelve incómoda para la madre, quien le finge un funeral y la entrega para que sea vendida como esclava; lo que sucede en varias ocasiones, en diferentes territorios con distintas lenguas que ella aprende. En plena pubertad, es ofrendada junto con otras esclavas a Hernán Cortés, éste las bautiza y pone a disposición de los castellanos. *Doña Marina* o *Malitzin*, fue “violada por los invasores castellanos...de donde probablemente viene el epíteto de la Chingada” (Flores, 2006:123). Al develar sus habilidades lingüísticas y diplomáticas adquirió un rol de importancia; se convirtió en guía y consejera de Cortés, lo que provocó que con el tiempo se hablase de ella como traidora y se acuñara el *malinchismo* como palabra referente a preferir lo extranjero a lo nacional.

Fue una mujer estratega, no marginal; supo, parafraseando a José Antonio Flores, darle un sentido al ultraje que vivió como niña, oprimida, y mujer explotada (2006:130). El dominio de la palabra le dio autoafirmación e independencia en su contexto. En el mundo indígena se le equiparó con una diosa o guerrero *Cihuacoatl* –mujer serpiente-. En los códices ocupa un lugar prominente interpretado así por el tamaño y posición que se le otorga, y porque además lleva la voz cantante: dirige, señala, media, etc. La voz de Malinche ha querido ser callada reduciéndola a intérprete, devora hombres y traidora opuesta al arquetipo de mujer abnegada y piadosa – madre-virgen-. A lo largo de la historia se ha manoseado su imagen para diluirla y descalificarla –como se insiste hacer con las/os indígenas de mi país-, pero hay afortunadamente, quienes en un gesto político y de sororidad han escuchado la palabra de la Malinche y reivindican su voz. Las hijas de la Malinche afirmamos que Malintzin no es lo chingado que encarna lo sumiso y

⁶⁴ Tras la llegada de los españoles, los pueblos considerados salvajes debían ser adoctrinados como súbditos de la corona española a través de la evangelización. Para ello se recurrió, entre otras cosas, a la destrucción de todo: altares, ídolos y documentos, manuscrito-pictográfico, que el Obispo e inquisidor Fray Juan de Zumárraga ordenó. Sin embargo hubo algunos religiosos interesados en conocer el pensamiento y tradiciones indígenas –para combatir mejor la idolatría-, entre ellos Fray Bernardino de Sahagún que se preocupó de recoger y surge así el código Florentino, escrito en columnas de español y nahuatl y llamado así por conservarse en Florencia, en la Biblioteca Medicea-Laureniana. Véase Códices Etnográficos: El código florentino, Bárbero, 1997, EHSEA, N°14/ Enero – junio, pp. 349-379

<http://dspace.uah.es/dspace/bitstream/handle/10017/5990/C%C3%B3dices%20Etnogr%C3%A1ficos.%20E1%20C%C3%B3dice%20Florentino.pdf?sequence=1>

cosificado. Y la traemos para desde su palabra denunciar cómo se plantea la *violada*, a través de *tragedia* y *el despojo*, para disminuir y responsabilizar a las mujeres a fin de legitimar dominación e inmunidad masculina hegemónica. La Malinche es quien nos permite mostrar un orden simbólico detrás de la censura y la basura, porque es la mujer con el caracol, la mujer lengua, la mujer palabra y una mujer que habla es *peligrosa*. Si no hubiera hablado, quizás no sería la traidora; debía quedarse quieta con su deshonra, pero no, ella se empeñó, no se redujo en total sumisión ni por la esclavitud, ni por la violación. Nos heredó el poder de la palabra para a través de ella encontrar libertad de protagonizar nuestra historia; una que se expanda a otras que la entiendan, la devuelvan y hagan lo propio.

Destacamos desde esto último, que el origen de la palabra-caracol tiene como repertorio de respuesta: *yo te escucho, yo te entiendo*⁶⁵; lo que implica el impacto y alcance de la palabra hablada para poner en relación al hablante y al escucha. Se presume que el relato es no sólo oído, sino atendido, porque la palabra tiene relevancia. Así, el caracol, nos permite dimensionar de forma gráfica y simbólica, la expansión de la palabra, su alcance que al mismo tiempo es el retorno. Más allá de que es imposible hablarle a alguien sin hablarse a sí misma/o, la palabra vuelve porque hay un alguien que recibe, confirma que comprende y dignifica; y también vuelve porque esa habla es desde sí y para sí. Es un habla que auto-confirma constantemente que se es y se tiene voz. Por eso es emblemático traer la palabra símbolo en la Malinche cuando hablamos de las voces de mujeres subversivas.

En el apartado anterior revisamos el trayecto que pasan las mujeres, se dignifican con su voz, se asumen un ser hablante que se manifiesta. La palabra sale desde sí y vuelve a sí, lo que les confirma autonomía y la lucha por la misma; si no, no hubiera podido salir la palabra en primer lugar. Hay poder en la palabra, en principio de poder hablar, de ser libre, y de protagonizar, de hacer historia, una propia. Va hacia un afuera pero viene desde dentro; y esto no es obvio, porque no siempre lo que hemos dicho viene realmente de nosotras, a veces son palabras de otros o censuras las que median lo que sale por la boca. La *palabra-caracola* es leal a nuestras reivindicaciones, es nuestra voz. Así, las mujeres subversivas son habladas por ellas mismas.

Podrá parecer reiterativo y lo es, pero “repetir (reiterar) no es falla, como afirma Marcos (2011). La autora señala que la redundancia náhuatl es el reflejo de otra manera oral de pensar:

⁶⁵ Nimiztcaqui

“Otra forma de conjurar palabras y de considerarlas sólidas como jades ... es un yunque donde se forma la oralidad... y a veces son puentes inestables, fluidos y móviles, para que aunque produzcan vértigo y a veces temor, nos permitan incursiones atrevidas desde múltiples y plurales propuestas, desde todos los lugares, para poder visualizar (imaginar) una nueva vida, otro camino y otro mundo” (Marcos, 2011:9)

En la *palabra-caracola* están las vueltas, pero cada una es distinta y distante de la anterior, aunque siempre unida a ella. Ninguna puede estar sin la palabra que la antecedió, por eso son palabras fuertes y en movimiento (Ilustración 5). Lo que queremos proponer con esto es que precisamente, subvertir no es un proceso terminado; las mujeres en la subversión van dando giros siempre abiertos nunca cerrados, donde pasan, por ejemplo, por una rabia, pero a la vuelta es otra, y en el siguiente surco es otra distinta (Ilustración 6). Necesitan girar para mirarse desde diferentes lados, posiciones, realidades y verdades; necesitan girar para no caer en las trampas que las quieren encerrar en un vertedero. Su *caracola* tiene alcances y nos invita a ver, como dice Marcos, otros caminos que pueden dar miedo, pero que dejan de manifiesto la necesidad de lo múltiple que somos no sólo entre nosotros y nosotras sino dentro de nosotras/os mismas/os. Se trata entonces de no sólo entender a la palabra como un caracol, sino ver la subversión en perspectiva de caracol.

Línea vs giros: la posibilidad en el caracol de expandirse en cada vuelta vs rebasar y dejar atrás

Considerando nuestra propuesta por que no se asienten las categorías, que no queden en el suelo desde donde se les pisa, sino remover constantemente para cuestionar; es consecuente ya no mirar su teorización de maneras lineales, puesto que bajo esa mirada se tiende a la sedimentación. Insistimos en el caracol como perspectiva para asimilar en primera instancia, que en los procesos de subversión el movimiento empieza desde dentro, de algo que puede ser muy personal, simple y práctico, pero que termina siendo colectivo, compuesto y estratégico (Ilustración 4); y en segunda que admite *ires* y *venires*, salidas y entradas de su lugar para sí, que también es su reguardo, su espacio de intimidad, de soledad, de autocuidado; sin que signifiquen retrocesos. Porque *venir* y *entrar* obedecen a un retorno a sí; ese espacio que está en función de devenir y trascender. (Ilustración 5)

Ese empeño, como revisamos, lo emprenden las mujeres en diferentes momentos de sus vidas, algunas en sus veintes otras en sus cincuentas; cada una se fue encontrando y haciendo de

momentos para trabajarlo a través de diferentes hitos. Por eso es importante no demeritar ningún acto, todos suman al proceso de girar. Lo que parece empezar como pequeños pasos, puede devenir en las vueltas de la subversión. (Ilustración 5)

La propuesta es por lo tanto, concebir desplazamientos en forma de caracol. Esto permite plantear el desplazamiento político de las mujeres en subversión a partir de esta construcción expansiva de la palabra. Ellas caminan su habla, pero no en línea recta, no van *hacia adelante*, sino siempre en vueltas que les permiten ver con plenitud de dónde vienen, porque en cada rotación se tiene el espacio para encontrarse con quién fue ella misma en la vuelta anterior y/o cuáles experiencias y conocimientos recupera e incluso rescata de la memoria de otras – *Malinalli*-, para mantenerse en movimiento. Es una *revisita-remirada* para advertir desde dónde se viene caminando y que así tenga sentido y poder, seguir transitando. El vamos de dónde venimos que proponen las feministas comunitarias⁶⁶, ese plantearse que lo que se tiene por delante es justamente lo que ya se hizo y por detrás lo que se va hacer contemplando el camino rescatado.

En ese orden de ideas, cuando hablamos de lo que hacen las mujeres que pasan por un evento como lo es el atentado de la violación, decidimos no retomar el concepto de *superar* que han planteado otras investigaciones, pues nos deja la sensación de una mirada donde se va dejando atrás, donde ya no se ve. Ninguna de las mujeres entrevistadas utilizó la palabra *superar* en ningún momento y quiero pensar que es precisamente por el caracol. Así también nos concede espacio para replantear la famosa recaída.

No hay un arriba y un debajo de la línea (Ilustración 3), ni un *perdí todo lo que avancé*, sino un constante trabajo para girar. Cuando quizás algo detone un recuerdo, rabia, dolor o temor, se va a pasar por una situación en la que eso que se siente se incorpore de diferente manera a la vez anterior, porque se está en otra vuelta del caracol (Ilustración 6). En cada etapa o momento de sus vidas le van dando otro acento, pero no se asume como una caída o regreso, ni siquiera si en una de las rotaciones no se tuviese tanta fuerza o viniese la tristeza; porque desplazarse se trata también de liberarse de estereotipos, ni *víctimas* y *superheroínas*. Desde esta propuesta-caracol,

⁶⁶ “*El feminismo comunitario es el warmikuti, el regreso, el retorno de las mujeres en la comunidad*” (Paredes y Guzmán, 2014:61). Es el movimiento social que para recuperar el equilibrio; practica y reivindica retorno al espacio, tiempo y movimiento de las abuelas, las hijas, las nietas el propio, respondiendo a una forma circular del conocimiento y pensamiento para replantearse y superar las formas de conocimiento fragmentado, lineal y dominante.

se sabe que se está dando otro giro y que ninguno es sentencia, sino insumos para la siguiente vuelta y armazón del caracol.

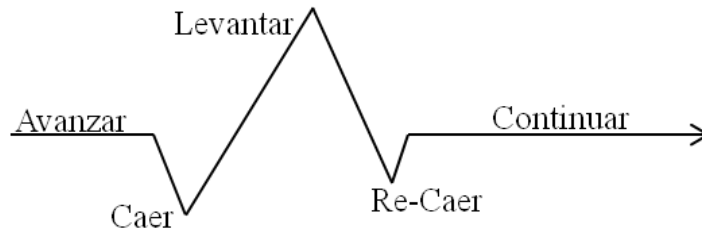


Ilustración 3: Modelo clásico para plantearse los eventos de vida. Elaboración propia

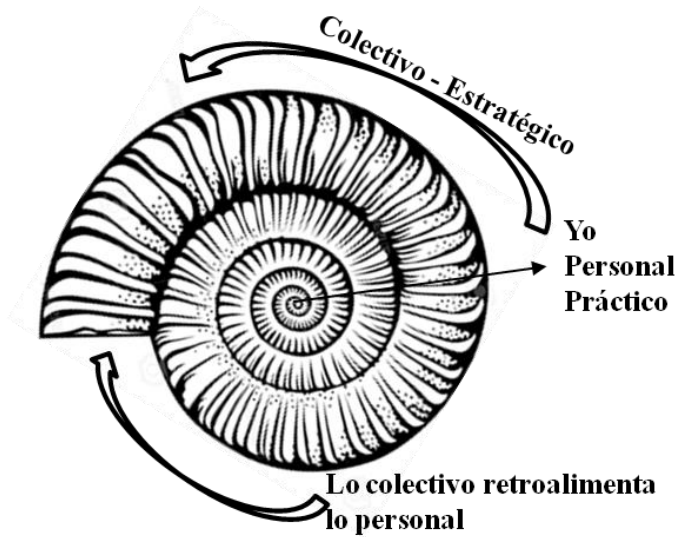


Ilustración 4: De adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro.

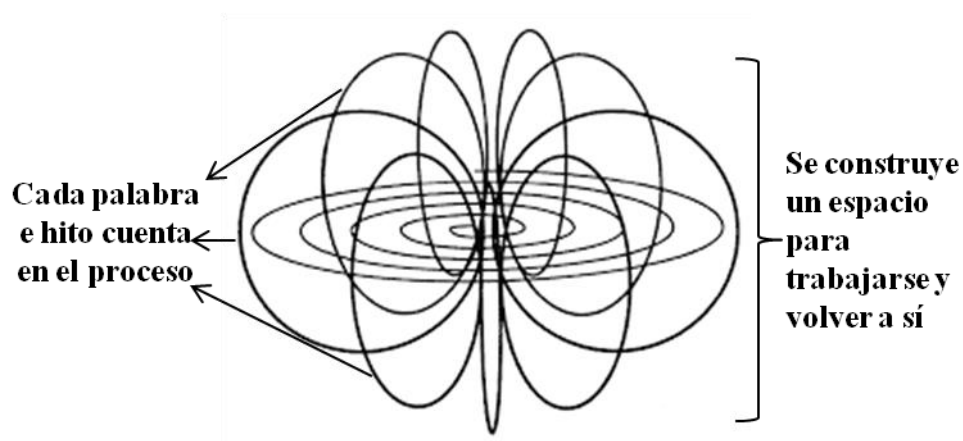


Ilustración 5: Perspectiva que permite notar la complejidad de las partes y del trabajo de subversión

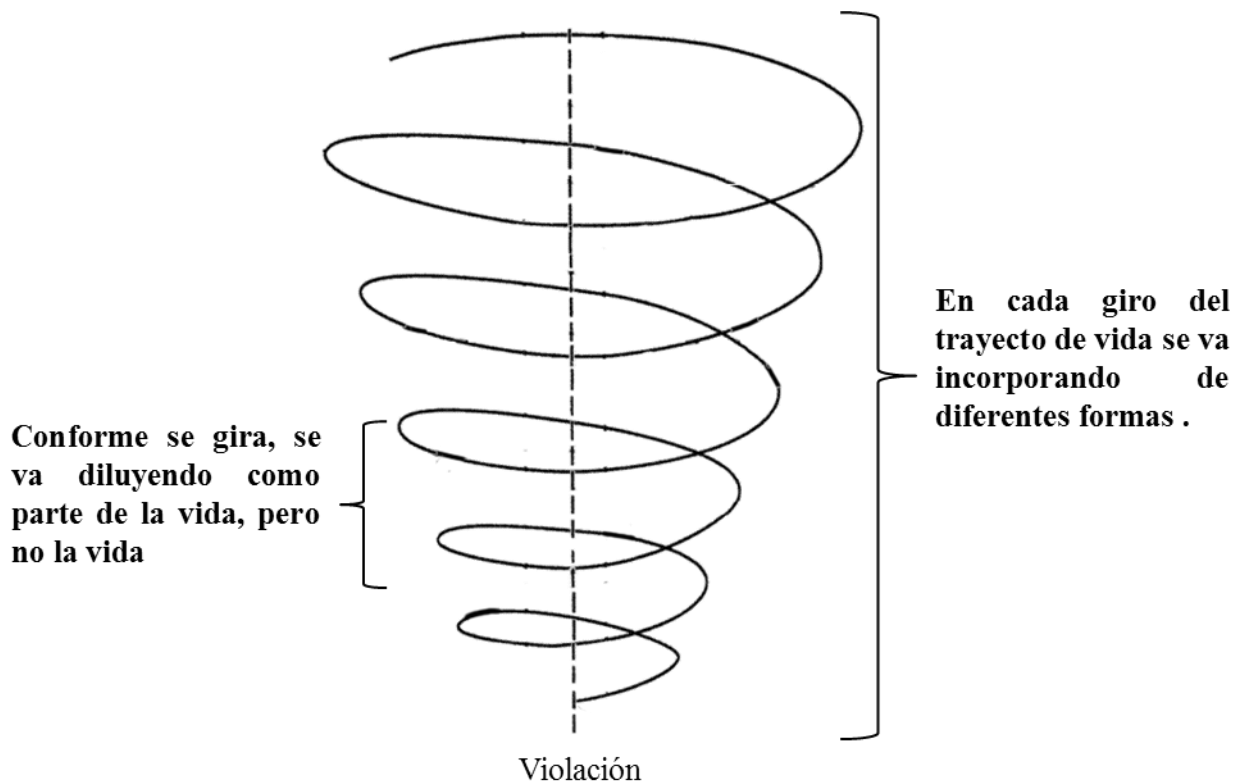


Ilustración 6: Perspectiva tridimensional del incorporar el evento de agresión. Elaboración propia

Al emprender este estudio pensé que lo hacía para darme un cierre; porque eso se nos enseña, se nos dice que cuando algo malo nos sucede debemos cerrar el ciclo. Pero en el camino fui comprendiendo que cuando algo se cierra, se *acaba* y estoy más bien emparejando otra vuelta. Vamos a seguir buscando transformación; aprendí que es una lucha y un trabajo arduo y constante. Aún consciente de ello, y precisamente porque ahora lo soy, respeto a las mujeres que quisieron cerrar el tema de una vez y para siempre. No emito juicios sobre que estén llevando otros procesos, aunque debo decir que en algún momento sí lo hice porque no quería *ser* así y renegué de ellas para poder afirmarme a mí misma. Ahora entiendo que es otro momento, puedo dimensionar sus procesos y su dolor; y no las estigmatizo porque la violencia es mucha y además se nos cobra cara, pone el escenario muy complicado para que hagamos un cambio de posicionamiento.

En este camino-caracol, descubrí que *mi voz* tiene un poder y lo usé para hablar de estos temas citando con legitimidad mi rostro; lo hice personal y político. Así pues remato esta vuelta de mi subversión, pero voy a continuar girando, incorporando para mi vida, y junto con otras mujeres

mostrar que hay pendientes que todos y todas debemos trabajar desde nuestro cuerpo, nuestra comunidad y nuestro feminismo. Un feminismo que en sus prácticas no vuelva a atrapar a los cuerpos que plantea en dominación, dejándoles sin posibilidad de trascendencia; sino que reconozca los entrapes de la estructura patriarcal y reivindique la potencia de cada persona para liberarse de forma autónoma, sumándose a los ecos de otras voces. Combatamos el reciclaje de la violencia y seamos cómplices politizando la potencia de los hilos en quién gira para bordar su subversión.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez-Uría, F. (2008). La otra escena. Sigmund Freud, El teatro y las mujeres histéricas. *Anuario de Sexología* n° 10, 107-123.
- Antillón, X. (2011). El territorio del alma. En M. M.-S. Bruno Baronnet, *Luchas "muy otras": zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas* (págs. 299-403). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Arendt, H. (2001). Prologo y II La Esfera pública y la privada. En H. Arendt, *La condición humana* (págs. 13 -18 y 37-95). Barcelona: Paidós.
- Asociación Americana de Psiquiatría. (2013). *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM 5*. Arlington: Asociación Americana de Psiquiatría.
- Biglia, B. &.-M. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *Forum: Qualitative Social Research*, 10 (1), Art 8, www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/viewFile/1225/2666.
- Blanco, M. (2012). ¿Autobiografía o autoetnografía? *Desacatos*, núm. 38, enero-abril, 169-178.
- Bogdan, R., & Taylor J, R. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona, Espana: Paidos.
- Brooks, D. (03 de junio de 2014). *American Curios*. Recuperado el 04 de junio de 2014, de Periódico La Jornada: <http://www.jornada.unam.mx/2014/06/02/opinion/023o1mun>
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidos.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidos.
- Cavarico, E. (2010). Libertad de expresión, poder y censura. En *Libertad de expresión. Poder y censura* (págs. 75-78). Letralia.
- Chuchryk, P. (1992). Metodología de investigación feminista en ciencias sociales. *Primer encuentro multidisciplinario sobre estudios de la mujer "Mujer y Academia: rompiendo fronteras"*. Santiago: Universidad de Chile.
- Confortini, C. (2006). Galtung, Violence, and Gender: The Case for Peace Studies/Feminism Alliance. *Peace & Chance*, 333-367.
- Contreras, Guedes, & Dartnall. (28 de mayo de 2010). *Violencia sexual en Latinoamérica y el Caribe: análisis de datos secundarios, Iniciativa de Investigación sobre Violencia*

- Sexual*. Obtenido de
www.oas.org/dsp/documentos/.../violencia_sexual_la_y_caribe_2.pdf
- Echeburúa, E. (2009). *Superar un trauma, el tratamiento de las víctimas de sucesos violentos*. Madrid: Pirámide.
- Ema, J. E. (2004). Del sujeto a la agencia (a través de lo político). *Athenea Digital*, Núm 6, 1-24.
- Fernández, D. (2013). *La programación neurolingüística: como alternativa de intervención en mujeres sobrevivientes de violencia sexual*. Universidad Nacional Autónoma de México: Tesis para obtener el título de licenciada en psicología.
- Foucault. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Foucault. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1998). Derecho de muerte y poder sobre la vida. En M. Foucault, *Historia de la sexualidad I* (págs. 80-94). Madrid: Siglo XXI.
- Franco, J. (2008). La violación: un arma de guerra. *Debate Feminista. Cuerpos sufrientes año 19, vol. 37*, 16-33.
- Gaitskill, M. (1994). No ser una víctima: el sexo, la violación y el problema de obedecer las normas. *Debate Feminista, Vol. 10 Cuerpo y Política*, 67-80.
- Galtung, J. (1969). Violence, Peace, and Peace research. Oslo: Sage Publications, Ltd. *Journal of Peace Research, Vol. 6, No.3 pp.*, 167-191.
- Giddens, A. (1986). *The constitution of society*. Cambridge: Polity Press.
- Guzmán, P. &. (2014). *Tejiendo rebeldía ¿Qué es el feminismo comunitario? bases para la despatriarcalización*. La Paz: ASDI y RFSU.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Harding, S. (1998). ¿Existe un método feminista? En E. Bartra, *Debates en torno a una metodología feminista* (págs. 9-34). México: UAM-X.
- Hercovich, I. (1992). De la opción "sexo o muerte" a la transacción "sexo porvida". En A. M. Fernandez, *Las mujeres en la imaginación colectiva, una historia de discriminación y resistencias* (págs. 63-83). Buenos Aires : Paidós.
- INPRF. (28 de mayo de 2011). Obtenido de
www.inprf.gob.mx/opencms/export/sites/.../violencia_sexual_2012.pdf

- Irigaray, L. (2010). *Ética de la diferencia sexual*. Pontevedra: Ellago.
- Jaiven, A. L. (1998). Cuando hablan las mujeres. En E. Bartra, *Debates en torno a una metodología feminista* (págs. 185-198). México: UAM-X.
- Kristeva, J. (1999). *El porvenir de la revuelta*. D.F., México: Fondo de Cultura.
- Kristeva, J. (1999). *Sentido y Sinsentido de la Rebeldía: literatura y psicoanálisis*. Cuarto Propio.
- Kristeva, J. (2003). "El quien y el cuerpo". En *El genio femenino, Hanna Arendt* (págs. 189-201). Paidós.
- Lagarde, M. (1990). *El cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Autónoma de México.
- Lagarde, M. (2012). De la desolación a la soledad. En M. Lagarde, *El feminismo en mi vida* (págs. 571-574). Distrito Federal: Instituto de las Mujeres - Corporación mexicana de Impresión y Gobierno del D.F.
- Lagarde, M. (2012). *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topías*. DF: versión electrónica en www.inmujeres.df.gob.mx.
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría de género. *Nueva Antropología, Vol VIII, N°30*, 173-198.
- Letelier, M. (2013). *Intimidación relacional con la pareja: Un estudio de las narrativas de mujeres víctimas de abuso sexual infantil*. Chile: Tesis para optar a grado de Magister en Psicología Clínica Adultos de la Universis de Chile.
- Litke, R. (1992). Violencia y poder, En: Pensar la violencia, Perspectivas filosóficas, históricas, psicológicas y sociológicas. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 161-172.
- Lores, M. (septiembre de 2005). *webs.uvigo.es*. Recuperado el 04 de julio de 2014, de Universidad Uvigo: webs.uvigo.es/pmayobre/master/alumnas/milagros/trabajo_mila.doc
- MacKinnon, C. (1995). El Estado Liberal. En *Hacia una teoría feminista del Estado* (págs. 277-304). Madrid, España: Cátedra, Universidad de Valencia.
- Maffia, D. (2007). Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. *Revista Venezonala de Estudios de la Mujer, [online] v.12 n.28* Disponible en: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000100005&lng=es&nrm=iso. ISSN 1316-3701., 63-98.
- Marchant, & Soto. (2011). *Reparación psicosocial en mujeres víctimas de violencia de pareja*. Universidad de Chile: Memoria para optar al título de psicólogo.

- Marcus, S. (2002). *Cuerpos en lucha: Una teoría y una política para la prevención de la violación. Debate Feminista, año 13, vol.26, octubre, 59 - 85.*
- Martínez, J. (2014). *Abuso Sexual Infantil y Psicoterapia: análisis Crítico del Concepto "Reparación" (Tesis Magister)*. Chile: Universidad de Chile.
- Martínez, M. (2006). *Ciencia y arte en la metodología cualitativa*. México: Trillas.
- Martínez, M. J. (Enero de 2015). *¿Reparación o Superación? Conferencia Abuso Sexual Infantil*. Santiago, Chile.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar*. Madrid: Cátedra.
- Naranjo, R. &. (2013). Análisis cualitativos: el caso de la grounded theory (tería fundamentada). En M. Canales, *Análisis e Interpretación en la investigación cualitativa* (págs. 75-113). Santiago: LOM.
- Nodo 50. (30 de octubre de 2013). *W.I.T.C.H brujería y feminismo*. Recuperado el 04 de julio de 2014, de Nodo 50: <http://info.nodo50.org/W-I-T-C-H-Brujeria-y-feminismo.html>
- Organización mundial de la Salud. (25 de mayo de 2013). *Violencia contra la mujer*. Obtenido de Centro de prensa, Nota descriptiva N°239: <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs239/es/>
- Oxford. (2006). *Oxford Dictionaries*. Recuperado el 04 de julio de 2014, de <http://www.oxforddictionaries.com/es/definicion/ingles/herstory?q=herstory>
- Preciado, B. (2005). *Multitudes Queer. Nota para una política de los "anormales". Nombre, Revista de Filosofía. Córdov, año XV, N° 19, 157-166.*
- Pujadas, J. J. (2002). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ramos, B. (2010). *La escritura con el cuerpo o del cuerpo de la escritura: aproximación a una poética de la subversión en Luisa Valenzuela*. Recuperado el 23 de julio de 2014, de *Espéculo. revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero44/escuerpo.html>
- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la Lengua Española (DRAE)*. Recuperado el 11 de junio de 2014, de <http://www.rae.es/>
- Rein, T. (2005). *Violencia contra la mujer, Legalización de los sistemas de protección*. Universidad de Chile: Tesis para optar por el grado de Magister en Estudios Internacionales.

- Robles, H. (2010). Atenco: un caso de terrorismo de Estado. *PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global* N° 1122010/11, 131-140.
- Ruiz, M. a. (2009). Censura. *Revista de la Universidad de México*, 37-40.
- Salamanca, M.-C. y. (2007). *El muestreo en la investigación cualitativa*. Recuperado el junio de 27 de 2014, de http://www.funden.es/FICHEROS_ADMINISTRADOR/F_METODOLOGICA/FMetodologica_27.pdf
- Sanchez, A. (2013). *Significados de la violencia sexual y su relación con la identidad de género*. México: Tesis para optar al título de licenciada en psicología.
- Sayano, S. (2014). El análisis del discurso como técnica de investigación cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales. *Cinta moebio*, 4-10.
- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre antropología, el psicoanálisis y derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Silva, R. (2009). *El factor asco. basurización simbólica y discursos autoritarios en el Perú contemporáneo*. Lima: La Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Tortosa, J. (2003). *Violencias Ocultadas*. Quito Ecuador: Abya-Yala.
- Turner, B. (1989). *El cuerpo y la sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- UNICEF. (2006). *Informe Nacional sobre Violencia y Salud, México*. Ciudad de México.
- UNIFEM. (28 de mayo de 2009). *Progreso de las mujeres en el mundo 2008-2009*. Obtenido de ¿Quién responde a las mujeres? Género y rendición de cuentas: www.oei.es/pdfs/progreso_mujeres_2008_09.pdf
- Viveros, P. (2009). *La violación sexual y sus consecuencias, analizadas desde la perspectiva de género*. Universidad Nacional Autónoma de México, FES Iztacala: Tesis para obtener el título de Lic. en psicología.
- Wolf, N. (2013). La vagina traumatizada. En N. Wolf, *Vagina* (págs. 123-174). Barcelona, España: Kairós.

ANEXOS

Consentimiento informado para participar en un estudio de investigación antropológica

Título del protocolo:

Subvertir la categoría *violada*. Deconstrucción de la marcas de la violencia sexual desde las mujeres que la experimentaron

Investigador principal: Elisa Niño Vázquez

Institución Educativa y programa de estudios al que responde: Universidad de Chile, Magister en Estudios de Género y Cultura, mención en Ciencias Sociales, del Departamento de Antropología

Nombre de la participante: _____

A usted se le está invitando a participar en este estudio de investigación antropológica. Antes de decidir si participa o no, debe conocer y comprender cada uno de los siguientes apartados. Este proceso se conoce como consentimiento informado. Siéntase con absoluta libertad para preguntar sobre cualquier aspecto que le ayude a aclarar sus dudas al respecto.

Una vez que haya comprendido el estudio y si usted desea participar, entonces se le pedirá que firme esta forma de consentimiento, de la cual se le entregará una copia firmada y fechada.

1. JUSTIFICACIÓN DEL ESTUDIO.

Se suelen recoger los testimonios de quienes experimentan violencia, sólo a razón de elaborar un conteo de casos o describir la lógica o patrón del agresor y secuelas caóticas en la agredida, pero no se han recogido sus voces, nuestras voces, como analistas de nuestra propia experiencia en términos sociales. Tampoco se han querido escuchar nuestras percepciones críticas acerca de los tratamientos culturales y psicomédicos de los que somos objeto. En esta investigación pretendemos la reivindicación de la mujer en el lugar de la violada. Relevarla desde otra mirada dentro de la categoría. Darle voz a las estrategias y diferentes procesos para deconstruir y al mismo tiempo construir un análisis con un panorama completo sobre los órdenes que operan nuestros cuerpos y sus significados.

2. OBJETIVO DEL ESTUDIO

Objetivo general: Identificar la articulación de estrategias mediante las cuales subvierten la categoría *violada* de sus *cuerpos*, las mujeres en etapa adulta que experimentaron violencia sexual en su trayectoria de vida

3. BENEFICIOS DEL ESTUDIO

En temas de violencia sexual ya no basta con conocer los datos, ni individualizar las consecuencias sexuales en las rutinas diarias de quienes la experimentan “Son las mujeres quienes deben revelar por vez primera cuáles son y han sido las experiencias femeninas” (Harding, 1998, pág. 21), para darle vuelta a la palabra que nos ha esencializado; así contribuiríamos a un cambio en las mentalidades.

La recopilación de historias sobre mujeres que se han rebelado al estigma, ha de servir como refuerzo para otras personas que pasan por la misma experiencia, a modo de visibilizar otras posibilidades en pasar por la experiencia y operar con ella. Construyendo otro imaginario que aporte a sacar la violencia de los cuerpo violentados, denunciándola al conexo social que la

favorece, y liberar al estigma de un modelo que victimiza y culpabiliza, para dar espacio a un cambio de sentido, pasar de una concepción objeto/pasivo a una sujeto/activo, sin que deje de resaltar la indignación de lo acontecido.

4. PROCEDIMIENTOS DEL ESTUDIO

- Se espera realizar dos entrevistas de una hora como mínimo y con un máximo de dos horas cada una.
- Las entrevistas serán grabadas y transcritas, para ser utilizadas como insumos
- Se espera poder realizar las entrevistas entre Agosto y Noviembre del año 2014, previo acuerdo, en lugares que sean de comodidad y confianza para usted.
- La investigación considera además de la publicación del informe final, la elaboración de artículos, ponencias, y otros productos académicos y literarios con el material de la investigación. En cualquiera de estos productos, se respetará lo manifestado por usted sobre el uso de los datos personales.

6. ACLARACIONES

- Su decisión de participar en el estudio es completamente voluntaria.
- No habrá ninguna consecuencia desfavorable para usted, en caso de no aceptar la invitación.
- Si decide participar en el estudio puede retirarse en el momento que lo desee, comentando de forma breve las razones de su decisión, la cual será respetada en su integridad.
- No tendrá que hacer gasto alguno durante el estudio.
- No recibirá pago por su participación.
- En el transcurso del estudio usted podrá solicitar información actualizada sobre el mismo, al investigador responsable.
- La información obtenida en este estudio, utilizada para la identificación de cada participante, será mantenida con estricta confidencialidad si usted así lo señala

CARTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Yo, _____ he leído y comprendido la información anterior y mis preguntas han sido respondidas de manera satisfactoria. He sido informada y entiendo que los datos obtenidos en el estudio pueden ser publicados o difundidos con fines académicos o literarios. Convengo en participar en este estudio de investigación. Recibiré una copia firmada y fechada de esta forma de consentimiento.

Firma de la participante

Fecha

Esta parte debe ser completada por la Investigadora:

He explicado a _____ la naturaleza y los propósitos de la investigación; le he explicado objetivos y beneficios que implica su participación. He contestado a las preguntas en la medida de lo posible y he preguntado si tiene alguna duda. Una vez concluida la sesión de preguntas y respuestas, se procedió a firmar el presente documento.